

## PRIMER INTERMEDIO

CIRCUNSTANCIAS  
EN QUE SE IMAGINÓ, SE ESCRIBIÓ  
Y SE ESTRENÓ

"USTED TIENE OJOS DE MUJER FATAL"

A raíz del estreno, verificado en abril de 1931 en el teatro de la Comedia, de *"Margarita, Armando y su padre"* <sup>(1)</sup> quedé comprometido con el empresario de aquel coliseo, Tirso Escudero, para entregarle obra nueva en la temporada siguiente.

Sin embargo, *"Margarita, Armando y su padre"*, que es quizá la comedia que más me ha elogiado la crítica, que constituyó un buen éxito y que se ha representado mucho desde entonces, no pudo llegar en su día a las cien representaciones. Se había estrenado cuarenta y ocho horas después de proclamarse la República y la gente, en aquellos momentos, estaba tan ocupada en dar vivas y muéras por las calles, en subirse a los techos de los tranvías para golpear con los tacones los cristales de las ventanillas y en romper estatuas del ornato urbano, que, en realidad, ningún teatro arrastraba demasiado público.

Pero aun sin haberle dado a la comedia las cien representaciones consecutivas, que son en Madrid el marchamo de los grandes éxitos, Tirso Escudero estaba satisfecho y yo me encontraba en la honrosa obligación de hacerle obra para la temporada siguiente.

Resolví escribirla durante el verano. Para ello me retiré al campo —a Quinto de Ebro, en la provincia de Zaragoza— en los primeros días del mes de agosto y empecé a trazar el prólogo de lo que había de ser *Usted tiene ojos de mujer fatal*. A las pocas sesiones de labor cayó una hija mía gravísimamente enferma de bronconeumonía. Hubo que dejarlo todo, meter en el coche a la chiquilla, que se moría por momentos, y trasladarla a Madrid en un viaje alucinante al final del cual estaba la salvación problemática.

<sup>(1)</sup> Véase el primer tomo de teatro, *Tres comedias con un solo ensayo*.

Hasta el 8 de septiembre no quedó la niña fuera de peligro ni yo en condiciones de seguir escribiendo. Releí lo hecho, no me gustó, lo rompí, y volví a empezar. Releí lo empezado, no me gustó, lo rompí y comencé de nuevo. Releí lo comenzado de nuevo, no me gustó, lo rompí y principié una vez más.

Durante quince días me entregué de lleno, furiosamente, a estas cuatro tareas:

*Escribir cuartillas.*

*Releer lo escrito.*

*Torcer el gesto.*

*Romper las cuartillas.*

Y al cabo de los quince días», me encontré sobre la mesa el prólogo, concluido, de *Usted tiene ojos de mujer fatal* y debajo de la mesa, un cesto lleno de papeles rotos. Guardé el cesto de los papeles rotos, de recuerdo, y rompí de nuevo el prólogo de la obra, que seguía sin gustarme.

Por fin, a últimos de septiembre, el prólogo satisfactor quedó ultimado. Me dejó jadeante y sudoroso, como un caballo de carreras. Y cuando se serenaron mis pulmones y me hube enjugado el sudor, atacé el primer acto.

Trabajaba en las primeras cuartillas de él cuando una tarde me llamó Tirso Escudero al teatro. Fui y me entrevistó:

—¿Cómo lleva usted esa obra?

—Bien. Va saliendo.

Podía haber añadido: *Tengo a la disposición de usted el comienzo del primer acto y dieciocho prólogos*, pero me abstuve de hacerle semejante confesión incongruente. Tirso me comunicó de pronto:

—He contratado a la Esteso. ¿Qué le parece a usted?

—Perfecto. Luisita tiene una gran personalidad y es inteligente. Bien ensayada y con papeles que "le vayan" puede ser una actriz cómica como seguramente no existe otra.

—Eso creo yo. ¿Tiene papel en su obra?

—Hasta ahora, no; pero lo tendrá.

—Hágale usted un papel que sea "Ortas en mujer". ¿No la ve usted así?

—Sí, señor. Me parece muy bien. ¿Qué ha dicho del contrato de la Esteso Muñoz Seca?

—También le ha parecido muy bien. Va a hacerle la obra de presentación.

—¿Para cuándo?

—Para diciembre.

—Pues cuente usted con que tendrá mi comedia a continuación.

Nos despedimos y todavía al marcharme me advirtió Tirso:

—Que el papel sea largo, ¿eh?

—Descuide usted.

—Tenga en cuenta que le doy a la Estesito veinticinco duros de sueldo...

A esto último ya sólo contesté con un silbido.

El silbido había que traducirlo por la sospecha de "aquí va a

---

haber lío". Porque aquel sueldo, seguramente superior al de la propia primera actriz de la Comedia, que lo era entonces Milagritos Leal, y dado, de pronto, a Luisita Esteso, que no estaba considerada entre los actores como de "la profesión", sólo podía suscitar descontentos y rencores y provocar protestas y hostilidades.

---

Mientras "el lío" se producía, me dispuse a continuar mi obra. Rectifiqué parte de lo que llevaba escrito del primer acto e introduje un nuevo personaje, el de *Francisca*, destinado a ser desempeñado por la Estesito; y, después de mucho batallar, de romper, de rehacer, de balancearme entre el optimismo, la duda y el desánimo, concluí el acto primero, muy pasados ya los primeros de noviembre. Había invertido en hacerlo más de cuarenta días, y lo cierto es que, al acabar, no estaba demasiado satisfecho de él.

El asunto de la comedia, que era el mismo de una de mis novelas, aunque variado y, sobre todo, simplificado, se resistía como un ser vivo a pasar del campo novelístico al teatral, y, después de la testaruda lucha que ya llevaba sostenida contra él, todavía me ofrecía obstáculos, aun vencidos el prólogo y el primer acto. Este adolecía de longitud y de retraso en el planteamiento de la trama; pero, por más que lo estudiaba, no veía la manera de corregir sus defectos.

Se lo leí a dos amigos que me merecían absoluta confianza mental —Alfredo Marquerie y Manuel Gargallo—, que estuvieron de acuerdo en los defectos que veía yo. Nuevos exámenes del texto y la aplicación de una severa metodología me hicieron decidir al fin; y días después el acto quedó definitivamente concluido.

Como siempre que me he visto en igual trance, no dejé de considerar en tal ocasión la ligereza con que luego la mayoría de la crítica juzga y falla, tras una única audición no demasiado atenta, aquello que el autor ha pensado, calculado, consultado y trabajado minuciosamente.

—¡Cuánta fatuidad! —resumí—. ¡Cuánta pedantería necesita llevar un hombre en los bolsillos para fallar en una materia artística, de un plumazo, con tres horas de reflexión, suponiendo que la mayoría de los críticos le dedique tres horas de reflexión en cada comedia que se estrena! ¡Qué risa!

---

Por aquellos días —mediado ya noviembre— Luisita Esteso vino a verme repetidamente al café de Gijón (1), donde solía escribir.

Entre Luisita y yo existía una cordialísima amistad desde hacía tres o cuatro años. Infatigable lectora, sentía hacia mí una admiración entusiasta, sólo comparable a la que yo manifestaba por su arte singular. Nos unía, además, el mutuo sentido del humor y la

---

(1) Véase todo lo alusivo a dicho simpático Café en *Tres comedias con un solo ensayo*.

personal manera de "ver la vida"; ambos reaccionábamos de idéntica forma ante lo ridículo, lo afectado, lo necio y lo presuntuoso; y hasta solíamos entendernos con expresiones y frases de oculto valor convenido y dialogar por medio de camelos —ya ideados por uno, ya por otro— que poseían para los dos el valor y el significado de verdaderas palabras. Fuera de todo ello, en el carácter —por ejemplo— ya no había entre ambos más que divergencias. Luisita, incongruente, voluble, extremada y provista de un pronto irritable tras el que se ocultaban una necesidad de protección genuinamente infantil y una docilidad y un sentimentalismo capaces de llevarla a dejarse arrastrar por sus familiares. Y yo, por mi parte, fatalista, pero de fondo razonador; congruente, soberbio e inflexible en mis gustos, en mis aficiones y en toda decisión íntimamente tomada: inflexibilidad suficiente para llegar a arrastrar a los demás tras de mí.

En suma: como Daoíz y Velarde, estábamos unidos por las circunstancias, pero no congeniábamos.

La primera vez que Luisita apareció en aquellos días por el café de Gijón llegó fingiendo la voz de una vieja de pueblo y preguntándome qué tal se había dado la cosecha. La seguí inmediatamente el aire adoptando el papel de alcalde y durante un buen rato divagamos sobre asuntos aldeanos. Luego, como el camarero esperase órdenes de ella, le pregunté:

—¿Vas a tomar café o prefieres café?

—No sé... El café no me gusta mucho; y el café tampoco...

—Entonces, ¿por qué no tomas café?

—Pues mira, sí... Es una idea. Tomaré café. (*Al camarero.*)

Tráigame usted café.

Luego me habló de su contrato de la Comedia, interrumpiéndose varias veces para preguntar siempre lo mismo: *¿Qué hay por el pueblo?*, sin aguardar nunca respuesta y reanudando cada vez la conversación del contrato.

Quedó confirmado que Tirso le daba veinticinco duros de sueldo y que Muñoz Seca se había encargado de hacerle la comedia de presentación.

—Ya me la ha leído, pero yo quería debutar con una comedia tuya.

—Debuta con la de Muñoz Seca, que será sin duda un éxito tan grande como *Mi padre (I)*, y tiempo habrá para que estrenes luego *Usted tiene ojos de mujer fatal* —la recomendé.

Entonces, y aprovechando aquellos raros minutos de formalidad, me apresuré a aconsejarla lo que más le convenía para el presente y para el porvenir.

—Tú eres excepcional como canzonetista, pero la época de la canción ha pasado y es de presumir que cada día pase un poco más;

(1) *Mi padre*, comedia cómica de Muñoz Seca y Pérez Fernández, que se representaba a la sazón en el teatro de la Comedia con un éxito que sobrepasó las 200 representaciones.

tienes condiciones extraordinarias para hacerte en nada de tiempo una primera actriz cómica como no hay otra: ármate de paciencia, resígnate, por ahora, a ganar en el "verso" la quinta parte de lo que ganas en el *couplet*; sé dócil, ensaya mucho, aprende la media docena de cosas que tienes que aprender para interpretar y ya me dirás si no haces en el teatro una carrera brillante.

Me escuchaba atentamente, mirándome a los ojos, y, al acabar, exclamó:

—Bueno, pero todo eso será capelayando el angudibrio, claro.

—Sí, claro; el angudibrio y el parfulio, pero en remogosas.

—¡No me digas!

Y ya no hubo más que bromas.

\* \* \*

En diciembre concluía, al fin, *Usted tiene ojos de mujer fatal*.

La compañía de la Comedia y Luisita, ya incorporada a ella, ensayaban la nueva obra de Muñoz Seca y Pérez Fernández con que iba a presentarse la Esteso, *La OCA*, y que estaba llamada a ser, en efecto, un éxito tan considerable como ya lo había sido *Mi padre* y como había de serlo también después *Anacleto se divorcia*, tercera comedia que Muñoz Seca y Pérez Fernández le dieron aquel año a Tirso Escudero, logrando con los tres títulos una de las temporadas más triunfales que se recuerdan en el local de la calle del Príncipe.

El "lío" que desde un principio sospeché, previ y esperé por causa del contrato de Luisita, se hallaba ya en pleno auge. Y no era sólo Milagritos Leal la que se sentía herida, pospuesta y humillada; era la compañía en bloque quien recibía el contrato de la Esteso como una ofensa. Se la hacía el vacío más absoluto y murmuraban de ella constantemente. Vi un ensayo y comprobé que, en realidad, se movía entre enemigos implacables. Nadie se preocupaba de enseñarla aquella media docena de cosas que ya le había dicho yo que tendría que aprender para interpretar, y estaba alta de tono, escuchaba mal, apoyaba débilmente los finales de las frases, que se perdían, no ligaba sus réplicas con las de los demás y, en fin, cometía esa serie de faltas que comete siempre el actor *amateur* y que todo director de escena o de compañía está en el deber de corregir.

Milagritos Leal, por su parte, no sólo se sentía pospuesta, herida y humillada, sino que vivía en un estado febril, casi enfermizo. Víctima, súbitamente, de una verdadera psicosis, se habían desarrollado en ella complejos de inferioridad por demás absurdos y aguardaba el estreno con angustia: como si fuese a plantearse en él una lucha de primeras actrices, cuando en realidad se trataba de la pugna entre una primera actriz joven, pero veterana ya y rebosante de recursos, que era ella, y una debutante sin experiencia del teatro de "verso", a pesar de todas sus grandes condiciones en potencia y su personal sentido del humor, que era Luisita.

En uno de los días correspondientes al período de este estado de cosas, eché definitivamente el telón sobre *Usted tiene ojos de mujer fatal*, cuyos dos últimos actos resultaron ya más dóciles de ejecución y en hacer los cuales había invertido alrededor de un mes. Al acabar la obra y antes de entregársela oficialmente a Tirso, me dispuse a llevársela, para que la leyera, a Milagritos Leal. Ella era quien con más calor y entusiasmo acogiera el año anterior *Margarita, Armando y su padre*, y le debía esta gentileza. Por otro lado, también mi amistad con Milagritos era sumamente cordial y estaba basada igualmente en una admiración mutua. Nada había enturbiado hasta entonces aquella amistad ni nada había de enturbiarla más adelante tampoco por mi parte, aunque sí llegó a estarlo temporalmente por parte de ella.

—Tenga usted. Quiero que sea usted la primera que la lea, y su opinión la primera opinión que reciba —le dije al entregarle la comedia.

—Esta noche me la "bebo" —contestó con su vehemencia característica.

—Entonces, ¿nos vemos mañana para charlar y comentar?

—Eso es. Mañana, después de la función de la noche, en el Bar Regio.

A la una y media de la madrugada del día siguiente, entré, acompañado de un amigo, en el Bar Regio de la carrera de San Jerónimo. Ya estaba allí Milagritos ante una de las mesas del fondo; su rostro ensombrecido me hizo pensar que acababa de tener un disgusto en el teatro.

—¿Qué le ocurre a usted?

Se disparó como un muelle.

—¿Qué quiere usted que me ocurra? —exclamó tirando sobre la mesa el manuscrito de la obra—. ¿Cómo ha tenido usted cara para hacer esto?

Me detuve sorprendido.

—¿Es que no le ha gustado la comedia?

—Sí. Me ha gustado, me ha gustado —respondió iracunda—. ¡Pero es una infamia! Usted lo que se propone es hundirme y desprestigiar-me; ha cometido usted conmigo una verdadera canallada. Esto no se hace, porque no es de amigo, ni de caballero, ni...

La interrumpí, pues su excitación era tan creciente que el diálogo llevaba camino de extraviarse.

—Pero, bueno, ¿a qué viene todo eso, Milagritos? Tardé aún bastante rato en enterarme. Al fin, su extraña actitud quedó explicada: suponía que el papel de *Francisca* de mi comedia, destinado a la Estesó, era superior en categoría, importancia, brillo y efecto al de la primera actriz, *Elena*, que era la parte destinada a sí propia. Todo aquello me parecía tan absurdo que me eché a reír. Luego la aclaré:

—Creo que está usted ofuscada, Milagros. *Francisca* es un tipo absolutamente episódico; por el contrario, la *Elena* es la protagonista, el eje de la obra y una primera actriz indudable. Cualquiera-

ra que conozca la comedia, que juzgue serenamente y a quien usted pregunte, le dirá lo mismo.

Esta explicación sincera y espontánea, lejos de tranquilizarla, le encrespó aún más.

—¡No es cierto! ¡No es cierto! —protestó—. Usted sabe tan bien como yo que tengo razón... Y lo que no comprendo es por qué causa trata usted de rebajarme y de anularme. No me he portado tan mal con usted para recibir semejante pago. ¡Lo que hace no tiene nombre!

Y agregó mirándose fieramente:

—Pero desde ahora se lo advierto, Jardiel: ¡yo no trabajaré en su obra!... Dígaselo usted así a Tirso. Y no se molesten en ponerme en el reparto, porque no pienso acudir a la "lectura" (1).

Durante mucho rato bromeé yo, que me sentía incapaz de tomar en serio una reacción tan inverosímil, y ella, que se exasperaba progresivamente, me lanzó las más duras invectivas. Al fin, no tuve más remedio que colocarme a la defensiva.

—La disculpo todo lo que me dice —concluí— porque de sobra veo que no es usted dueña de sí misma; pero vuelvo a repetirla que nada de lo que cree es razonable, que la primera actriz de mi obra es *Elena* y que jamás he pensado en causarle a usted ningún perjuicio repartiéndole un papel inferior a su categoría. Respecto a lo de no querer trabajar en la comedia, hace usted mal y espero que lo reflexionará.

—¡Ya está reflexionado! —borbotó rápidamente.

Me incliné sobre mi taza de café:

—Como usted quiera, Milagritos.

Todavía charlamos unos momentos más, pero ya desarrollando temas sin importancia y en conversación general.

Un par de días después asistí al ensayo general de la *La OCA*, que fue un desastre, y al estreno, que fue un éxito brillantísimo, particularmente para Milagros Leal. Entré al camerino a felicitarla con todo entusiasmo, y coincidí con Gregorio Martínez Sierra, que hacía lo propio: nunca había tenido ocasión de que me lo presentaran y aquella noche nació nuestro conocimiento.

En cuanto a la actuación de Luisita Estesó, no pasó de discreta, resultando extraordinario, y sólo achacable a sus grandes condiciones y a su poderosa vis cómica, si se tiene en cuenta el desvalimiento en que la habían dejado actuar.

Con su éxito personal en *La OCA*, Milagritos pareció tranquilizarse, considerando ya ganada una batalla que, en realidad, no había existido más que en su imaginación. Y, por consecuencia, se revolvió contra mí, como si necesitara hostilizarme para redondear su triunfo.

(1) La lectura oficial a la Compañía, que se celebra la víspera de empezar los ensayos.

Tirso guardaba ya en su poder la obra y había llamado a Bürrmann para darle la pauta de los bocetos que tenía que hacer, a fin de elegir dos decorados entre ellos.

Y yo, por aquellos días, le transmití a Tirso los deseos de la Leal:

—Milagritos no quiere trabajar en lo mío. Dice que no nos molestemos en repartirle nada porque no acudirá a la lectura.

Tirso tuvo una de esas respuestas pintorescas que le han dado fama de hombre irascible sin serlo:

—Que se quede en el cuarto, o que se vaya si quiere.

Como es natural, no le transmití a la Leal la respuesta de Tirso. Y éste, que simpatizaba con la gracia madrileña, absurda, desconcertante y original de la Esteso, no volvió a pensar más por entonces ni en lo que habíamos hablado ni siquiera en lo que tendríamos que decidir cuando llegara el momento de poner en ensayo *Usted tiene ojos de mujer fatal*. De vez en cuando me refería una salida de tono o una *boutade* de Luisita, que los dos celebrábamos y comentábamos. En otras ocasiones lo que venía a contarme Tirso era:

—Luisita me ha dicho ayer que está enamorada de usted.

Y yo contestaba sin concederle a la broma mayor importancia:

—¡Vaya, hombre! ¿Ahora le ha dado por ahí?

Pero llegó un momento de alarma para mí, pues empecé a notar a mi alrededor una especie de deseo general de hacerme pasar por novio vergonzante y oculto de la Esteso. Esto no podía sino perjudicarme y bien estúpidamente; siendo verdad, yo habría acudido el primero a mantenerlo; pero que se dijera y comentara siendo mentira, me producía irritación indecible. Dejé de ir por el teatro.

Casi un mes transcurrió antes de que volviera por allí. Sabía extraoficialmente que Luisita estaba descontenta, que se quejaba de ganar por noche la quinta parte de lo que ganaba en el *couplet*, y sabía también que se continuaba murmurando acerca de ella y de mí; un periódico —*La Voz*— había dado, incluso, la noticia de nuestra boda para el mes de mayo. De lo que no sabía nada, ni siquiera extraoficialmente, era de lo que fuese a pasar con *Usted tiene ojos de mujer fatal*, aunque de sobra me lo presumía. En el cartel de la Compañía continuaba el éxito de *La OCA*.

Por fin, una noche volví al teatro. Entré directo al escenario, y tras el telón de foro me salió al paso Luisita.

—Prepárate a recibir una mala noticia...

La atajé:

—No hace falta que me lo digas; lo supongo: que no se estrena, mi comedia.

Luisita agregó:

—A don Tirso no le ha gustado.

Y añadió aún:

—Dice que es muy mala.



—¡Bueno! ¡Qué le vamos a hacer! Otra vez será...

Nos interrumpió el traspunte llevándose a Luisita. Y a continuación hablé con Tirso. Se expresó rápidamente, con ganas de acabar, y en su tono comprendí que entre unos y otros habían logrado enturbiar nuestra amistad, al menos por el momento. Me confirmó lo dicho por la Esteso.

—La comedia no está bien —declaró—. La he leído, y, francamente, no me gusta. Se la he dado a leer también a Perico <sup>(1)</sup>, y está de acuerdo conmigo: dice que no es que le parezca bien o mal, sino que, a su juicio, es irrepresentable.

Aun hablamos algo más, que no recuerdo, y me despedí y abandoné el teatro, que no había ya de volver a pisar sino pasados dos años justos: hasta que, en febrero de 1934, le llevé a Tirso, sin que la estrenase tampoco, *Angelina, o el honor de un brigadier*, que en un principio se tituló *Adelina, o las infamias de una madre* <sup>(2)</sup>.

Al día siguiente de mi última visita a la Comedia hice examen de conciencia profesional. Mi situación no era muy envidiable. Había perdido más de medio año en escribir una comedia, rechazada al fin, y me encontraba con poquísimo dinero y sin "género" que vender: pues, como no pertenezco —según he dicho ya alguna vez— a la especie de los idiotas que se creen infalibles, yo mismo empezaba a convencerme de que Tirso y Zorrilla tenían razón y de que mi obra era mala y sin virtud teatral. No me volví a ocupar más de ella, por tanto, y falto de ánimos para planear otra comedia con la que tampoco tenía seguridad de estreno, pues en aquella época estaba yo aún lejos de que me buscasen y me solicitaran las empresas, alejé mi melancolía y mi depresión más íntima con la imaginación de un nuevo libro, que comencé al 2 de marzo.

Ajeno e indiferente a todo, en ese muelle *nirvana* que es la novela, trabajé desde el 2 de marzo hasta el 12 de junio, fecha en que puse la palabra FIN.

Pero la situación no se había resuelto; por el contrario, se hallaba más agravada aún por aquellos tres meses de trabajo sin remuneración. La cantidad que, desde 1929, me pasaba mensualmente mi editorial, con el compromiso, no siempre cumplido ni mucho menos por mi parte, de entregar a la imprenta un libro anual, constituía justamente la sexta parte del dinero que hubiera necesitado cobrar para cubrir gastos. Me encontraba, pues, con mis recursos agotados y ante el panorama de no tener ninguno en un plazo de un par de meses y en pleno verano: la *temporada muerta*, como se sabe.

Resolví intentar todavía algo con *Usted tiene ojos de mujer fatal* y para ello pedí a mi padre que fuera a buscar el manuscrito a la

(1) El gran Pedro Zorrilla, hoy fallecido, que entonces figuraba como primer actor de la Comedia.

(2) Véase la "historia" de esta obra en el tomo teatral correspondiente.

Comedia, donde ya no estaba por cierto Luisita Esteso, que se había reintegrado al *couplet*. Mi padre fué, recogió el manuscrito y me trajo nuevas palabras desalentadoras de Tirso.

—Esto es una equivocación de Enrique —le dijo al entregarle la obra—. Esta vez ha perdido la brújula...

Aun persuadido ya del todo de que, en efecto, la comedia era una equivocación, hice algunas gestiones con ella, pero inútilmente.

Se la ofrecí, entre otros, al agente teatral Antonio Navarro, a la sazón director artístico de la compañía de Hortensia Gelabert, que actuaba en Cervantes. Pero Navarro no quiso oír hablar del asunto y Hortensia, antigua amiga mía, quizá ni llegó a enterarse.

Guardé la obra en un cajón y nuevamente dejé de pensar en *Us-  
ted tiene ojos de mujer fatal*.

Finalizaba junio. Me quedaban unos cientos de pesetas. Muy pocos, y a mi alrededor, el vacío, la nada.

En vista de ello, llevé a la familia a veranear a San Rafael, entregándoles todo el dinero de que disponía, y me instalé solo en Madrid, sin un céntimo: con mi vitalidad personal por único recurso.

No había dinero, no sabía nunca de qué iba a vivir al día siguiente. Pero vivía e iba de un lado a otro en un *Whippet* domado a la "alta escuela" que andaba sin gasolina y que no aspiraba el olor del aceite desde dos años antes.

Se repetía en mí todo cuanto ya me había sucedido en 1927, corregido y aumentado (1).

Pero la mala época tocaba a su fin.

Cierto día de agosto, al ir a casa a recoger la correspondencia, encontré un cable de Hollywood. Lo firmaba un antiguo amigo, que estaba allí, contratado en Fox Film Corporation, departamento de producción en castellano, y decía: "CONTESTA SI TE INTERESAN SEIS MESES DE CONTRATO, CIEN DÓLARES SEMANALES SIN VIAJES".

Me lancé de nuevo a la calle apretujando el papelito azul que venía a dar solidez a mi bamboleante existencia de escritor conocido que no tiene para vivir; busqué diez duros e invertí ocho en el cable de respuesta: "CON VIAJES PAGADOS, DESDE LUEGO; SIN VIAJES, IMPOSIBLE". Y los dos duros restantes me los gasté más alegremente que nunca.

Dos días después me encontré, a la puerta de la Maison Dorée, con el actor Benito Cibrián, a quien no conocía personalmente. Vino hacia mí impetuoso y arrollador. Se me presentó, nos estrechamos las manos y dijo a voces:

—¡Hace tres días que le busco!

—¿Y eso?

Véase el precitado tomo *Tres comedias*.

—Me ha dicho Juan Calvo <sup>(1)</sup> que tiene usted una comedia inédita. La quiero hacer. ¿Me la da usted?

Me hizo gracia su fe, en una obra que no conocía en absoluto.

—Sí. Se la doy. Y se la doy encantado y deseando que la haga usted pronto, porque me pilla usted sin un céntimo.

—¿Cómo? ¿Necesita usted dinero? — gritó abriendo los ojos y los brazos.

—Sí — contesté afrontando los rigores de semejante publicidad callejera.

—¿Cuánto necesita?

—Por el momento, quinientas pesetas.

—¿Cuenta usted con ellas! También yo estoy sin un real, pero eso no importa. ¡Lo buscaré para usted! ¿Qué hora es? ¿Las cinco? Venga a las nueve de la noche al café y le traeré las quinientas pesetas.

Y desapareció sin despedirse, abriendo paso entre la gente, como un tornillo por una tabla.

A las nueve en punto compareció tremolando unos billetes. No eran las quinientas pesetas exactamente, sino trescientas cincuenta, pero fueron bien recibidas.

El resto se lo daré mañana, o pasado.

—Es igual — repliqué.

—¡Nada de igual! Yo cumplo siempre mi palabra y para usted tengo yo el dinero que necesite. Porque usted no debe estar sin dinero, ¡porque usted es el hombre de más talento de España!

—Tome algo, Cibrián — le dije para tranquilizarle.

Pero él ni podía tomar nada ni estarse quieto.

—¿Tiene usted ejemplares de la obra? — indagó.

—Sí. El manuscrito: los ejemplares copiados y los "papeles" los tiene todavía don Tirso.

—¡Voy por ellos!

Y en alas de aquel singular movimiento continuo de que parecía estar poseído, se lanzó fuera del café, camino de la calle del Príncipe. Su representante le seguía con la lengua fuera.

Al día siguiente, por la noche, reunidas en casa de Cibrián las principales partes de la compañía, procedí a leerles la comedia. A todos gustó, menos a mí. De tal suerte, que sólo leí el prólogo y los dos primeros actos.

—No quiero seguir — expliqué al acabar el segundo—. La obra me parece insoportable.

Se levantó a mi alrededor un coro de protestas enternecedoras. Les pregunté asombrado:

—Pero, ¿es que a ustedes les parece buena?

(1) Primer actor entonces del teatro del Cisne, que conocía incidentalmente mi comedia.

---

—¡Es estupenda!  
 —¡Es graciosísima!  
 —¡Es magnífica!  
 —¡Es colossal! (*Etcétera, etcétera.*)  
 Corté los elogios.  
 —¡Bueno, pues allá ustedes. Ahí queda la comedia y ojalá tengan razón.

---

Horas más tarde recibía el cable de respuesta de Hollywood. Decía solamente: "ENVIAMOS ANGLO SOUTH AMERICAN BANK CUATROCIENTOS CINCUENTA DÓLARES VIAJES. APRESURE MARCHA."

Los últimos días de agosto y gran parte de septiembre los dediqué a preparar el viaje a Estados Unidos.

Cibrián, de *tournee* por provincias, ensayaba *Usted tiene ojos de mujer fatal* con la caldera del entusiasmo a 30 atmósferas de presión.

Anunció el estreno para el día 20, en Valencia. Decidí asistir a los últimos ensayos y, siempre a bordo del heroico *Whippet*, agotado por la larga privación de sus elementos más vitales, se declaró definitivamente en huelga en Motilla del Palancar y fue preciso abandonarlo en manos de uno de los amigos compañeros de viaje, continuando los demás en un taxi.

Ya en Valencia asistí al ensayo general de la comedia, que se estrenaba al día siguiente. El ensayo me produjo un efecto tan desastroso, que resolví el regreso sin aguardar al estreno siquiera. Dejé una carta de despedida al entusiasta Benito Cibrián, carta que no creo que tenga muchos precedentes en la historia del Teatro, y que decía poco más o menos:

"Querido Benito: *Les van a dar un meneo que se va a oír en El Grao. Me voy por no verlo. Dios le pague lo que ha hecho y ojalá me equivoque, que no me equivocaré. Despidame de todos y mis afectos a Pepita. Le abraza, Enrique.*"

Salimos en tren hacia Madrid, adonde llegamos aquella noche. Y mientras nosotros llegábamos a Madrid, en Valencia *Usted tiene ojos de mujer fatal* alcanzaba un éxito rotundo e iniciaba su largo recorrido por los escenarios.

---

Veinticuatro horas más tarde, me despedía de la familia en la estación del Norte para emprender mi primera travesía a América.

Silbó la locomotora. Salté al estribo. El tren comenzó a rodar. El Plantío... Villalba... Valladolid... Irún... Tours... Poitiers... París... El Havre... New York... Pittsburgh... Chicago... Kan-

sas... Cheyenne... Salt Lake City... Las Vegas... Los Angeles... Hollywood...

Dieciséis días de viaje.

Y siete meses en los Studios Fox de la Western Avenue.

---

Entretanto, Benito Cibrián, con su entusiasmo progresivamente creciente, hacía por toda España *Usted tiene ojos de mujer fatal*, con éxito infalible.

Al regresar de Estados Unidos —vía Panamá— en mayo de 1933, le encontré representando la obra en el Poliorama, de Barcelona. Siguió haciéndola en otros sitios durante el verano, y preparó el *debut* en Madrid, en Cervantes, para el 19 de septiembre.

Ahora todos los empresarios querían dar a conocer la comedia al público madrileño. A todos les contesté igual:

—Cibrián la cogió cuando no la quería nadie; él creyó en ella cuando ni yo mismo creía ya. No la explotará en Madrid más que él o quien él quiera. Consúltenle.

Y Cibrián la estrenó en Madrid en la fecha fijada.

El mismo éxito que en todas partes. Luisita Esteso, desde un palco entresuelo, asistió al triunfo que obtenía Mercedes Muñoz Sampederro interpretando el papel que debió haber interpretado ella.

Benito Cibrián representó la obra en Madrid en cinco teatros distintos: Cervantes, Español, Benavente, Chueca y Maravillas, llegando a hacerla 350 veces.

En cuanto a las representaciones que —sólo su compañía— le había dado en toda España, un día hicimos la cuenta y resultaron más de 1.000.

Realmente eran excesivas representaciones para una comedia que un día había sido juzgada como "irrepresentable".

**USTED TIENE OJOS DE MUJER FATAL**

COMEDIA EN UN PRÓLOGO Y TRES ACTOS

R E P A R T O D E L E S T R E N O

PERSONAJES	ACTORES
<i>Elena</i> .....	Pepita Meliá.
<i>Francisca</i> .....	Mercedes Muñoz Sampedro
<i>Adelaida, condesa de San Isidro</i> ..	María Francés.
<i>Pepita, marquesa del Robledal</i> ..	Carmen Alcoriza.
<i>Julia</i> .....	Carmen García.
<i>Nina</i> .....	Carmen Sánchez.
<i>Fernanda</i> .....	María Fúster.
<i>Leonor</i> .....	Carmen Almiñana.
<i>Beatriz, baronesa de Pantecosti</i> ..	María Santoncha.
<i>Ágata</i> .....	Ana María Noé.
<i>Oshidori</i> .....	Benito Cibrián.
<i>Sergio Hernán</i> .....	Antonio Armet.
<i>Reginaldo de Pantecosti</i> .....	Gonzalo Lloréns.
<i>Indalecio Cruz</i> .....	Maximino Fernández
<i>Mariano</i> .....	Manuel Aragonés.
<i>Arturito</i> ..•.....	Emilio Menéndez.
<i>Roberto de Pantecosti</i> .....	Luis G. Guerrero.
<i>Un criado</i> .....	Manuel Alfonso.
<i>Un "chauffeur"</i> .....	N. N.

El prólogo y primer acto, en Madrid; el segundo y tercer actos, en un hotel de  
Cercedilla. Lados, los del actor.

## PRÓLOGO

Gabinete-saloncito de una "gargonniere" elegante. Una puerta en el lateral derecha y dos más en la izquierda. Otra puerta en el foro derecha, esta última con forillo de vestíbulo. En el foro ocupando todo el centro y la izquierda, se abre un gran arco provisto en toda su longitud de una barra a lo largo de la cual corre un tapiz. Detrás de él figura existir la alcoba del dueño de la casa. En la izquierda, entre las dos puertas de ese lado, ventanal con persiana de madera que se cierra en guillotina. Bajo el ventanal, un fonógrafo eléctrico. En la derecha, un biblioteca enana que sostiene un puñado de revistas y cuatro únicos libros, iguales en tamaño, forma y encuademación. Una mesita con una lámpara, un teléfono, un "gong" y servicio de licores y tabacos. La escena, puesta con un sentido personalísimo, es una de esas habitaciones que atraen por igual a las mujeres formales que a los hombres informales; una de esas habitaciones pintorescas y voluptuosas donde todo se combina para formar confidenciales rincones, en los cuales es frecuente que —al anochecer— las visitas femeninas se detengan largos ratos a inquirir detalles y a hacer preguntas, aunque sin aguardar nunca —naturalmente— las respuestas. Los asientos son amplios, cómodos y resultan propicios a cualquier decisión; las luces están instaladas de modo imprevisto, y en cuanto a los muebles, son tan selectos, que, ninguno vale para nada. Comienza la acción a las dos de la tarde de un día de primavera.

Al levantarse el telón no hay nadie en escena. Las lámparas están apagadas, las puertas cerradas y la persiana del ventanal corrida. En la puerta del primero izquierda, la llave se halla puesta por fuera. Suave penumbra invade la habitación. Una pausa. Luego se abre la puerta del foro y entra *Oshidori* en mangas de camisa, con pantalón y chaleco negros. *Oshidori* es un criado; aunque tiene cincuenta años, en su cédula pone cuarenta y nueve, él representa cuarenta y cinco y declara cuarenta y dos. Viste irreprochablemente y habla, acciona y procede dentro de la órbita de la más exquisita depuración. Al aparecer por el foro, *Oshidori* se dirige al ventanal y lo abre. La escena se ilumina con luz de sol. Entonces, por el foro, entra *Pepita*. *Pepita* es una doncella que no tiene de doncella más que el uniforme; su distinción al moverse y sus modales denuncian en ella a la gran dama. Trae al brazo un frac.

PEPITA.—*Avanzando*. El frac, *Oshidori*.

OSHIDOHI.—Gracias, marquesa. *Se lo pone*. ¿Y el señor?



PEPITA.—Duerme.

OSHDORI.—¿A qué hora vino anoche, marquesa?

PEPITA.—A las doce.

OSHDORI.—¿Solo?

PEPITA.—Acompañado. Y a la una volvió a marcharse.

OSHDORI.—¿Acompañado?

PEPITA.—Solo. Y a las cinco regresó de nuevo oliendo a whisky.

OSHDORI.—¿Solo?

PEPITA.—Con soda.

OSHDORI.—No me refería al whisky, sino al señor, marquesa. *Calculando.* Pues cinco y diez son quince... *Consultando su reloj.* Ahora son las dos, que son las catorce... *Resumiendo y guardándose el reloj.* Marquesa, prepare el desayuno del señor para las quince, que son las tres.

PEPITA.—Muy bien. *Se va por el foro. Suena el teléfono.*

OSHDORI.—*Descolgando el auricular.* ¡Diga! ¡Ah! *Amabilísimo.* Señora condesa... Oshidori, para servir a la señora condesa. Efectivamente: el señor duerme todavía... Muy bien. Le despertaré inmediatamente. ¿Qué es lo que debo preguntar al señor, que si esta tarde a las cinco o que si mañana a las cuatro? Perfectamente; corro a preguntárselo. *Se retira el auricular del oído, tapa la bocina y durante un rato permanece inmóvil, de pie junto a la mesita. Pasado el rato destapa la bocina y vuelve a aplicarse el auricular.* ¿Señora condesa? El señor, que se ha alegrado extraordinariamente de que le despertase acaba de expresarme, con lágrimas en los ojos, cuánto lamenta no poder acudir ni hoy a las cinco ni mañana a las cuatro al sitio donde él y la señora condesa saben. Dice que irá cualquier otra tarde, sin fijar fecha; pero, eso sí, suplica a la señora condesa que no se impacienta por muchas tardes que tarde en llegar esa tarde... ¿Cómo? *Asombrado de la burrada que por lo visto le ha contestado la condesa. Aparte.* (¡Arrea!) *Alto.* Muy bien. Así mismo se lo comunicaré al señor, señora condesa. *Cuelga.* La verdad es que el señor tiene razón cuando dice que la condesa sólo se diferencia de un carabinero en que fuma con la mano derecha... Aunque claro que tiene motivos para todo: en un mes se ha llevado trece plantones. Y ahora, a despachar la conquista de anoche. *Acercándose a la puerta del primero izquierda.* Debe de estar aquí. *Llamando con los nudillos.* Señora... ¡Señora!...

ELENA.—*Dentro.* ¿Quién llama?

OSHDORI.—Aquí está *Hace jugar la llave y aguarda a pie firme junto a la puerta. Inclínándose.* Señora... *Entra Elena. Tiene treinta años, pero con la luz eléctrica no debe aparentar más de veinticinco. Es una belleza graciosa y pensativa. Mujer moderna, hecha para las sensaciones, lo mismo se la confundiría con una de aquellas dulces y románticas damas que aun pueden verse en los viejos grabados de la escuela inglesa. Ahora Elena se viste con un pijama frívolo y se reviste con una actitud profundamente grave. Avanza y se detiene un instante junto al fonógrafo.*

ELENA.—¡El fonógrafo! ¡El maldito fonógrafo! *Da dos pasos más y se encara con Oshidori.* ¿Quién es usted?

OSHDORI.—Soy Oshidori, el criado del señor.

ELENA.—¡Ah! ¿Es usted el criado de Sergio?

OSHDORI.—Sí, señora. Pero no lo parezco, ¿verdad, señora?

ELENA.—No. No lo parece usted.

OSHDORI.—Todo el mundo me lo dice.

ELENA.—¿Y cómo no le vi a usted anoche cuando yo vine?

OSHDORI.—Porque ayer me despedí después de vestir al señor para la tarde; era sábado y yo, como buen español, hago semana inglesa...

ELENA.—Entonces, ¿quizá no puede usted decirme dónde está ahora Sergio?

OSHDORI.—*Rápidamente.* El señor no está en casa, señora.

ELENA.—¿Que no está en casa? Tengo la certidumbre de que está... *Va hacia el foro y mira en la alcoba por uno de los extremos del tapiz.* ¡Ya lo creo que está! *Despreciativa.* ¡Y durmiendo! *Indignada.* ¿Por qué ha mentado? ¿Por qué ha dicho que no estaba en casa?

OSHDORI.—*Recurriendo a toda su habilidad.* Señora, cuando un hombre duerme teniendo en la habitación de al lado una mujer como la señora, lo mejor que se puede decir de él es que no está en casa...

ELENA.—Tiene usted razón. *Mirándole con curiosidad.* Y lo ha dicho usted muy bien; con una frase muy intencionada...

OSHDORI.—*Rectificando modestamente.* La frase no es mía.

ELENA.—Pues ¿de quién es?

OSHDORI.—Del señor.

ELENA.—Eso hará Sergio; ¡frases!

OSHDORI.—Y no es poco, señora. La Humanidad entera no ha hecho otra cosa hasta el presente. Y el mundo se creó con la frase "hágase la luz"; se pobló con la de "creced y multiplicaos", y se civilizó con la de "vacaciones sin kodak son vacaciones perdidas".

ELENA.—*Sonriendo.* Eso me ha hecho gracia...

OSHDORI.—Pues también es del señor.

ELENA.—*Poniéndose seria.* Lo siento. Pero en cambio me alegra observar que tiene usted un aire respetable, Oshidori. Y le voy a comunicar un secreto...

OSHDORI.—La señora me distingue mucho.

ELENA.—El secreto es éste: Oshidori, su amo es un canalla. *Después de una pausa.* ¿Qué dice usted?

OSHDORI.—Que en ocho años mil cuatrocientas señoras me han comunicado el mismo secreto que la señora.

ELENA.—¿Mil cuatrocientas señoras? ¿Y en ocho años?

OSHDORI.—A ciento setenta y cinco señoras un año con otro. Lo he calculado varias veces.

ELENA.—Entonces, ¿qué clase de hombre es éste?

OSHDORI.—Un don Juan, señora. Un don Juan que se llama Sergio, Un Barba Azul al que yo afeito la barba dos veces al día.

ELENA.—Luego ¿su fama?...

OSHDORI.—Cierta.

ELENA.—¿Y lo de que no ha habido una mujer que se le resista?

OSHDORI.—Absolutamente verdad, señora.

ELENA.—¿Y eso de que jamás se ha enamorado de ninguna?

OSHDORI.—Completamente exacto.

ELENA.—¡Estúpida de mí! Y yo que pensé que lo que se contaba era exagerado. *Transición. Confidencial.* Pero imagínese, Oshidori, que después de muchos meses de pensar en él me lo encontré de pronto ayer tarde en Sakuska...

OSHDORI.—Va mucho.

ELENA.—Eran las siete. Caía la tarde. Todavía brillaban al sol algunas azoteas y el cielo se había teñido de morado. ¿Se lo imagina?

OSHDORI.—Sí, señora.

ELENA.—Me parece que no se lo imagina, Oshidori.

OSHDORI.—Sí, señora, sí. Me lo imagino como si lo estuviera viendo. No obstante, cerraré los ojos para imaginármelo mejor. *Cierra los ojos.* Me imagino a la señora en Sakuska sentada en una mesa de la derecha...

ELENA.—¡No! De la izquierda.

OSHDORI.—Eso es; de la izquierda. A veces falla la imaginación.

ELENA.—Anocheecía... A mí el crepúsculo me pone muy triste...

OSHDORI.—A mí también, señora. Y se explica. Al fin y al cabo, el crepúsculo es un fracaso de la Naturaleza.

ELENA.—*Admirada.* ¡Qué bonito, Oshidori!

OSHDORI.—*Siempre modesto.* Es una frase del señor.

ELENA.—¡Vaya por Dios! Pues estaba yo triste, triste... y sentía ganas de... no sabía de qué...

OSHDORI.—Quizá de llorar.

ELENA.—¡Eso! De llorar. Cuando, de pronto, se detuvo a la puerta un auto...

OSHDORI.—Packard.

ELENA.—Y bajó de él un hombre...

OSHDORI.—El señor.

ELENA.—No. Primero bajó el "chauffeur"...

OSHDORI.—Indalecio.

ELENA.—Después bajó Sergio y entró en Sakuska. Entró erguido, fascinador, dominándolo todo con la mirada, levantando a su paso una nube de cuchicheos femeninos, elegantísimo, vistiendo un traje...

OSHDORI.—...azul con rayitas blancas.

ELENA.—Sí. ¿Cómo sabe?

OSHDORI.—Se lo había puesto yo.

ELENA.—¡Es verdad! Ya no me acordaba. Y en el ojal de la solapa lucía...

OSHDORI.—...una dalia. Los sábados por la tarde le toca dalias...

ELENA.—Una dalia, justamente. Entró, se fijó en mí, me invitó y merendamos juntos...

OSHDORI.—...sin que la señora pudiera precisar lo que tomaron.

ELENA.—¡Eso es! Pero ¿cómo lo adivina usted todo?

OSHDORI.—Ocho años al servicio del señor... Mil cuatrocientos "casos" observados... ¿Y después?

ELENA.—Después paseamos por el campo. Hablamos del alma. Me dijo que estaba muy solo...

OSHDORI.—Eso suele decir cuando está junto a una mujer.

ELENA.—Me recitó versos de Byron.

OSHDORI.—¿Y de Lamartine?

ELENA.—¡También! Calle usted... ¿qué fue lo que me recitó de Lamartine?

OSHDORI.—"El lago".

ELENA.—¡"El lago", sí!...

OSHDORI.—Siempre recita "El lago". Lo único que sabe de Lamartine es "El lago" y que le gustaban mucho las alcachofas.

ELENA.—Tengo entendido que lo que le gustaban a Lamartine eran los espárragos.

OSHDORI.—Precisamente; pero el señor se le han metido en la cabeza las alcachofas. ¿Y luego, señora?

ELENA.—Luego comimos en un reservadito de cierto restaurante campestre. Me contó cosas de su vida... Porque ha debido de viajar mucho, ¿verdad?

OSHDORI.—Tanto como un maletín roto.

ELENA.—Y después..., ya a media noche, me trajo aquí. Yo perdí el sentido por completo. Oshidori... Y ocurrió... Pero usted también se imaginará lo que suele ocurrir cuando una mujer enamorada pierde el...

OSHDORI.—*Cortándola*. Eso se lo imagina cualquiera.

ELENA.—Sin embargo, aun no he podido explicarme qué fue lo que me hizo llegar a todo aquello...

OSHDORI.—A lo mejor, una sola frase.

ELENA.—Una sola frase, es verdad. Ahora veo claro que me sentí subyugada cuando mirándome fijamente en el campo, me dijo...

OSHDORI.—...la dijo: *Usted tiene ojos de mujer fatal*.

ELENA.—¡Justo! ¡Justo! ¿Es que se lo ha dicho a varias?

OSHDORI.—La frase *Usted tiene ojos de mujer fatal* es la que utiliza siempre el señor para rendir a las señoras.

ELENA.—¡Pero es indignante que conmigo utilizara el recurso que utilizó con las demás!

OSHDORI.—Eso mismo me dijeron las demás.

ELENA.—¡Oshidori!... *Suena el teléfono*.

OSHDORI.—Con permiso de la señora... *Al aparato*. ¡Diga! Sí, señora. ¿Cómo? ¡Ah! Muy bien. *A Elena, tapando la bocina*. Aquí tiene la señora una señora que lo primero que advierte es que no es señora, sino señorita.

ELENA.—¿Otra... aspirante, Oshidori?

OSHDORI.—Sí. De éstas caen diez diarias...

ELENA.—¿Caen?

OSHDORI.—O por lo menos se mueven mucho. *Al aparato*. ¿Cómo? ¿Señorita? *Cuelga*. Ha colgado. Eso es que el marido ha entrado en la habitación.

- ELENA.—¿El marido? ¿Pero no es señorita?
- OSHDORI.—Conozco el género, señora. Y todas estas que piden que se les llame señoritas están casadas, veranean en El Escorial y tienen diez hijos, el más pequeño arquitecto. *Por el foro entra Pepita.*
- PEPITA.—¿El teléfono, Oshidori?
- OSHDORI.—Ya lo he atendido yo, marquesa. Puede retirarse...
- PEPITA.—A Elena. Señora... *Se va por el foro.*
- ELENA.—¿Por qué llama marquesa a la doncella?
- OSHDORI.—Porque lo es.
- ELENA.—¿Qué dice usted?
- OSHDORI.—Sí, señora; la marquesa del Robledal. Quizá es conveniente que sepa la señora que toda la servidumbre de la casa está formada por antiguas amadas del señor...
- ELENA.—¿No es posible!
- OSHDORI.—Sí, señora, sí. Son corazones románticos que, al terminar con el señor, suplicaron plazas en la servidumbre para poder verle diariamente, ya que no les era posible otra cosa.
- ELENA.—¿Pero es absurdo!
- OSHDORI.—Lo cierto es siempre absurdo, señora, y amar quiere decir esclavitud. Realmente es una servidumbre para enorgullecer a cualquiera. Las hay de todos gustos. Al frente de la cocina, por ejemplo, está nada menos que Nita Numi, la famosa bailarina húngara, única en el mundo que ha bailado el "Ave María" de Gounod...
- ELENA.—¿Sí que es extraordinario!
- OSHDORI.—Y el "chauffeur"...
- ELENA.—*Alarmada.* ¿El "chauffeur" también, Oshidori?
- OSHDORI.—Déjeme acabar la señora. El "chauffeur" vino expresamente de Buenos Aires por curiosidad de conocer al señor para descubrir el secreto de su éxito con las mujeres. Como el señor no tenía tiempo de atenderle, se quedó de "chauffeur" para observar. Es Indalecio Cruz, el autor de tangos de fama mundial.
- ELENA.—¿Y ha conseguido descubrir el secreto del éxito de Sergio?
- OSHDORI.—Todavía, no. A mi juicio, el éxito del señor con las mujeres obedece a que no les hace ningún caso.
- ELENA.—Eso explica lo ocurrido conmigo, porque aun no le he dicho, Oshidori, que anoche, cuando volví a recobrar el sentido, me dijo que le esperase en esa habitación. *El primero izquierda.* Y en cuanto entré, él mismo fué el que me encerró con llave. Y así que empecé a protestar y a llamar...
- OSHDORI.—...El señor puso en marcha el fonógrafo y colocó un disco del "O Marie".
- ELENA.—Exactamente. ¿También eso lo ha hecho con varias?
- OSHDORI.—Sí, señora. Y a las que gritan demasiado las pone el "Torna a Sorrento", cantado por un orfeón vasco.
- ELENA.—Pero el fonógrafo sonó hasta la madrugada...
- OSHDORI.—Es eléctrico y tiene un dispositivo gracias al cual cuando concluye el disco empieza de nuevo.

ELENA.—¡Un encanto! ¿De suerte que su primera obligación por las mañanas es comprobar si hay víctimas cautivas?

OSHDORI.—Sí. Y en el caso de que las haya, despedirlas.

ELENA.—¿Cómo?

OSHDORI.—Los procedimientos varían.

ELENA.—¿Y cuál es el más eficaz?

OSHDORI.—El que estoy empleando con la señora.

ELENA.—*Escandalizada de su cinismo.* ¡Pero, Oshidori!

OSHDORI.—Yo aconsejo a las señoras que se marchen. Ellas se echan a llorar y se desmayan. Yo recurro al éter y las vuelvo en sí, y entonces ellas se van muy tristes, retocándose los ojos con el lápiz.

ELENA.—¿Y por qué a mí no me aconseja que me marche, Oshidori?

OSHDORI.—Perdón; es que me he distraído hablando. Le aconsejo a la señora que se marche.

ELENA.—*Levantándose con un esfuerzo.* Sí... Y ya me hubiera ido antes si estuviera convencida de que sólo he sido para Sergio una más...

OSHDORI.—Eso es fácil, señora, porque el señor apunta todas sus conquistas. Don Juan las apuntaba también.

ELENA.—¿Que las apunta? ¿Dónde?

OSHDORI.—En estos cuatro libros. *Señala la biblioteca.* Y por orden alfabético.

ELENA.—¿De apellidos o de nombres?

OSHDORI.—De nombres. Los héroes, las enamoradas y los planetas no tienen apellido. *Inclinándose, como siempre.* Es una frase del señor...

ELENA.—Lo sospechaba.

OSHDORI.—Si la señora ha sido "una más" para el señor, la señora estará apuntada aquí con las restantes...

ELENA.—¿Y si aun no le hubiera dado tiempo de apuntarme, Oshidori?

OSHDORI.—¡Por Dios! Con el ruido del último cañonazo se escriben ya las batallas en la Historia... *Inclinándose.* Es una frase...

ELENA.—...del señor.

OSHDORI.—No, señora; ésta es de Napoleón Bonaparte. *Yendo hacia la biblioteca.* ¿El nombre de la señora?

ELENA.—Elena.

OSHDORI.—Tomo primero. *Coge uno de los tomos, pero al ir a abrirlo se lo arrebató Elena.*

ELENA.—¡Por favor! Lo veré yo misma... *Vuelve al sillón con el libro; lo hojea ansiosamente. Oshidori ha cogido otro tomo y lo hojea a su vez junto a la biblioteca. Hay un silencio profundo. De pronto, Elena levanta la cabeza radiante. ¡No estoy! ¡No estoy!* Eso quiere decir... *Levantándose.* ¡Llámele, Oshidori! ¡Despiértele! *Con brusca decisión, yendo hacia el foro.* Le despertaré yo! Quiero que...

OSHDORI.—*Deteniéndola con el gesto.* Perdón... Siento darle ese disgusto a la señora, pero acabo de ver que la señora está incluida en el tomo segundo...

ELENA.—*Paralizada.* ¿Eh? Me llamo Elena... Tenía que estar en el tomo primero, letra E, ¡y no estoy!

OSHDORI.—Sí, señora. Pero es que el señor escribe Elena con hache... Es lo clásico.

ELENA.—*Sintiéndose derrumbarse todo a su alrededor.* ¡¡Oshidori!!

OSHDORI.—La señora aparece aquí bien claramente. *Leyendo en su tomo.* "Número 1.401. Helena Conocida en Sakuska el 10 de junio. Una merienda, un paseo, una comida en el campo.—Elegió "pijama" a rayas. Ella sabía quién era yo y todo me fué fácil."

ELENA.—Todo le fue fácil, pero es que yo no sabía quién era él...

OSHDORI.—"Lloró con "El lago" de Lamartine."

ELENA.—Eso es mentira, pero pudo ser verdad.

OSHDORI.—"Perdió la cabeza cuando le dije lo de los ojos."

ELENA.—Eso es verdad y ahora me parece mentira.

OSHDORI.—"Bonita. Rubia. Joven."

ELENA.—Todo exacto.

OSHDORI.—"Romántica, tirando a cursi..." *Después de leerlo se arrepiente de haberlo leído.*

ELENA.—¿Eh? ¿Qué dice?

OSHDORI.—Nada; no dice nada...

ELENA.—Déjeme... Necesito convencerme por mí misma. *Leyendo en el tomo.* "Romántica, tirando a cursi. Empalagosa. Irresistible..." *Se separa de Oshidori y va hacia el sillón lentamente.* "Romántica, tirando a cursi... Empalagosa. Dejándose caer en el sillón. Irresistible... Me ha encontrado irresistible... Apoya su codo en el sillón y oculta el rostro en la mano. Hay una pausa. Oshidori da un golpecito en el "gong". Luego contempla a Elena, y por fin saca un pañuelo y un frasquito del bolsillo y vierte en el pañuelo el contenido del frasquito. En aquel momento Elena se rehace y alza la cabeza. ¿Qué hace usted, Oshidori? ¿Qué es eso?

OSHDORI.—El frasco del éter, señora. Tomo mis precauciones para cuando la señora se desmaye...

ELENA.—Moviendo la cabeza tristemente. Esta vez no hay desmayo, Oshidori. Desmayarse significa nervios, voluntad contrariada, corazón, sentimientos..., y todo eso, Oshidori, acaba de quedar muerto dentro de mí. ¿No lo cree? También soy para usted una cursi...

OSHDORI.—¡Oh, no, señora! Ni mucho menos...

ELENA.—Entonces, para usted, ¿yo qué soy, Oshidori?

OSHDORI.—Hasta hace un momento una verdadera enamorada, y desde que la señora ha leído... lo que ha leído, una mujer dispuesta a la desesperación.

ELENA.—¡Cuánta clarividencia! ¡Qué conocimiento del alma!

OSHDORI.—Sí, señora.

ELENA.—Y ahora me marcho. *Levantándose.* Voy a vestirme.

OSHDORI.—He avisado ya a una doncella. *A Pepita, que acaba de aparecer en el foro.* Póngase a las órdenes de la señora.

ELENA.—Está usted en todo. *Volviéndose y viendo a Pepita, Respetuosamente.* ¡Ah! La marquesa...

PEPITA.—*Indicándole a Elena el primero izquierda.* Pase la señora ...

ELENA.—¿Yo primero? No, no... Usted delante, marquesa, usted delante... *Obliga a hacer mutis a Pepita y se va ella detrás.*

OSHDORI.—*Viéndola ir.* ¡Pobrecilla! Siendo la única que no se ha desmayado, es la única que me ha dado lástima...

T E L Ó N



## ACTO PRIMERO

La misma decoración. Todo aparece igual que apareció al comenzar el prólogo. Han pasado tres meses, pero nada ha cambiado en casa de Sergio. La persiana del ventanal está descorrida y la escena iluminada con luz de sol. En las dos puertas del primero y segundo izquierda, las llaves están puestas por fuera. Las puertas aparecen cerradas.

Comienza la acción a las tres de la tarde. Otoño. Al levantarse el telón, la escena sola. El fonógrafo se halla funcionando con un disco del "O Marie". Una pausa durante la cual se oye el "O Marie" a más y mejor. Después entra *Oshidori* por el foro, se dirige al fonógrafo y lo para. En ese momento rompe a sonar el teléfono, y coincidiendo con él entra *Pepita* por la derecha.

OSHDORI.—*Al teléfono.* ¡Diga! Señora condesa... Buenas tardes, señora condesa. ¡Cómo dice la señora condesa? *A Pepita.* Marquesa, la señora condesa dice que está negra.

PEPITA.—¡Qué está negra?

OSHDORI.—Completamente negra. *Al teléfono.* ¡Tres meses, señora condesa? ¡Es increíble, cómo se pasa el tiempo! *A Pepita.* Dice que hace ya tres meses que yo la anuncié que el señor acudiría una tarde al sitio de costumbre, y que ¡nanay!

PEPITA.—¡Nanay?

OSHDORI.—Nanay y moscas tres...

PEPITA.—¡Es siempre la misma!

OSHDORI.—Pero ¡cómo se explica que la condesa de San Isidro sea tan chula, marquesa?

PEPITA.—Presume de chispera. Según parece a su bisabuela le hizo un retrato Goya, y ese acontecimiento ha arruinado sus buenos modales para siempre.

OSHDORI.—¡Qué caso! *Cuelga el auricular.*

PEPITA.—No me explico cómo Sergio ha podido llegar a nada con la condesa.

OSHDORI.—Fue el año pasado. El señor quería completar su lista particular de aristócratas. Sólo que la condesa está en esa edad en

que las mujeres, antes que renunciar a un hombre, renuncian a la ondulación Marcel... *Oshidori ha cogido de encima de la mesita un pulverizador del tamaño de los del "Flit" y se ha liado a pulverizar la atmósfera.*

PEPITA.—Pero, ¿qué haces, Oshidori?

OSHDORI.—Pulverizo éter. He descubierto que es más cómodo pulverizarlo en el aire que gotearlo en un pañuelo, con la ventaja de que así los desmayos no llegan a producirse...

PEPITA.—¡Qué talento!

OSHDORI.—Y cada vez que voy a echar una, pues pulverizo.

PEPITA.—Pero, ¿es que hoy hay más de una, Oshidori?

OSHDORI.—Hoy hay dos.

PEPITA.—¡Dos!

OSHDORI.—Dos, marquesa. Una que vino por la noche y otra que vino por la tarde, pero que volvió por la noche, porque las hay que repiten. ¡Se están matando!

PEPITA.—Y acabará matándonos a todas las que le queremos sin egoísmos. Nita Numi ha perdido seis kilos; yo estoy quedándome ya como una sombra, y Leonor ha presentado su dimisión de secretaria porque no puede resistir más los celos. *Se oyen unos golpes\* tos en la puerta del segundo izquierda.*

OSHDORI.—Una que se impacienta... Hay que actuar. *Deja el pulverizador y va hacia el segundo izquierda.*

PEPITA.—Yo prefiero no verlo. Voy a dar la cera en el "hall".

OSHDORI.—Hasta luego, marquesa. *Pepita se va tristísima por el foro. Oshidori hace jugar la llave del segundo izquierda. En seguida se abre la puerta y aparece Francisca. Oshidori se inclina. Señora... Francisca es una mujer esbelta, de edad indecisa, elegante, con una elegancia explosiva y provista de un aire dramático que lo mismo puede significar que es un personaje de Shakespeare, que puede significar que está mal de la cabeza. Entra con los ojos tapados por un pañuelo que sostiene en la mano derecha y lleva en la otra mano el sombrero y un "renard" a la rastra. Recorre la escena lentamente, deteniéndose en todos los rincones a llorar un poco hasta que Oshidori la aborda. Si la señora se sentase..., lloraría más tranquila la señora. Ella no le hace caso. ¿Por qué no se sienta la señora?*

FRANCISCA.—*Muy cargada de razón, al través de sus lágrimas. ¡Sé llorar de pie!*

OSHDORI.—Pero es que sentada lloraría la señora mucho más a gusto...

FRANCISCA.—¿Usted cree?

OSHDORI.—Pruebe la señora y verá... *Le acerca un sillón.*

FRANCISCA.—*Sentándose.* ¡Pues es verdad! *Llora sentada.* ¡Qué bien se llora así! ¡Se llora divinamente! *Llora más fuerte y de pronto levanta la cabeza.* ¿A usted no le gusta llorar?

OSHDORI.—Muchísimo. Yo lloro todas las tardes, de cinco a seis.

FRANCISCA.—¡Qué suerte! ¡Yo no puedo! No puedo, porque a las cinco y media llega la manicura... *Llora fuertemente.*

OSHDORI.—*Aparte.* (Es una histérica... ¡Mi especialidad!...) *Alto.* Llorar es realmente estupendo, señora.

FRANCISCA.—¡Es divino! *Llora con furia.* ¡Divino!

OSHDORI.—Pero piense la señora que el llanto hace caer las pestañas. ..

FRANCISCA.—*Dejando de llorar en el acto.* ¿Es cierto eso?

OSHDORI.—El evangelio del Instituto Isis.

FRANCISCA.—Gracias... Avise a Sergio.

OSHDORI.—El señor no está visible, señora.

FRANCISCA.—*Cayendo en un súbito estado de desesperación.* ¡Que no está visible! ¡Eso más!... ¡Eso más, Dios mío! ¡Eso más, Dios del Sinaí!... *Se levanta y pasea su desesperación.* ¡Mofa sobre mofa! ¡Befa sobre befa!

OSHDORI.—*Siguiéndola.* Señora...

FRANCISCA.—¡Mofa sobre befa!

OSHDORI.—Pero, señora...

FRANCISCA.—¡Befa sobre mofa!

OSHDORI.—Señora; yo le ruego...

FRANCISCA.—¡Estoy que mufo!

OSHDORI.—¿Mufo?

FRANCISCA.—Bueno..., ¡mafo!

OSHDORI.—*Hecho un lío.* ¿Mafo o bafo?

FRANCISCA.—*Liándose también.* ¡Fobu!

OSHDORI.—*Más Hadó todavía.* ¡Bofu!

FRANCISCA.—*Triunfalmente.* ¡¡Bufo!!

OSHDORI.—Bufo, eso es... ¡Lo que nos ha costado!

FRANCISCA.—*Cayendo otra vez en el sillón, hipando.* ¡Jurarme que me quería para tenerme luego toda la noche bajo llave, como unos documentos!... ¡Trece horas encerrada! ¿Usted cree que se puede estar trece horas encerrada? ¿Y trece horas oyendo "O Marie"? ¿Usted cree que se puede estar trece horas oyendo "O Marie"?

OSHDORI.—Los italianos lo están oyendo hace ciento cuarenta y dos años...

FRANCISCA.—¡Pero yo no soy italiana!

OSHDORI.—Se nota en seguida.

FRANCISCA.—Yo soy de Albacete.

OSHDORI.—Eso ya no se nota tan pronto. *Aparte.* (Histérica de la Mancha.)

FRANCISCA.—¿Y para esto me dijo que estaba muy solo? ¿Y para esto me recitó "El lago", de Víctor Hugo?

OSHDORI.—De Lamartine, señora.

FRANCISCA.—¡Bien se ha reído de mí! ¡Su amor, una burla; sus juramentos, una irrisión, y su encierro un oprobio! ¡Todo mofa! ¡Todo befa! ¡¡Todo!! *Con una transición.* ¿Qué hora es?

OSHDORI.—Las tres de la tarde.

FRANCISCA.—No.

OSHDORI.—Sí, señora. Las tres y cinco en punto.

FRANCISCA.—¡No! ¡No me quejo! Lo prefiero...

OSHDORI.—¡Ah! Bueno...

FRANCISCA.—Prefiero que haya sido así. Es mi sino. Es mi destino. Soy una mujer fatal.

OSHDORI.—Sí, señora.

FRANCISCA.—Sergio me lo dijo ayer tarde, y tiene razón. Yo he nacido para llorar. Para llorar y para sufrir intensamente. ¿Usted no ha nacido para sufrir intensamente?

OSHDORI.—Empiezo a creer que sí,

ÁGATA.—*Dentro.* ¡Oshidori!

OSHDORI.—*Aparte.* (La otra... Ahora se arma.) *Acercándose al primero izquierda seguido por la mirada estupefacta de Francisca.* ¿Señora?

ÁGATA.—*Dentro.* Oshidori, avísame un taxi y proporcióneme un abrigo. No es cosa de salir a la calle en traje de noche.

OSHDORI.—Sí, señora. *Da un golpe con el "gong".*

FRANCISCA.—*En el colmo del estupor.* Pero... Pero, ¿qué es eso? Pero... ¿otra mujer, Oshidori?

OSHDORI.—Sí, señora. Otra mujer.

FRANCISCA.—*Desesperada.* ¡Otra mujer! ¡Otra mujer encerrada! ¡Otra mujer a la que también le han tocado el "O Marie"! ¡Cristo del Gólgota! ¿Y quién es? El amor de Sergio, ¿verdad? ¡Bien me lo había sospechado yo! ¡Otra mujer el amor de Sergio! ¡San Mateo! ¡San Francisco de Asís! *Cae en el sillón y queda con el rostro entre las manos.*

OSHDORI.—¡Pero qué exclamaciones más raras Tes enseñan en Albacete! *Por el joro entra Pepita.*

PEPITA.—¿Llamabas, Oshidori?

OSHDORI.—Sí, marquesa. Que avisen un "taxi". Y tráigase un abrigo.

PEPITA.—¿El que se utiliza para que salgan a la calle las que vienen vestidas de noche?

OSHDORI.—El mismo. *Pepita se va por el foro.*

FRANCISCA.—*Alzando la cabeza.* ¡Cómo sufro, Oshidori! Todo se ha derrumbado a mi alrededor... Sufro tanto, que ya no puedo ser más feliz...

OSHDORI.—Mi enhorabuena, señora.

FRANCISCA.—Porque está claro que yo sólo he sido para Sergio una diversión.

OSHDORI.—Justamente.

FRANCISCA.—Menos aún: un juguete, una cosa insignificante, una especie de...

OSHDORI.—Una especie de pirulí.

FRANCISCA.—¡Exacto! Un pirulí. Algo que se coge, se paladea...

OSHDORI.—Y se tira al llegar al palillo.

FRANCISCA.—¡Eso es, eso es!

OSHDORI.—Créame la señora: lo mejor que puede hacer es marcharse despreciando al señor.

FRANCISCA.—¡Eso no, Oshidori!

OSHDORI.—¿No?

FRANCISCA.—¿Despreciarle? ¡Nunca! ¿Despreciarle, sabiendo que no le importo? ¿Despreciarle, sabiendo que sólo soy para él un pi-

rulí? ¡Jamás! ¡Pero si mi vida es eso! Sufrir, apretarme el corazón, mascar pañuelos... Y marcharme, dejar de verle para siempre, ¡tampoco!

OSHDORI.—¿Tampoco?

FRANCISCA.—Tampoco, Oshidori. Sergio me ha explicado el origen de su servidumbre. Y puesto que la secretaria ha presentado la dimisión, yo la hablaré para quedarme en su lugar.

OSHDORI.—¡Ahí Muy bien.

FRANCISCA.—Seré una más entre las que sufren...

OSHDORI.—Claro, claro.

FRANCISCA.—Y seré lo que no son las otras: seré feliz. Al fin y al cabo, yo traduzco sufrimiento por regocijo. ¿Le choca?

OSHDORI.—No. He conocido gentes que todavía traducían peor. *Por el foro entra Pepita con un abrigo de pieles.*

PEPITA.—El abrigo, Oshidori.

OSHDORI.—Gracias, marquesa. *Lo coge.* Esta señora quiere hablar con la secretaria; tenga la bondad de acompañarla.

PEPITA.—Cuando la señora guste...

FRANCISCA.—Vamos. Pero, señora, no, marquesa. Señora, no. ¡Compañeras, marquesa! ¡Compañeras! *Se van por el foro.*

OSHDORI.—*Viendo abrirse la puerta del primero izquierda.* ¡Ah! Ya está aquí la otra... *En efecto, por el primero izquierda entra Agata. Es joven, elegante, bonita. Viste, como anunció, traje de noche y entra abrochándose los guantes.* Señora... Aquí tiene el abrigo la señora... *Avanza hacia ella.*

AGATA.—*Deteniéndole con el gesto.* No se moleste. Lo he pensado mejor y no me voy... He oído todo, Oshidori... ¡Todo! Hasta eso de que Sergio no está visible y de que esta histórica se queda de secretaria... Pero si Sergio no está visible, esperaré a que lo esté. He decidido no aguantar en silencio ni sus manejos estúpidos ni las doscientas seis audiciones del "O Marie". *Se sienta.*

OSHDORI.—*Aparte.* (¡Las ha contado!)

AGATA.—Yo no soy mujer con la que un hombre pueda divertirse un rato...

OSHDORI.—La señora me parece demasiado pesimista.

AGATA.—Muchas gracias.

OSHDORI.—Pero la verdad es que el señor no está en casa. Ha huido esta mañana, señora.

AGATA.—¿Que ha huido? ¿De quién?

OSHDORI.—De un marido. De un marido que quería matarle.

AGATA.—¿Pero todavía hay maridos que matan?

OSHDORI.—En las grandes ciudades, no, señora; pero éste era de provincias, donde todavía atizan. Al señor sólo le dio tiempo de saltar al coche, resuelto a irse a Córdoba por una temporada; pero la prueba de lo que ama a la señora está en que me encargó que la dijese que, hasta las cinco de la tarde, esperaba a la señora en la carretera de Andalucía, kilómetro 56. *Aparte.* (Me parece que la mando cerca.)

ACATA.—¿Qué dice usted? *Se levanta.*

OSHDORI.—La verdad, señora. *Da un golpe con el "gong".*

ÁGATA.—¡Dios mío! Pero ya son más de las tres...

OSHDORI.—Sí, señora...

ÁGATA.—¡Pronto! El abrigo... *Se lo pone ayudada por Oshidori.* Me estaba temiendo algo. No he hecho más que mezclarme en su vida, y ya se ve Sergio perseguido y huyendo... Y es que no cabe duda; él tiene razón: hay en mí algo fatal... *En el foro aparece Pepita.*

OSHDORI.—Sí, señora. *A Pepita.* ¿Avisaron el taxi?

PEPITA.—Está abajo.

ÁGATA.—Y aun tengo que ir a casa, cambiarme de ropa, coger el coche!... ¡Con tal que llegue a tiempo! *Inicia el mutis.* ¿Ha dicho kilómetro 56, verdad?

OSHDORI.—No, no. Ciento, ciento cincuenta y seis, señora.

ÁGATA.—Sí, sí... *Se va por el joro.*

OSHDORI.—*Desde la puerta.* Pero si el señor no estuviera ya allí, le aconsejo a la señora que siga hasta Córdoba... *Frotándose las manos.* ¡Útil!

PEPITA.—¡Qué talento, Oshidori!

OSHDORI.—Práctica, marquesa, nada más que práctica... Acompañela y prepare el desayuno del señor... Yo voy a llamarle...

PEPITA.—Muy bien. *Se va por el foro. Oshidori se dirige al tapiz, pero antes de que llegue a él se descorre éste y entra Sergio. Tiene alrededor de los treinta y cinco años, pero cierto aire de aburrimiento y de prematuro cansancio le hace parecer de más edad. Viste un pijama y un batín y calza zapatillas.*

SERGIO.—Salud, Oshidori.

OSHDORI.—Buenas tardes, señor. ¡El señor se ha levantado hoy sin que le llamase!

SERGIO.—Sí. ¿Te extraña?

OSHDORI.—De ningún modo. Yo siempre espero del señor algo original. *Se va por la alcoba.*

SERGIO.—*Acercándose al ventanal.* Hace buen día, ¿verdad?

OSHDORI.—*Dentro.* Sí, señor. El barómetro indica lluvia, pero el sol luce de un modo espléndido.

SERGIO.—Yo nunca hago caso de los barómetros.

OSHDORI.—*Entrando en escena.* Ni el sol tampoco.

SERGIO.—¡Muchas gracias, Oshidori! *Oshidori ha sacado de la alcoba uno de esos muebles de níquel y cristal denominados "pajes" que se utilizan para el afeitado. Sergio se mira en el espejo.* ¡Qué mala cara tengo! Cada vez amanezco con peor cara... ¿No te parece?

OSHDORI.—No, señor. *Preparando los chismes para afeitarse a Sergio.* ¿Quiere el señor que le ponga apaisado?

SERGIO.—Sí, Oshidori; pónme apaisado. *Oshidori le apoya las piernas en un asiento, dejándole tumbado.*

OSHDORI.—¿Algo más?

SERGIO.—Nada, Oshidori. Eres un estuche.

OSHDORI.—*Empezando a enjabonarle la cara para afeitarse.* Todo

criado está en la obligación de ser un estuche cuando sirve a un amo que es una alhaja.

SERGIO.—¿Cuándo he dicho yo eso?

OSHDORI.—El año pasado en Ostende. *Suena el teléfono.*

SERGIO.—Es verdad, es verdad... Ya *no* me acordaba.

OSHDORI.—*Al aparato.* ¡Diga! *A Sergio.* Señor, la señorita Lili.

SERGIO.—¿Cuál de ellas? Porque las Lilis son tres.

OSHDORI.—*Al aparato.* ¿Lilí qué, señorita? *A Sergio.* Lili Emiliana, señor.

SERGIO.—Pues dile que se vaya a paseo.

OSHDORI.—Señorita, el señor dice que esta tarde, a las seis, en la Moncloa. *Cuelga. Vuelve a enjabonar a Sergio.*

SERGIO.—No quiero saber nada de ella. Se trata de una de esas muchachas, que ahora se estilan tanto, que toman baños de sol, nadan, gastan boina, leen a Freud y se pasan el resto del día encaramadas en un auto.

OSHDORI.—¿Y al señor no le agradan esas deportivas?

SERGIO.—No. Les sabe la boca a neumático y convierten el amor en una carrera de las XII horas.

OSHDORI.—*Empezando a afeitarse.* ¡Precioso! ¡Precioso! Con permiso del señor, voy a apuntar esa frase. *Saca un cuadernito y escribe en él.* ¡Qué día! ¡Qué día tiene hoy el señor! *Escribe rápidamente.*

SERGIO.—¿Y a las de anoche? ¿Te ha costado mucho trabajo echarlas?

OSHDORI.—No, señor. A una de ellas la he mandado a Córdoba. *Vuelve junto a Sergio y prosigue el afeitado.*

SERGIO.—Bien hecho. Hay que fomentar el turismo.

OSHDORI.—La otra quiere quedarse de secretaria del señor. Asegura haber venido al mundo para sufrir intensamente.

SERGIO.—Sí. Le falta un tornillo.

OSHDORI.—El señor es muy benévolo; yo creo que le falta también la tuerca. *Por el foro entra Pepita empujando una mesita con ruedas, en la que hay un desayuno.*

PEPITA.—El desayuno, Sergio.

SERGIO.—Hola, Pepita.

PEPITA.—*Muy solícita y enamorada.* ¿Has descansado bien?

SERGIO.—*Con aire aburrido.* Sí, Pepita. Muy bien.

PEPITA.—¿Te diste la ducha fría?

SERGIO.—Sí...

PEPITA.—¿Has tomado el reconstituyente? ¿Has hecho la gimnasia respiratoria y el... ?

SERGIO.—Sí, Pepita, sí.

PEPITA.—Cuídate, Sergio, ¡por Dios!... Mira que llevas una vida imposible... Que esa vida no hay quien la resista...

SERGIO.—Prescinde de darme consejos, Pepita. Soy mayor de edad desde 1922.

PEPITA.—*Suspirando.* ¡Está bien! *Pepita se va suspirando, tristísima, por el foro.*

OSHDORI.—El señor tiene locas a todas. Yo cada vez admiro más al señor.

SERGIO.—Pues no me admires ni me envidies, Oshidori, porque no soy feliz. Empiezo a darme cuenta de que coleccionar mujeres es tan absurdo como coleccionar sellos, con la desventaja de que al final nadie te compra la colección.

OSHDORI.—¡Estupendo! *Deja de afeitarte y recurre al cuaderno.* ¡Qué día! ¡Pero qué día tiene hoy el señor! Si el señor sigue así de inspirado no sé cuándo acabaré de afeitarte...

SERGIO.—Este oficio es muy pesado, Oshidori...

OSHDORI.—Sí, señor. Debe ser pesadísimo. *Acabando de afeitarte.* El señor está servido. Puede el señor pasar aquí. *Le instala ante el desayuno, le sirve y queda de pie a su lado.* En cuanto a mi opinión personal, es que el señor vive demasiado bien para ser feliz.

SERGIO.—¿Tú crees?

OSHDORI.—Seguramente. El señor necesita una catástrofe.

SERGIO.—¿Automovilística?

OSHDORI.—Cardíaca. El señor necesita enamorarse.

SERGIO.—*Poniéndose pálido.* ¡¡Oshidori!!

OSHDORI.—¿Qué es eso? ¿Le ocurre algo al señor?

SERGIO.—Oshidori, ¿tú crees que yo puedo enamorarme?

OSHDORI.—Sí, señor.

SERGIO.—Y si yo te dijese: "Tengo la sospecha de estar enamorado", ¿lo creerías también?

OSHDORI.—También, señor.

SERGIO.—¿Y por qué lo creerías?

OSHDORI.—Porque el señor se está untando la mantequilla en la palma de la mano.

SERGIO.—*Limpiándose.* Acabas de tener un rasgo de talento, Oshidori.

OSHDORI.—*Inclinándose con modestia.* Señor, es mi costumbre.

SERGIO.—Y la verdad es ésa. La triste verdad es que entre todas las mujeres que han pasado por mi vida, Oshidori, ha habido una a la que no he podido olvidar y de la que no he vuelto a saber nunca nada. Era rubia y tenía ese "no sé qué" que se nos mete en el corazón no se sabe cuándo, que se nos agarra no se sabe cómo, que nos incita no se sabe a qué y que nos arrastra no se sabe adonde. ¿Te enteras?

OSHDORI.—Es difícil, pero, sí, señor.

SERGIO.—La amé, la archivé y la olvidé, como a tantas otras; pero un día el fantasma de aquella mujer comenzó a rondarme, y desde entonces sólo vivo para su recuerdo, la busco inútilmente en las demás y no tengo más esperanza que volver a encontrarla de nuevo. Y desde entonces también, el nombre de ella no se borra jamás de mi imaginación. ¿Sabes qué nombre es ése?

OSHDORI.—Elena.

SERGIO.—*Estupefacto.* ¡Elena! ¡Elena, sí! Pero, ¿cómo has podido adivinarlo?

OSHDORI.—Ya hace tres mañanas que cuando entro a despertar



al señor, el señor me coge por las solapas y, exclamando "¡Elena mía!", me da un beso...

SERGIO.—¿Qué? ¿Que yo te doy un beso?

OSHDORI.—Un ardiente beso, señor.

SERGIO.—¿No es posible!

OSHDORI.—Sí, señor.

SERGIO.—Pero, ¿y cómo no me lo has dicho hasta hoy?

OSHDORI.—Señor, uno tiene sus pudores...

SERGIO.—*Levantándose airado.* ¡Es el colmo! ¡El colmo! ¡Haber dado un beso a un hombre!...

OSHDORI.—Tres, señor, tres

SERGIO.—¿Haber dado tres besos a un hombre! ¡Yo! ¡Yo!! Oshidori, te juro por mi honor que eres tú el primer hombre a quien beso.

OSHDORI.—*Emocionado.* ¡Qué feliz me hace el señor con sus palabras!

SERGIO.—*Más indignado todavía.* ¡Pero no te lo digo para hacerte feliz! ¡Se necesita ser fatuo!... *Por el foro entra Leonor seguida de Francisca.*

LEONOR.—¿Se puede, Sergio?

SERGIO.—Adelante. *Entra Leonor, es guapa y lleva una cartera con documentos.*

LEONOR.—*A Servio, tan solícita y cariñosa como Pepita.* ¿Descansaste bien? ¿Has...?

SERGIO.—*Cortándole, de muy mal aire.* Sí, Leonor, sí. Me encuentro admirablemente y no necesito nada. Así es que sobran las preguntas. *Leonor se muerde los labios y se retira cabizbaja a la mesita*

OSHDORI.—*Aparte.* (Eso es castigar, y no dejar sin postre...)

SERGIO.—¿Ocurre algo?

LEONOR.—Nada. Venía a despachar y a saber si aprobabas la elección de la señorita Montánchez, que quiere sustituirme.

FRANCISCA.—¿Di que sí! ¡Di que sí, Sergio! ¡Y perdóname, dueño mío!

SERGIO.—¿Eh?

FRANCISCA.—¿Perdóname el no haberme marchado! Perdóname si intento quedarme... No me digas nada. Ya sé que no me quieres. Ya sé que sólo soy para ti un pirulí.

SERGIO.—¿Un pirulí?

FRANCISCA.—Un pirulí. Tu criado lo ha dicho

SERGIO.—*A Oshidori* ¿Tú has dicho que ella es un pirulí?

OSHDORI.—Me he permitido esa pequeña definición, señor.

FRANCISCA.—¿Lo ves? ¡Y no me importa! Lo que sí me importa, Sergio, es quedarme, verte a diario, envidiar a las que ames, gemir, morder el polvo...

SERGIO.—¿Morder el polvo?

FRANCISCA.—¿Morder el polvo, Sergio! Trátame como a una esclava, pero ¡consiente! Humíllame, pero; ¡déjame quedarme en el puesto de esta señorita de la falda tableada! ¡Sergio! ¡Sergio!! *Se echa*

*hacia él, que continúa sentado ante el desayuno, y se inclina hasta casi tocar la alfombra con el pelo.*

SERGIO.—A *Oshidori*. Pero, ¿qué hace?

OSHDORI.—Debe estar mordiéndolo el polvo.

SERGIO.—Vamos, vamos, Francisca... Quédate, pero sin histérismos ...

FRANCISCA.—*Levantándose muy alegre.* ¡Que me quede! ¡Santa Madona! *Dentro, en el foro, se oyen voces femeninas que disputan.*

SERGIO.—¿Qué es eso? ¿Qué pasa?

OSHDORI.—Será que pelean algunas de las señoras que hay esperando a que el señor reciba...

SERGIO.—¡Claro! Habréis puesto a dos juntas en la misma habitación. ... ¿Cómo voy a deciros que a las visitas me las pongáis siempre incomunicadas? Anda a ver...

OSHDORI.—Sí, señor. *Dirigiéndose a las que están dentro.* ¡A la cola, a la cola, señoras! *Se va por el foro.*

SERGIO.—*Que sigue desayunando, a Leonor, que ha abierto la cartera y se ha sentado ante la mesita, teniendo a Francisca de pie a su lado.* Correo, Leonor...

LEONOR.—*Consultando sus papeles.* Veintitrés declaraciones de Madrid y catorce cartas de aspirantes de provincias...

SERGIO.—Contestad a todas negativamente. Esas cartas fueron escritas ayer, que era domingo. Y las mujeres que escriben a un hombre en domingo no lo hacen porque estén enamoradas, sino porque no habían salido de paseo por la tarde y se aburrían en casa solas.

FRANCISCA.—*Aparte.* *Admirada.* (¿Qué psicólogo!)

SERGIO.—Adelante, Leonor...

LEONOR.—Nueve anónimos llenos de insultos.

SERGIO.—¿Escritos con letra de hombre o con letra de mujer?

LEONOR.—Con letra de hombre

SERGIO.—Entonces son de mujer.

FRANCISCA.—*Aparte.* (¿Qué psicólogo tan tremendo, Santa María de la Cabeza) *Por el foro entra Oshidori llevando ropas de Sergio y con dirección a la alcoba.*

SERGIO.—¿Qué visitas hay esperando, Oshidori?

OSHDORI.—Siete señoras. *Se va por la alcoba.*

LEONOR.—Y un caballero.

SERGIO.—¡Ah! ¿Un caballero también? ¿Con aspecto de padre, de hermano, de marido, de amante?...

LEONOR.—No, no. Viene de buenas. *Por la alcoba entra Oshidori después de dejar allí las ropas que llevaba.*

SERGIO.—¿De buenas?

LEONOR.—Sí, porque viene a traerte dinero...

OSHDORI.—Entonces viene de buenísimas.

SERGIO.—*Levantándose, dando su desayuno por acabado.* ¿Que viene a traerme dinero?

LEONOR.—Doscientas mil pesetas. *Estupefacción.*

SERGIO.—¿Doscientas mil pesetas, Leonor? Pero doscientas mil pesetas, ¿de qué?

OSHDORI.—¡Mira que si fueran de plata!

LEONOR.—Se ha negado a facilitarme detalles. Aquí está su tarjeta. *Se la da.* Dice que sólo hablará contigo.

SERGIO.—*Leyendo la tarjeta.* "Barón Reginaldo de Pantecosti. París. Londres. Cercedilla."

OSHDORI.—Se ve que es un hombre internacional.

SERGIO.—No le conozco. ¿Qué tipo tiene?

LEONOR.—Es distinguido, desenvuelto... Parece haber vivido mucho.

SERGIO.—Pero, ¿haber vivido dónde?

OSHDORI.—Sí, porque si ha sido en Cercedilla...

LEONOR.—Lo único que sé es que para decidirme a que te pasara recado me ha enseñado el cheque, extendido a tu nombre.

SERGIO.—¿Que has visto el cheque? ¿Tú que opinas de esto, Oshidori?

OSHDORI.—Que el señor debe recibirle en seguida. *Por el foro entra Pepita, agitada.*

PEPITA.—¡Sergio!

SERGIO.—¿Qué hay?

PEPITA.—Acaba de llegar la condesa de San Isidro...

SERGIO.—¿La condesa?

PEPITA.—La he visto desde el ventanal del "hall". Debe de venir furiosa, porque, al bajar del coche, ha cerrado la portezuela con un golpe tan fuerte que se ha parado el motor...

OSHDORI.—¡Total, nada!

SERGIO.—Pues anda, Oshidori, sal e inventa algo para que se vaya y no vuelva más.

OSHDORI.—Sí, señor. *Aparte.* (Se van a oír los gritos en Londres.) *Se va por el foro.*

SERGIO.—Tú, Pepita, haz pasar al caballero que está esperando. *Pepita se va por la derecha.* Y tú, Francisca, hazte cargo de todos los papeles. *Por los de la cartera,* y despide a esas siete señoras. Les dices que no recibo. Y si hubiera ataques de nervios, avisas a Oshidori para que pulverice éter en el vestíbulo. *Inicia el mutis por la alcoba.*

FRANCISCA.—Muy bien. *Arregla los papeles ante la mesita.*

LEONOR.—*Saliendo al paso a Sergio.* Y a mí..., ¿no tienes nada que decirme, Sergio? *Con voz ahogada.*

SERGIO.—Que quedo muy agradecido a tus servicios y que celebraré que seas feliz... *Se va por la alcoba.*

LEONOR.—*Echándose a llorar.* ¡Que sea feliz! ¡Como si yo pudiera ser ya feliz algún día!... *Llora.* *Por la derecha entra Reginaldo de Pantecosti seguido de Pepita.* *Es un señor ya maduro, elegante y con cierto aspecto de infeliz y de sinvergüenza a partes iguales. Al entrar y ver llorar a Leonor se detiene un instante, pero en seguida reacciona y saluda con una inclinación.*

PEPITA.—Pase, caballero, y tenga la bondad de esperar un instante. ¡Leonor! ¿Qué es eso? *Va hacia ella.*

LEONOR.—¡Qué es un infame! ¡Que no tiene corazón!

PEPITA.—¡Qué va a tenerlo!

FRANCISCA.—Y si lo tiene lo usa para otras cosas...

LEONOR.—¡Sabe que todo lo dejé por él y lo único que se le ocurre decir al despedirme es que sea feliz!

PEPITA.—*Llora también.* ¡Y menos mal que a usted le dice eso, porque a mí, que también lo dejé todo por él, lo único que me dice de vez en cuando es que saque bien la cera!

FRANCISCA.—*Llora también. Iniciando el mutis detrás de ellas.* ¡Lloren! ¡Lloren ustedes, amigas mías!... ¡Es estupendo! Se caen las pestañas... ¡Pero es estupendo! *Se van las tres por el foro, después de hacer inclinaciones a Pantecosti.*

PANTECOSTI.—*Que ha seguido la escena atentamente y que también las ha saludado en el mutis.* Bueno; esto parece una casa particular, pero no es una casa particular: es la casa "Ufa". Mucho me habían contado hasta decidirme a venir, pero la realidad supera al chisme callejero, como dijo el poeta. ¡Qué caso! En mi vida he conocido un hombre que tenga tanto éxito entre las mujeres... Si consigo convencerle, el triunfo es seguro... Y vive bastante bien. Debe de tener dinero, y eso es lo malo, porque como le dé por no aceptar los cuarenta mil duros, estamos perdidos... ¡Cuántas mujeres habrá hecho desfilar ese hombre por aquí? Se ve que está todo preparado para recibir visitas femeninas. *Fisgando en la mesita.* Cigarrillos turcos... Lápicos de los labios... Imperdibles... Agujas para coger puntos de las medias... No olvida un detalle. *Mirando al fajo de revistas que hay sobre la biblioteca.* Y en periódicos sólo tiene revistas técnicas. "La Mujer y la Casa", "La Mujer y la Moda", "La Mujer y el Adulterio." Todo revistas técnicas. *Viendo los cuatro libros de la biblioteca.* ¿Serán éstos los famosos libros donde dicen que apunta sus conquistas?... *Abriendo uno.* ¡Pues sí que son! ¡Qué ocasión para descubrir algunos de sus secretos! ¡Pero, no! *Deja el tomo en su sitio.* Más vale. A lo mejor me encuentro aquí apuntada a mi mujer, y el médico me tiene dicho que no me disguste... *Se sienta. Se oye un rumor de voces dentro y en seguida entran por el foro Oshidori y Adelaida.* *Esta es una dama de cuarenta años largos, muy elegante, de expresión autoritaria y desgarrada. Al entrar, todavía Oshidori intenta cortarla el paso.*

OSHDORI.—Señora condesa... Le aseguro a la señora condesa...

ADELAIDA.—*Apartándole con la mano.* Oshidori, no haga más el canelo y déjame en paz...

OSHDORI.—Créame la señora condesa que...

ADELAIDA.—Pues nada, chico, no te creo; para que veas... *Entra.* He dicho que vengo a verle y lo veré; ya lo verás... Y tú quítate de mi vista, porque estoy viendo que te veo y no te veo... ¡Vamos, tendría que ver! *A Pantecosti.* Caballero, perdone usted, que no le había visto... *Se sienta.*

PANTECOSTI.—*Que se ha puesto de pie* Señora...

ADELAIDA.—¿También usted viene a ver a Sergio, verdad? Pero a usted no le habrán dicho que no está en casa... A usted no le ha-

brán dicho, como me ha dicho a mí ése, que se ha ido a Logroño a un partido de fútbol. *Al accionar se le escapa el bolso.*

PANTECOSTI.—No, señora; no me lo han dicho.

ADELAIDA.—Por eso conserva usted la tranquilidad. Pero yo he perdido la tranquilidad y el bolso. ¿Dónde está el bolso?

OSHDORI.—Aquí tiene el bolso la señora condesa. *Se lo da.*

ADELAIDA.—Gracias.

OSHDORI.—Lo que me es imposible devolverle es la tranquilidad. Por el contrario: tengo que decirle a la señora condesa algo muy grave, que...

PANTECOSTI.—*Levantándose.* Si estorbo...

ADELAIDA.—No estorba usted, caballero. Siéntese.

PANTECOSTI.—Sí, señora. *Se sienta.*

OSHDORI.—Ante todo, saque un pañuelo la señora condesa... La señora condesa va a llorar amarguísimamente cuando yo le diga...

ADELAIDA.—Mira, no sigas, Oshidori. Nos conocemos de antiguo y te consta que a mí los trucos sentimentales, ¡carrasclás!

PANTECOSTI.—*Extrañado.* ¿Carrasclás?

ADELAIDA.—Carrasclás y lerén lerito, que cantaba mi bisabuela.

OSHDORI.—La del retrato de Goya...

ADELAIDA.—La misma. Y si lo sabes me ahorras las explicaciones. Y no me vengas con cuentos de camino acerca de tu amo, porque yo no lloro. En el primer momento me ablando; pero pasado el primer momento, me acuerdo de mi bisabuela, que era de las que bajaban al Pardo por bellotas, y soy capaz de sacudir a la remanguillé...

PANTECOSTI.—¿A la remanguillé, señora?

ADELAIDA.—A la remanguillé, caballero. Es castellano.

PANTECOSTI.—*Aparte.* (Será castellano antiguo...)

ADELAIDA.—Con tu amo, después de cuatro meses de micos, de esquinazos y de toreo de la escuela rondeña, el primer pronto se me ha pasado ya.

OSHDORI.—¡Ya!

ADELAIDA.—¿Es eco?

OSHDORI.—Es asentimiento, señora condesa.

ADELAIDA.—Y hoy me he acordado de mi bisabuela y vengo dispuesta. ..

PANTECOSTI.—¡Ya, ya! A sacudir a la remanguillé.

ADELAIDA.—Exactamente, caballero. Usted me entiende... *A Oshidori.* Así es que dile a ése que salga.

OSHDORI.—¿A ése?

ADELAIDA.—A ése, sí. A Sergio.

OSHDORI.—Lo siento, señora condesa; pero el señor se enfadaría mucho si le pasara recado...

ADELAIDA.—¿Que se enfadaría? ¿Por qué?

OSHDORI.—Porque... *Aparte a Pantecosti.* (Caballero, trasládese usted a aquel rincón...) *La izquierda.*

PANTECOSTI.—(¿A aquel rincón?)

OSHDORI.—(Sí, señor. Esto es zona peligrosa...)

PANTECOSTI.— (¡Caramba!) *Se levanta y, disimulando, se va a la izquierda.*

OSHDORI.—A *Adelaida, con una gran valentía.* El señor me ha dicho que no quiere ver más a la señora condesa...

ADELAIDA.—*Dando un respingo.* ¿Cómo?

OSHDORI.—Que ha acabado con la señora condesa para siempre.

ADELAIDA.—*Se levanta con un verdadero rugido, atiza un puñetazo en la mesita y se carga la lámpara.* ¡¡Eh?!

PANTECOSTI.—¡Arrea! *Oshidori no se inmuta.*

ADELAIDA.—*Pálida de rabia.* Pero... Pero, ¿qué estoy oyendo? Pero..., ¿qué has dicho? ¡Repítele eso! ¡¡Repítelo otra vez!!

PANTECOSTI.—*Aparte a Oshidori.* (No lo repita usted, que está allí mi hongo...)

ADELAIDA.—¡¿Que ha acabado conmigo para siempre?! ¡¿Que no quiere verme más?!...

PANTECOSTI.—Señora, calma...

ADELAIDA.—¡¿Que no quiere verme más?! ¡¿Que ha acabado conmigo para siempre?!

PANTECOSTI.—Tranquílcese usted, señora... *En este momento por la alcoba aparece Sergio. Viste el traje que llevó a la alcoba Oshidori. Al aparecer él, hay un silencio profundo.*

SERGIO.—*Dominando la situación con una mirada.* ¡Qué espectáculo! ¡Qué espectáculo tan repugnante! A *Adelaida.* Tú tenías que ser...

OSHDORI.—Señor...

PANTECOSTI.—*Aparte.* (El protagonista...)

SERGIO.—A *Adelaida.* Ni una palabra más... ¿Entendido? Ni una palabra más...

PANTECOSTI.—*Aparte.* (Las domina...)

SERGIO.—*Volviéndose a Pantecosti muy amable.* Dispense usted, caballero, que me presente de este modo, pero las mujeres acaban por ponerle a uno alguna vez en ridículo.

PANTECOSTI.—Lo sé, señor Hernán. Soy casado. *Se estrechan la mano.*

SERGIO.—Discúlpeme un instante. Siéntese. Soy con usted en seguida.

PANTECOSTI.—Sí, señor. Muchas gracias. *Se sienta. Oshidori se va por la derecha.*

ADELAIDA.—*Acercándose a Sergio, sin los humos de antes, con voz dulce.* Supongo, Sergio, que lo que acaba de decirme Oshidori será una fantasía morisca para canto y piano...

SERGIO.—Nada de fantasías moriscas, Adelaida. "Aquello" concluyó y ya no se reanudará nunca. Sabes que no tolero las "segundas ediciones".

PANTECOSTI.—*Aparte.* (¡La llama segunda edición!)

SERGIO.—Y lo que te ha dicho Oshidori es la verdad.

ADELAIDA.—Pero, ¿la verdad fetén?

SERGIO.—La verdad fetenísima.

PANTECOSTI.—*Aparte.* (Las domina... Las domina, no cabe duda...)

*Oshidori entra por la derecha con un clavel blanco en la mano y se lo pone a Sergio.*

ADELAIDA.—¿Y no tienes nada más que decirme?

SERGIO.—Sí. Tengo que decirte que no insistas; que el amor, Adelaida, es como la salsa mayonesa: cuando se corta uno, hay que tirarlo y empezar otro de nuevo.

PANTECOSTI.—*Aparte a Oshidori.* (¡Qué frase!)

OSHDORI.—*Aparte.* (Ocho cuadernos tengo llenos de cosas así...)

ADELIDA.—Está bien. Me voy. *Inicia el mutis.*

PANTECOSTI.—*Aparte.* (¡Ya se va!... Se ha olvidado de su bisabuela ...)

ADELAIDA.—*Parándose en el foro.* Pero oye, Sergio... Tú podrás estar muy acostumbrado a jugar a tu antojo con las mujeres, pero que se te quite de la cabeza la idea de que también vas a jugar conmigo, porque yo no soy un "meccano"...

PANTECOSTI.—*Aparte.* (Se acuerda de su bisabuela otra vez...)

ADELAIDA.—Y ya que aquí había una mesa puesta para dos, en la que ahora quiere comer uno solo, pues voy a tirar del mantel para que no coma nadie.

SERGIO.—Bueno...

ADELAIDA.—Abajo, en el coche, está mi marido, que le he dicho que esperase, que venía al dentista...

PANTECOSTI.—*Aparte.* (¡Qué cosas nos dicen a los maridos!)

ADELAIDA.—Pero ahora le voy a explicar la clase de dentista que eres tú, y la clase de consultas celebradas entre tú y yo, ¡con lo cual me figuro que el único que va a empezar a estropear dentaduras va a ser él!

PANTECOSTI.—¡Atiza!

ADELAIDA.—Atizará, caballero. Y mucho gusto. *Se va por la derecha.*

PANTECOSTI.—*Alarmadísimo a Sergio.* ¡Y además es capaz de hacerlo como lo dice, señor Hernán! ¡Es capaz de todo! Porque si usted la hubiese oído respirar cuando...

SERGIO.—*Muy tranquilo.* No se preocupe usted, caballero.

OSHDORI.—No se preocupe el señor barón.

PANTECOSTI.—¡Pero es que!...

SERGIO.—No pasa nada.

OSHDORI.—No pasa nunca nada.

PANTECOSTI.—Bueno... *Desconcertado.* Le juro a usted que estoy lleno de admiración...

SERGIO.—¡Bah!

OSHDORI.—Si el señor barón tuviera nuestra práctica...

SERGIO.—Si tuviera usted nuestra práctica, caballero... *Alzándose de hombros.* ¡Maridos, Oshidori!

OSHDORI.—¡Maridos! ¡Qué risa!

PANTECOSTI.—¡Maridos! ¡A mí ya! *Se encoge de hombros.*

SERGIO.—Y ahora hable usted tranquilamente. Me han dicho, con mi natural sorpresa, que viene usted a traerme doscientas mil pesetas... ¿Es cierto eso, barón?

PANTECOSTI.—Es cierto, señor Hernán. *Oshidori le da un cigarro al barón y se lo enciende. Luego coge dos almohadones y se los pone en la espalda.*

SERGIO.—¿Y esos cuarenta mil duros, barón, ¿me los regala usted o tendré que ganarlos?...

PANTECOSTI.—Tiene usted que ganarlos.

SERGIO.—*Desilusionado.* ¡Ah, vamos!... *Oshidori le quita los almohadones al barón. Después le quita también el cigarro. Pante-costi se queda como quien ve visiones.*

PANTECOSTI.—¡Bueno!... Pero su trabajo es tan agradable y tan propio de usted... En dos palabras: cuando se necesita un traje se va a casa del sastre, y cuando se necesita un sombrero se va a casa del sombrerero... Yo necesito un seductor y vengo a su casa, señor Hernán.

SERGIO.—¿Entonces?

PANTECOSTI.—Sí, señor. Le ofrezco los cuarenta mil duros a cambio de enamorar a una mujer.

SERGIO.—Comprendido. Alguna vieja loca que...

PANTECOSTI.—Nada de viejas locas. Vea usted su retrato... *Saca un retrato del bolsillo y se lo da.*

SERGIO.—*Viendo el retrato, levantándose y dando un grito terrible.* ¡¡Ah!!

PANTECOSTI.—*Asustado.* ¡Caray! *Se levanta y se parapeta.*

SERGIO.—¡Ah!

OSHDORI.—¿Qué es eso? ¿Qué le ocurre al señor?...

SERGIO.—¡Ah! ¡Mira! ¡Ah! *Le enseña el retrato.*

OSHDORI.—*Aparte.* (¡Demonio! ¡Si es ella!) *Sergio se pone muy pálido, cierra los ojos y se tambalea. Oshidori le echa en el sillón.*

PANTECOSTI.—*Asombrado.* ¡Qué impresión ha hecho!

OSHDORI.—¡Y se ha desmayado!

PANTECOSTI.—¿Que se ha desmayado? ¡Válgame Dios! ¿Grito? ¿Llamo? ¿Traigo agua?

OSHDORI.—¡Chist! ¡¡Quieto!! Nada, no haga nada el señor barón. En la casa no hay más que mujeres enamoradas de él. ¡Pues menudo barullo se armaría si llamásemos! Déjeme a mí... Sujétele la cabeza... Voy a pulverizar éter...

PANTECOSTI.—Sí, sí... *Le sujeta la cabeza a Sergio mientras Oshidori pulveriza 'éter.* ¿Volverá?

OSHDORI.—¡No ha de volver!

PANTECOSTI.—¿Y cuándo notaremos que vuelve?

OSHDORI.—Pues cuando vuelva.

PANTECOSTI.—¡Caballero! ¡Caballero, regrese! *Sergio suspira.*

OSHDORI.—¡Ya!

PANTECOSTI.—¿Ya?

OSHDORI.—¡Ya! *Sergio abre los ojos.* Vamos, señor, vamos... Ya, pasó... ¿Quiere el señor que le traiga algo?

SERGIO.—*Con voz débil.* Tráeme al barón...

OSHDORI.—Está aquí...

PANTECOSTI.—Estoy aquí, señor Hernán.,.



SERGIO.—¡Ah! ¿Está aquí? Pues, pronto... ¡Sin dilaciones, barón!... ¡Explíqueme! Dígame todo lo que sepa de esa mujer... Hable... Y no omita detalle. *Oshidori vuelve a ponerle los almohadones en la espalda a Pantecosti, derrochando amabilidad. Luego le mete otro cigarro en la boca y se lo enciende.*

PANTECOSTI.—¿No me lo quitará usted luego?

OSHDORI.—Este no, señor barón.

PANTECOSTI.—Vaya, menos mal... *A Sergio.* Pues... ante todo... ¿Conoce usted al marqués de la Torre de las Trece Almenas?

SERGIO.—Por referencias. Sesenta años, gotoso, dieciocho millones de pesetas de capital, ¿no?

PANTECOSTI.—Exactamente. Pues bien; yo soy uno de los herederos del marqués de la Torre, señor Hernán...

SERGIO.—Mi enhorabuena, pero no veo la relación que...

PANTECOSTI.—Va usted a verla en seguida... Este verano, mi tío el marqués y yo coincidimos en Cercedilla, donde su casa-palacio y mi residencia veraniega están próximas. Le visité y, como le encontraba muy acabado, avisé de ello a los restantes herederos, los cuales se apresuraron a venir instalándose en mi casa con gran alegría del marqués, que celebró mucho vernos reunidos cerca de él, porque, según dijo, sentía llegar la muerte y quería fallecer entre los suyos.

SERGIO.—Muy legítimo.

PANTECOSTI.—Nosotros nos dedicamos a cuidarle y a mimarle hasta que una tarde el marqués nos leyó el testamento hecho a nuestro favor. Lloramos, le abrazamos, le dijimos: "Ahora, tío, ya puedes morirte cuanto antes." Y a los pocos días, en lugar de llegar la muerte, llegó el mes de agosto.

OSHDORI.—Sería que estaban a últimos de julio.

PANTECOSTI.—Precisamente. ¡Qué penetración tiene este hombre! Con el mes de agosto llegó la catástrofe, y ahora entramos en lo que a usted le interesa... El marqués se enamoró locamente de cierta dama conocida en un té del Club Alpino...

SERGIO.—¡Ella!

PANTECOSTI.—Ella, sí, señor. Elena Fortún...

SERGIO.—¡Elena! *Mira el retrato y lo besa.*

OSHDORI.—¡Su Elena!

PANTECOSTI.—El marqués la pidió seriamente en matrimonio, y de aquí a dos semanas se toman los dichos...

SERGIO.—¿Qué? ¿Que se casa con ella?

PANTECOSTI.—Que se van a tomar los dichos.

SERGIO.—¿Que se casa con ella?

PANTECOSTI.—Que se toma los dichos.

SERGIO.—¿Y usted viene a decirme que se va a casar con ella?

PANTECOSTI.—Vengo a decirle a usted que se van a tomar los dichos ...

SERGIO.—¡Fuera!! ¡A la calle, barón!...

PANTECOSTI.—Pero, señor Hernán...

SERGIO.—¡A la calle!

OSHIDOEI.—Y en este sillón no se sienta más. *Retira el sillón.* ¡A la calle, caballero!

PANTECOSTI.—¡Estése quieto! ¡Pero si yo no quiero que se casen, señor Hernán!

SERGIO.—¿Eh?

PANTECOSTI.—Pero, ¿no comprende usted que si el marqués se casa, la herencia volaría de nuestras manos y pasaría íntegra a su esposa?

SERGIO.—¡Pues es verdad!

PANTECOSTI.—Si precisamente se trata de que usted impida esa boda...

SERGIO.—¿De que yo impida esa boda? *Dentro se oye un vocerío terrible.* ¿Qué es eso?

OSHIDORI.—¿Qué pasa?

PANTECOSTI.—*Asustadísimo.* ¡El marido! ¡Ese es el marido! *Por el foro entra Francisca corriendo.*

FRANCISCA.—¡¡ Oshidori!!

OSHIDORI.—¿Qué ocurre?

FRANCISCA.—¡El éter, pronto! ¡Que a las señoras que estoy despidiendo les dan ataques!

OSHIDORI.—¿Muchos?

FRANCISCA.—Sendos.

OSHIDORI.—¿Cómo sendos?

FRANCISCA.—¡Que uno a cada una!

OSHIDORI.—¡Ah, bueno!

SERGIO.—Anda, Oshidori...

OSHIDORI.—Sí, señor. *Se va por el foro con el pulverizador al hombro, seguido de Francisca. Aparte.* (Va a haber que comprar el éter por bidones...) *Se va por el foro.*

PANTECOSTI.—¡Caramba! ¡Menuda impresión!... No gano para sustos... Y es que como no está uno acostumbrado a ciertas cosas...

SERGIO.—Barón... Barón, que me parece que empiezo a ver claro...

PANTECOSTI.—¡Claro!

SERGIO.—¿Dice usted que se trata de que yo impida esa boda?...

PANTECOSTI.—¡Eso es! Porque cuando nos enteramos de que el marqués pretendía casarse, mis parientes y yo caímos en una desesperación tumultuosa. Decidimos impedir aquello, y después de pensar en el veneno y en la pistola "Star", pensamos en usted...

SERGIO.—¡Cuánto honor para mí!

PANTECOSTI.—Le fingimos amistad a la prometida del marqués, la invitamos a vivir en mi casa...

SERGIO.—¡Ah! ¡Ella está en su casa! ¡Magnífico! ¡Magnífico! Luego el proyecto de ustedes, barón...

PANTECOSTI.—Nuestro proyecto es llevarle a Cercedilla, instalarle también en mi casa, como un invitado más, y que, con sus procedimientos infalibles, enamore a esa mujer y le haga renunciar a la boda. Y usted cobra los cuarenta mil duros y nosotros heredamos al marqués y...

SERGIO.—*Alegrísimo.* ¡A mis brazos, barón! ¡¡A mis brazos!!

---

*Enrique Jardiel Poncela*

---

PANTECOSTI.—*No menos alegre.* Entonces, ¿acepta?

SERGIO.—¿Que si acepto? ¡Aceptar!... Con esa palabra no se puede dar idea... Hay que inventar otra. ¡La voy a inventar! No acepto, barón: "¡esgorcio!"

PANTECOSTI.—*Estupefacto.* "¿Esgorcía?"

SERGIO.—"¡Esgorcio!"

PANTECOSTI.—Bueno, oiga usted, en serio... ¿De verdad, de verdad que "esgorcía"? ¡¡Gracias, señor Hernán!! *Se abrazan otra vez. Por el foro entra Oshidori.*

SERGIO.—Oshidori, prepáralo todo. Mañana nos vamos a Cercedilla.

OSHDORI.—Sí, señor. *Por el foro entra Pepita.*

PEPITA.—Sergio, el conde de San Isidro, que quiere verte inmediatamente ...

SERGIO.—Mi sombrero y mis guantes, Oshidori. *Los coge.* ¡Y usted, póngase el hongo! *Le encasqueta el hongo a Pantecosti. A Pepita.* Que pase el conde... *Pepita se va por el foro. A Oshidori.* Recíbele tú... Dile lo que quieras... Nosotros nos vamos por la escalera de servicio. El barón y yo tenemos que almorzar juntos, brindar juntos, emborracharnos juntos...

PANTECOSTI.—¡Colosal!

SERGIO.—Estamos muy contentos... Estamos contentísimos, ¿verdad?

PANTECOSTI.—Yo no bailo porque soy reumático...

SERGIO.—Almorzaremos juntos... ¡Digo! Almorzaremos juntos si acepta usted el convite, barón...

PANTECOSTI.—¡Pues no, señor; no lo acepto! ¡¡Lo "esgorcio"!!

SERGIO.—¡Ole! ¡Lo "esgorcía"! ¡Viva España! *Se van del brazo, derrochando optimismo, por la derecha.*

## ACTO SEGUNDO

Vestíbulo con mezcla de salón en la villa que el marqués de Pantecosti posee en Cercedilla (Guadarrama), según se va a la estación a mano derecha. Es una bonita finca rodeada por un jardín no muy extenso, pero bien cuidado, adonde llega el aire puro de la Sierra unido con el humo de los trenes: un diez por ciento de aire puro de la Sierra y un ochenta por ciento de humo de tren. En el foro izquierda se abre una gran puerta que da acceso a la casa, provista de un toldo que avanza hacia el jardín. En el segundo término derecha, dos puertas más, una grande, segundo término, que conduce a las restantes habitaciones de la planta baja, y en el primer término otra pequeña por donde se va a los pisos superiores, con arranque de escalera que se pierde en el lateral. En primer término izquierda, ventanal muy bajo que se abre sobre el campo. En el fondo derecha se alza una gran chimenea con lar pueblerino y morillos labrados, y a ambos lados de la chimenea, dos armaduras italianas del siglo XVI, que han sido fabricadas en España y en el siglo actual, pero que parecen más del siglo XVI y más italianas que si fuesen italianas y del siglo XVI. En el frontis de la chimenea hay esculpido un escudo nobiliario. Una panoplia con armas mohosas y de manejo inexplicable concluyen de darle cierto abolengo señorial a la habitación. El resto es eminentemente campestre. En las paredes se ven esos trofeos de caza —cabezas de ciervo, de cabra hispánica, etcétera—, propios de las casas donde no se caza ni se ha cazado nada nunca. El mobiliario, severo y entonado, no carece, sin embargo, de alegría. Entre la puerta del segundo izquierda y el ventanal apoya sus espaldas un diván amplísimo al que hacen guardia unos butacones no menos amplios y entre los cuales hay una mesita. Arcones, mesas, sillas, etc., completan el "atrezzo", y abundan esos taburetes de paja con asas, llamados serijos, característicos de las casas de campo de Avila y Segovia. En los muros, lámparas de cristal diáfano, y un farol de la misma traza en el centro. Estratégicamente colocados sobre algunos muebles, cacharros con flores y cestos planos con frutas. Comienza la acción a las cinco de la tarde de un espléndido día de octubre, cuarenta y ocho horas después de transcurrido el primer acto.

Al levantarse el telón, en escena *Julia*, *Beatriz*, *Pantecosti* y *Roberto*. Julia es una dama de unos veinticinco años cuidadísimos: una de esas mujeres capaces de hacer feliz a cualquier hombre que no sea su marido. *Beatriz* está en los cincuenta años, y su empaque de gran señora no puede disimular los feroces estragos que ha hecho en ella el tiempo; y *Roberto* es una verdadera ruina: cerca de setenta

años y sordo: resulta, rotunda y definitivamente sordo. En cuanto a *Pantecosti*, ya tenemos el gusto de conocerle. *Julia*, *Beatriz* y *Roberto*, sentados en el diván y en los butacones de la izquierda, parecen aguardar algo. *Pantecosti* se pasea de **un lado a** otro nervioso e impaciente. En esa actitud, sin hablar, permanecen unos instantes después de levantado el telón. Al rato se oye el claxon de un automóvil, **lo cual** solivianta a todos los personajes menos a *Roberto*, que naturalmente, no lo oye.

PANTECOSTI.—¡Un auto! ¡Un auto! *Echa a correr hacia el foro y hace mutis.*

BEATRIZ.—¡Un auto! ¡Un auto! *Se levanta y se va por el foro.*

JULIA.—*Levantándose.* ¡Un auto, Roberto!

ROBERTO.—¿Quéé? *Julia se inclina sobre la mesita y escribe algo rápidamente en un block que hay en ella y se va escapada por el foro. Roberto, que se ha quedado solo, se levanta y lee lo escrito. "Un auto." ¡Caray! Tira el block en la mesa y se va precipitadamente por el foro. Hay una ligera pausa con la escena sola; luego vuelven a entrar todos por el foro. Pantecosti, Julia y Beatriz delante y Roberto el último. Vienen muy contrariados.*

PANTECOSTI.—¿Otra camioneta de pescado!

BEATRIZ.—¡Dichosas camionetas de pescado! *Se sientan ellas de nuevo, y Pantecosti vuelve a sus paseos.*

ROBERTO.—*Sentándose también.* Pero, ¿no era un auto?

BEATRIZ.—No. Era una camioneta que pasaba.

ROBERTO.—¿Cómo?

BEATRIZ.—¡¡Que era una camioneta!!

ROBERTO.—¿Quéé?

JULIA.—*A Beatriz.* No te canses, yo se lo escribiré. *Escribe algo en el block.*

BEATRIZ.—¿A qué hora fija te dijo que llegarían, Reginaldo?

PANTECOSTI.—No hablé de hora fija... Dijo que caerían por aquí alrededor de las cuatro.

BEATRIZ.—Pues son ya las cinco menos cuarto, porque acaba de pasar el tren de las dos y media.

ROBERTO.—*Leyendo en el block que le da Julia.* "No era un auto; era una camioneta de pescado." ¡Ay, ya! *Se oye dentro otro claxon. Nuevo sobresalto en todos.*

PANTECOSTI.—¿Caramba! *Va hacia el foro.*

JULIA.—Ya está ahí. *Se levantan con ánimo de irse, pero la entrada de Fernanda y Mariano les detiene, evitándoles el mutis. En efecto, por el foro entra Fernanda, una hermosa mujer de veinticinco años, y Mariano, que es un cuarentón muy elegante. Viene sin nada a la cabeza, dando la sensación de que estaban en el jardín, y con aire aburrido.*

MARIANO.—*A los que están en escena.* Nada, nada; no os mováis...

PANTECOSTI.—¿Tampoco?

MARIANO.—Tampoco.

PANTECOSTI.—¿Otra camioneta de pescado?

MAKIANO.—¡Otra camioneta de pescado!

BEATRIZ.—¡Jesús! *Vuelven a siis primitivas posiciones, y Fernanda y Mariano se sientan también.*

ROBERTO.—¡Y ahora, qué ocurre? ¿No venía un auto? *Julia por toda respuesta le da el block, y Roberto lee.* "No era un auto; era una camioneta de pescado." ¡Pero esto es lo de antes!

JULIA.—¡Y lo de ahora!

ROBERTO.—¿Cómo? *Julia escribe de nuevo en el block.*

PANTECOSTI.—¡¡Que van diez camionetas!!

ROBERTO.—¿Queéé? *Julia le da el block y Roberto lee.* "Que te calles y no des más la murga." ¡Bueno!... ¡Siempre acabamos igual! *Se levanta.* ¡Hasta luego!

BEATRIZ.—Hasta luego.

MARIANO.—Adiós. *Roberto se va por el foro.*

FERNANDA.—¡Pobre Roberto!

PANTECOSTI.—No se entera de nada.

JULIA.—Un año hace ya que para entenderme con él tengo que escribirle las cosas.

PANTECOSTI.—Y lo malo es que por culpa de la sordera ha tenido que renunciar a su destino...

FERNANDA.—*Aparte a Mariano.* (¿Pues qué era Roberto?)

MARIANO.—*Aparte a Fernanda.* (Auditor de guerra.)

BEATRIZ.—Reginaldo, ¿por qué no sales otra vez a ver si llega el coche?

PANTECOSTI.—Estoy harto de entrar y salir. Cuando llegue ya avisarán los chicos, que andan por ahí fuera.

BEATRIZ.—¿Por ahí fuera? No los he visto...

MARIANO.—Sí. Están en el "tennis" con Elena.

BEATRIZ.—¡Esa maldita mujer es la que tiene la culpa de todo!

FERNANDA.—¡Bien ha sabido embaucar al tío Ernesto!

BEATRIZ.—Y embaucarle cuando ya teníamos una herencia en las manos. ¡Porque es que la teníamos en las manos!

PANTECOSTI.—Yo hasta había cerrado los dedos.

FERNANDA.—Como que dos días después de leernos el testamento el tío Ernesto estaba en las últimas...

BEATRIZ.—Estaba acabadísimo.

MARIANO.—Y con una disnea espantosa.

PANTECOSTI.—¡Hombre! Pero si respiraba ya ahogándose, con un ruido que daba gusto oírle...

BEATRIZ.—¡Reginaldo, por Dios! Desde entonces se han sucedido las catástrofes: su entusiasmo cada vez mayor, su proposición de boda...

MARIANO.—Y la herencia cada vez más lejana. ¡Con la falta que nos está haciendo a todos! A mí me llaman de tú los porteros del Banco Hipotecario.

PANTECOSTI.—Pues lo mío es peor, porque a mí ya no me dejan pasar.

MARIANO.—No hay más solución que Sergio Hernán.

BEATRIZ.—Lo que es como él no enamora a esa intrusa...

PANTECOSTI.—No lo dudes siquiera, Beatriz. La enamorará. Cuarenta mil duros en perspectiva tienen fuerza. Sin contar con que él es infalible, ¡y, además, que le gustó Elena muchísimo!

MARIANO.—Pero que, por lo visto, fue una cosa de ver el retrato y desmayarse...

PANTECOSTI.—¡De quedarse tieso en el sillón!

FERNANDA.—Pues, hijos, no es para tanto...

JULIA.—Se desmayaría porque tendría el estómago sucio.

PANTECOSTI.—Y gracias a que su ayuda de cámara, que es la Enciclopedia Sopena de los criados, le volvió en sí en dos minutos... Pero la lata que me dio luego Hernán, preguntándome cuándo y de que manera había aparecido Elena por aquí, prueba que ella le interesa, y que está dispuesto a triunfar poniendo en juego todos sus recursos. El primero ya lo sabéis: es empezar por hacerlos el amor a todas vosotras...

MARIANO.—Eso es lo único que me tiene un poco fastidiado.

FERNANDA.—¡Vamos, tonto! ¿Vas a tener celos?

BEATRIZ.—Mi marido no tiene celos de mí...

MARIANO.—¡Hombre!, ¡¡claro!!

PANTECOSTI.—¿Por qué claro?

MARIANO.—No, por nada, por nada...

JULIA.—Y mi Roberto tampoco tiene celos.

MARIANO.—Tu Roberto no tiene celos porque tu Roberto no se ha enterado; pero escríbeselo en el block a tu Roberto y ya veremos lo que dice tu Roberto...

BEATRIZ.—Además, que Sergio Hernán nos va a hacer el amor de mentirijillas: para interesar a Elena.

MARIANO.—¡Toma! Pues por eso no me he negado yo en redondo.

JULIA.—*Mirando por el foro.* ¡Ahí viene Arturito!

BEATRIZ.—¿Arturito? Esto es que hay noticias.

PANTECOSTI.—A ver si es que llega ya... *Va hacia el foro. La expectación renace en todos. Por el foro entra Arturito. Es un muchachote fuerte, deportivo, con unos músculos de atleta y un cerebro de galápagos. Viste pantalón blanco y lleva en la mano una raqueta de "tennis" y trae un humor de todos los diablos.* ¿Ya, Arturito?

BEATRIZ.—¿Ya, hijo mío?

TODOS.—¿Ya?

ARTURITO.—Pero ya ¿qué?

PANTECOSTI.—¿Cómo que ya qué? Que si se ve venir el coche de Hernán...

ARTURITO.—¿Hernán? ¡Maldita sea, hombre! ¡Estoy ya harto, hala, maldita sea! ¡Eso es! ¡Esto no hay quien lo aguante, maldita sea, hala!

PANTECOSTI.—Pero, bueno, ¿viene o no viene el coche de Hernán?

ARTURITO.—¡Que no viene, hala! ¡Maldita sea! *Le da un zurrido a la silla con la raqueta.*

PANTECOSTI.—Pero, hijo, Arturito, ¿qué te ocurre?

ARTURITO.—¿Qué va a ocurrirme, hombre? ¿Qué va a ocurrirme?

¡Maldita sea! ¿Qué os figuráis vosotros?... ¡Que no, vamos! ¡Porque no, maldita sea, hala!

PANTECOTI.—¡Pero explícate, hijo mío!

ARTUEITO.—¿No me estoy explicando? ¿No me explico ya? ¿No estoy hablando bien claro? ¡He dicho que no, hala! ¡Que no, maldita sea! *Nuevo trastazo a una mesa.* Y que si vosotros... ¡pues bueno, hala! Pero, ¡a mí, maldita sea, hombre! ¡A mí no! ¡Hala! ¡A mí, no! ¡Y ya he dicho bastante, hala, maldita sea!! ¡Y no digo más, maldita sea, hala!! *Se va por el foro derecha, entre la estupefacción de todos, pegando morradas al aire y a los muebles.*

PANTECOSTI.—Pero, ¿qué le ocurre a éste? *Por el foro entra Nina, una muchacha de diecisiete a dieciocho años, muy mona, que viste también traje de "tennis" y trae otra raqueta en la mano. Entra como una tromba.*

NINA.—*A Pantecosti.* ¡Pues le ocurre que es un imbécil, tío! ¡Que es un imbécil desde el flequillo a la raqueta, y me quedo corta!

PANTECOSTI.—¿Qué?

BEATRIZ.—Nina.... ¿qué es eso?

NINA.—¡Que tiene celos el muy majadero! ¡Que desde que llegó ayer de Madrid el tío Reginaldo, y supo que iba a venir Sergio Hernán a enamorar a Elena, está hecho un pollino y dice que yo ando loca por Sergio!...

BEATRIZ.—¡Válgame Dios!

NINA.—¡Qué estamos todas locas por Sergio!

MARIANO.—¿Todas?

NINA.—¡Sí! ¡Yo! ¡Y la tía Julia! ¡Y la tía Fernanda!

JULIA - FERNANDA } ¿Nosotras?

JULIA.—¡Ese Arturito es un memo!

NINA.—Y es lo que yo le he dicho: "Pero grandísimo idiota, ¿cómo vamos a estar locas por Sergio Hernán, si aun no le conocemos? Espérate a que le conozcamos".

JULIA.—¡Claro!

FERNANDA.—¡Naturalmente!

MARIANO.—*A Fernanda.* Oye, oye, pero ¿es que tú estás esperando a conocerle para... ?

FERNANDA.—¡"Vamos, Mariano! No seas majadero.

NINA.—Y así viene dándome el té desde ayer; y ahora, como Elena me preguntaba que quién es ese amigo que esperábamos y el tiempo que iba a estar entre nosotras, pues Arturito ha vuelto a ponerse burro y a barbarizar de tal modo, que ha estado en un tris que Elena no oyese el nombre y el apellido de Sergio Hernán...

PANTECOSTI.—*Alarmado.* Pero, ¿los ha oído?

NINA.—No, no los ha oído.

PANTECOSTI.—Tened cuidado, que lo que más me recomendó Hernán fue que no le descubriésemos su personalidad a Elena.

BEATRIZ.—¿Y eso no te parece raro, Reginaldo?

PANTECOSTI.—Me supongo que la conocía de antes y quiere darle una sorpresa.



NINA.—Total: que le he dicho a Arturito que se busque novia, porque él y yo, ¡tarifados!

BEATRIZ.—¡Pero, Nina!

JULIA.—¿Qué dices, chica?

NINA.—¡Tarifados y tarifados! Y si me gusta Sergio Hernán, que me gustará, porque dicen que les gusta a todas, y yo no soy menos que las demás, pues... ¡me hago novia de Hernán!

PANTECOSTI.—¡Nina! ¡Aquí no habrá otra novia de Hernán que Elena! ¡Maldita sea, hala!

BEATRIZ.—¡Dios mío! La de disgustos que nos está proporcionando esa infame mujer...

MARIANO.—¡Chist! No habléis mal de ella, que viene ahí. *Por el foro entra Elena, en efecto, en traje de "tenis". Está más linda que en el prólogo; se comprende que ha sufrido, y el sufrimiento le ha prestado más finura y mayor encanto. Su aire es melancólico, pero sonriente. También trae raqueta. Al verla entrar, la amabilidad y el agrado aparecen en todos los semblantes.*

JULIA.—¡Elena!... *Va a su encuentro.*

BEATRIZ.—*Amabilísima.* Venga usted acá, querida amiga. *La señala un sitio a su lado en el diván.* Tengo que suplicarle perdón en nombre de estos muchachos, que no respetan ni la presencia de usted para enzarzarse en sus discusiones y sus niñerías...

ELENA.—Eso no tiene importancia, baronesa. *Se sienta.* Nina y Arturito proceden como dos enamorados, y a los enamorados les está disculpado todo.

BEATRIZ.—Bondad de usted, benevolencia de usted, querida amiga, que es una de las personas más encantadoras del mundo y que sabe hacerse querer y estimar de todo el que la trata... Al menos en esta casa todos la queremos y la estimamos como se merece.

PANTECOSTI.—*Aparte a Mariano.* (¡Qué cara dura tienen las mujeres!)

MARIANO.—*Aparte también.* (Estas cosas las hacen como nadie.)

JULIA.—*A Elena.* Y nos pasamos el día hablando de usted...

PANTECOSTI.—*Aparte a Mariano.* (Eso es verdad, pero ¡si oyese lo que decimos!...)

BEATRIZ.—*A Elena.* Y crea usted que la tarde que tío Ernesto nos presentó a usted como a su futura esposa, fue una tarde de júbilo en esta casa... *A Pantecosti.* ¿Verdad?

PANTECOSTI.—¡Uf! ¡Menuda tarde fue aquella!

ELENA.—*Con acento sincero.* Todos son muy amables, y realmente entre ustedes me siento como en familia...

BEATRIZ.—*Fingiendo una gran complacencia.* ¡Huy, mira, Reginaldo! Dice que se siente como en familia...

PANTECOSTI.—¿Sí? *Aparte.* (¡Qué mona!)

ELENA.—Y todavía es más de agradecer ver tanto cariño desinteresado en una mujer como yo, que, huérfana desde muy chiquilla, ha vivido siempre sola, errante, y con la amargura de no encontrar verdaderos afectos. Porque mi padre me educó los nervios para que pudiera andar por el mundo sin la ayuda ajena, pero no pudo edu-

carme el corazón para que pudiera vivir a gusto entre la soledad de las gentes.

BEATRIZ.—Pero con su juventud, su belleza y sus méritos no debe usted desesperar de encontrar algún día un hombre enamorado y joven. ¡Sobre todo un joven, que es lo digno... *Rectificando*. Que es lo digno... de una joven!

PANTECOSTI.—*Insinuante*. Este mismo amigo que estamos esperando, sin ir más lejos... ¿Quién le dice a usted que al verle no se enamora de él, y él de usted, y se arrepiente de su boda con Ernesto, y... *En voz baja*. Nosotros cobramos?...

MARIANO.—¡Eso es!

BEATRIZ.—¡Claro!! ¿Quién le dice a usted que no ocurre algo así?...

ELENA.—*Levantándose con un suspiro*. ¡Ay! Los hombres, los jóvenes... Tengo ya de ellos una triste experiencia... Quise a uno como sólo se quiere una vez, poniendo en él toda mi fe, y todos mis sueños, y la desilusión me hizo tanto daño, que desde entonces he renunciado al amor para siempre.

PANTECOSTI.—Pero, bueno, también a los hombres nos hace cisco fumar, y no renunciamos al tabaco.

ELENA.—Y a ello precisamente se debe mi proyectado matrimonio con Ernesto, que a muchos les parecerá incomprensible y a otros les parecerá indigno...

BEATRIZ.—¿Dice usted que se debe a ello?

PANTECOSTI.—¿Al desengaño?

ELENA.—Sí. Porque he visto en el marqués interés por mí, adhesión y ternura paternal, y como yo no me atrevo a aspirar a más en la vida, he resuelto casarme con él, puesto que es ésa su mayor ilusión, para pagarle así su interés, su adhesión y su ternura...

MARIANO.—*Aparte a Pantecosti*. (Se explica, ¿eh?)

PANTECOSTI.—*También aparte*. (¡Hombre! Es más larga<sup>1</sup> que el "Rocamboles"...)

ELENA.—Pero más vale no hablar de estas cosas... Me subo con Nina, que quería arreglarse un poco.

NINA.—Anda, sí, vamos, Elenín...

ELENA.—Hasta luego.

BEATRIZ.—*Amabilísima*. Hasta luego, querida amiga. *Elena y Nina e van por el primero derecha. En cuanto Elena desaparece, estalla la indignación en todos*.

JULIA.—¡Qué cinismo!

BEATRIZ.—¡Qué descaró tan inaudito!

JULIA.—Pues ¿no dice que se va a casar con el tío Ernesto porque ha visto en él ternura paternal?

PANTECOSTI.—Lo que ha visto son dieciocho millones de pesetas, uno detrás de otro.

MARIANO.—¡Hombre, claro! En fila india.

JULIA.—¡Naturalmente! *En este momento, en el foro, aparecen Oshidori, Francisca y Roberto. Ella viste traje de viaje, y Oshidori brigo al brazo y gorra inglesa; los dos llevan maletines. Entran diciendo informes a Roberto, que, corno es de suponer, no les oye*.

OSHDORI.—¡Digo, caballero, que si es éste el hotel del barón de Pantecosti!

ROBERTO.—¿Qué?

FRANCISCA.—¡¡De Pantecosti!!

PANTECOSTI.—¡Ya están aquí! ¡Ya están aquí! *Va al foro.*

TODOS.—¿Eh? *Gran revuelo.*

OSHDORI.—¡Ah! Señor barón... *Se inclina.*

PANTECOSTI.—Señorita... Pero, ¿y su amo, Oshidori? ¿No viene el señor Hernán?

OSHDORI.—Sí, señor barón. Es que nosotros hemos venido en el tren y el señor viene en el coche...

PANTECOSTI.—¡Ah! Comprendido, comprendido. *A los demás.* Es Oshidori, el famoso Oshidori, del que tanto os he hablado en las últimas veinticuatro horas. Venga usted; le voy a presentar. *Señalando a Beatriz.* ¡Mi esposa!... •

OSHDORI.—*Inclinándose* Señora baronesa. Honradísimo.

PANTECOSTI.—Mis primas, doña Julia Garrastazu de Pantecosti y de la Torre de Laín y Urrutia.

OSHDORI.—Honradísimo.

PANTECOSTI.—Doña Fernanda Pantecosti de Garrastazu del Alcor y Trece Almenas Laín Gamboredo...

OSHDORI.—*Inclinándose.* Honradísimo.

PANTECOSTI.—Mi primo, don Roberto de Pantecosti la Torre y Gamboredo de Tres Viñas del Pomar.

OSHDORI.—Sordísimo.

PANTECOSTI.—Un entusiasta del cine sonoro.

OSHDORI.—*Inclinándose.* Caballero...

ROBERTO.—*A Pantecosti.* Y este señor, ¿quién es? ¿Eh? ¿Quién es? *Pantecosti no le contesta y sigue las presentaciones.* ¡Bueno! ¡Llevo una temporada que no me hace caso nadie! *Se va de muy mal humor por el segundo derecha.*

PANTECOSTI.—Mi sobrino don Mariano Garrastazu del Alcor y Pantecosti de Urrutia.

OSHDORI.—*Inclinándose.* Caballero...

PANTECOSTI.—Y finalmente, mi hijo Arturito de Pantecosti y Gamboredo de la Torre y mi sobrina Nina Laín Garrastazu del Pomar Trece Almenas... *Oshidori los busca hasta debajo de los muebles para saludarlos.* No. Están en el piso de arriba...

OSHDORI.—¡Ah, ya! Sí, sí...

PANTECOSTI.—*Por Francisca.* ¿Y esta señorita, Oshidori?

OSHDORI.—*Presentando a Francisca.* La señorita Montánchez, secretaria por amor del señor.

JULIA.—*Aparte a Beatriz y Fernando.* (Ha dicho secretaria por amor.)

BEATRIZ.—¡Secretaria por amor!

FERNANDA.—¡Qué novelesco!

JULIA.—Siéntese usted, señorita... Aquí, con nosotras.

FRANCISCA.—Muchas gracias, señora... *Se sienta en el grupo de las mujeres.*

PANTECOSTI.—Y usted, Oshidori, venga acá. *Lo coge del trazo y se lo lleva a la derecha con Mariano.* Mientras Hernán llega nos fumaremos un cigarrito juntos.

OSHDORI.—*Muy emocionado.* ¡Señor barón! Un humilde criado no puede consentir...

PANTECOSTI.—Le he dicho que con toda confianza.

OSHDORI.—¡Ah! Si hay confianza... *Coge tres cigarrillos.*

PANTECOSTI.—Hombre, hay confianza, pero no tanta.

OSHDORI.—¡Por Dios, señor barón! He cogido uno para cada uno... *Le da dos de los pitillos y queda con el tercero. Encienden.*

PANTECOSTI.—*A Mariano aparte.* (¡Qué plancha!) Perdone usted; es que yo pensé que cogía uno para ahora y dos para luego... Pues nada, en esta casa, Oshidori, se le considera como un amigo... *Oshidori se pone de pie.* Siéntese. Como un aliado de todos nosotros.

OSHDORI.—*Levantándose de nuevo.* Señor barón...

PANTECOSTI.—Pero siéntese... Aparte de que usted es un hombre acostumbrado a vestir de frac. *Oshidori se levanta otra vez.* Siéntese, hombre, que...

OSHDORI.—No. Si es que iba a tirar la cerilla... *La deja en el cenicero. Se sienta definitivamente con Pantecosti y Mariano y fuman.*

PANTECOSTI.—Pues nosotros los esperábamos a ustedes todos jun-

OSHDORI.—Ésa fue la primitiva idea del señor, pero luego decidió que nos adelantásemos con el fin de ayudar a la instalación de...

PANTECOSTI.—¡Nada! Ustedes *no* tienen que preocuparse. Todo es ya preparado y a punto.

FRANCISCA.—¡Claro! Venimos tan tarde... Pero, ¿quién iba a figurarse que el tren de las dos y media llegase a las cinco menos cuarto?

PANTECOSTI.—¡Huy! La mayor parte de los días llega bastante después...

-BEATRIZ.—Pues ayer llegó a la hora en punto.

OSHDORI.—Sí, señora baronesa; nos lo han dicho en la estación, donde se ha comentado mucho; pero por lo visto no era el de ayer, era el de anteayer, que no llegó hasta ayer.

BEATRIZ.—¡Jesús! Realmente, en ese tren no se puede venir; como es un tren-tranvía...

FRANCISCA.—¡Ah! Es un tren-tranvía...

OSHDORI.—A nosotros nos ha parecido un tren-pisapapeles.

PANTECOSTI.—En fin lo esencial es que Hernán está en camino.

JULIA.—Yo había pensado ya incluso en un accidente de automóvil...

OSHDORI.—¡Oh! De eso no hay cuidado. Porque como el "chauffeur" del señor es argentino está acostumbrado al ritmo del tango y conduce muy despacio.

PANTECOSTI.—Menos mal.

BEATRIZ.—Un "chauffeur" argentino y autor de tangos, una marquesa de doncella, una bailarina húngara de cocinera y esta señorita *Por Francisca.* Secretaria por amor... ¡¡Qué hombre!!

FERNANDA.—¡Es un tipo de leyenda!

- FRANCISCA.—No lo sabe usted bien, señora...
- JULIA.—Usted lo conocerá a fondo...; ¿es verdad todo lo que cuentan de él?
- FRANCISCA.—Lo que cuentan de él es pálido.
- BEATRIZ.—¿Pálido?
- OSHDORI.—Lívido, señora baronesa.
- JULIA.—¿Y usted está contenta de ser secretaria suya?
- FRANCISCA.—No cambiaría mi puesto por todos los diamantes del mundo... ¡Sufro tanto junto a Sergio!
- OSHDORI.—Hay que advertir que la señorita Montánchez traduce sufrimiento por regocijo...
- BEATRIZ.—¿Es posible?
- PANTECOSTI.—A *Francisca*. Pues si viviera usted en la situación en que estamos viviendo nosotros hace un mes se moriría usted de risa, señorita.
- OSHDORI.—¡Bah! Los señores se preocupan por lo que está resuelto de antemano...
- PANTECOSTI.—Entonces usted no duda del éxito del señor Hernán en esta casa, ¿verdad?
- OSHDORI.—El señor hará como Julio César: vendrá, se quitará los guantes, hablará y triunfará.
- PANTECOSTI.—Julio César no se quitó los guantes, Oshidori.
- OSHDORI.—Porque sus conquistas no eran femeninas, señor barón. Y para triunfar, mi amo empezará por hacer el amor a estas señoras...
- MARIANO.—*Saltando*. ¡Pero de mentirijillas!, ¿eh? ¡De mentirijillas y sólo para interesar a Elena!...
- OSHDOKI.—Sí, señor; para interesar a esa señorita y para entrenarse ...
- MARIANO.—¿Para entrenarse? ¿Ha dicho para entrenarse?
- OSHDORI.—Naturalmente, caballero. Es lógico.
- MARIANO.—*Amos cadísimo*. ¿Lógico? ¿Lógico que necesite entrenarse como un boxeador o un futbolista?
- OSHDORI.—Caballero, ¿y qué es el amor más que un deporte? El amor es un deporte en el que el corazón actúa de árbitro...
- JULIA - FERNANDA } ¡Eso es!
- BEATRIZ.—¡Y qué bien dicho!
- OSHDORI.—*Con su modestia habitual*. Es una frase del señor...
- MARIANO.—¡Pues yo no estoy dispuesto a tolerarlo!! Que se entrene con Julia, que tiene un marido sordo; que se entrene con Nina, que tiene un novio tonto; que se entrene, si está lo bastante loco para ello, con Beatriz!...
- PANTECOSTI.—Pues si hace falta se entrenará, y yo, tan fresco...
- MARIANO.—...pero con ésta, *por Fernanda*, con ésta no se entrena. ¡Yo os lo aseguro! *Pantecosti se lleva aparte a Mariano*.
- PANTECOSTI.—Acuérdate del Banco Hipotecario, Mariano; acuérdate de que ya te llaman de tú los porteros... Hernán es nuestra salvación económica y social. Si Hernán no enamora a Elena, ponien-

do así en nuestras manos la herencia del tío Ernesto, ya puedes aprender a tocar el violín y elegir una esquina donde dé el sol.

MAEIANO.—*Aparte.* (¡Caray! Pues es verdad...)

PANTECOSTI.—De modo que tú verás lo que haces.

OSHIDORI.—*Haciendo como si escuchase un ruido que viniese de fuera.* ¿Eh? ¡Callen ustedes!

PANTECOSTI.—¿Qué pasa?

OSHIDORI.—¡¡Sí!! Es el claxon... ¡El señor! ¡¡Ahí viene el señor!!

BEATRIZ.—¿Ya llega?

OSHIDORI.—¡¡Ya!!

PANTECOSTI.—Pues vamos, vamos... *Todos se movilizan; las señoras dan el último toque a su peinado, los hombres se aprietan el nudo de la corbata.*

JULIA.—¡Corre, Fernanda! ¡Sube a avisar a Nina y a Elena!

BEATRIZ.—¡Y a Arturito! Y dile que si no baja a recibir al señor Hernán se verá las caras conmigo...

FERNANDA.—Sí, sí... *Se va por el primero derecha.*

PANTECOSTI.—¿Viene usted Oshidori?

OSHIDORI.—Al instante, señor barón.

PANTECOSTI.—Vamos, vamos... *Se lleva del brazo a Mariano y con Julia y Beatriz se van por el foro derecha. Quedan solos en escena Oshidori y Francisca.*

OSHIDORI.—Es necesario que aprovechemos el tiempo, señorita Montánchez... Si usted no le prepara el camino, el señor fracasará, y no sólo perderá los 40.000 duros, sino que será capaz de suicidarse.

FRANCISCA.—¡San Pedro Nolasco!

OSHIDORI.—Usted sabe que desde que el barón llegó anteayer a Madrid el señor ya no es el señor...

FRANCISCA.—¿Qué va a ser!

OSHIDORI.—Lleva cuarenta y ocho horas sin hacer una sola comista, y en lugar de aquellas frases brillantes que le eran propias, hora dice unas majaderías que nos tienen consternados... Todo eso, señorita Montánchez, es obra del amor. Total: que el señor va a fracasar. Resumen: Que no tenemos más remedio que ayudarlo. Yo no le dejaré de la mano. Y por lo que afecta a usted, señorita Montánchez, usted sabe que esa mujer huyó de él una vez, y en cuanto comprenda que el amigo que esperan en esta casa es el señor, volverá a huir nuevamente.

FRANCISCA.—¿Y cuál es mi misión entonces?

OSHIDORI.—Hablar a esta señora, evitar que se vaya, diciéndola que el señor está verdaderamente enamorado de ella. Y en cambio de eso, obtener su propia felicidad...

FRANCISCA.—¿Mi propia felicidad?

OSHIDORI.—¡Claro! Porque si usted, amando al señor, le prepara el terreno para que él consiga a otra, ¡imagínese el margen de sufrimiento que tiene usted! ¡Puede usted sufrir de un modo bárbaro!

FRANCISCA.—¡Pues es verdad! ¡Lo que puedo sufrir! ¡Puedo sufrir horrores!...

OSHIDORI.—¡Puede usted hacerse polvo sufriendo!

- FRANCISCA.—Claro, claro...
- OSHDORI.—Puede usted incluso morirse del disgusto...
- FRANCISCA.—¡Qué alegría! *Por el primero derecha aparece Fernanda, luego Nina y después Arturito.*
- FERNANDA.—¡Vamos, niños! Daos prisa. *Cruza la escena corriendo y se va por el foro derecha.*
- NINA.—*Entrando y hablando hacia dentro.* Bueno, tú puedes hacer lo que te dé la gana, pero ya has oído lo que ha dicho tu madre... *A Oshidori y Francisca.* Buenas tardes...
- OSHDORI.—Señorita... *Se inclina. Francisca saluda con el gesto, y Nina se va por el foro derecha.* Ésta debe ser la sobrina del barón...
- ARTURITO.—*Entrando a su vez por el primero derecha con un humor de perros.* ¡Y que uno tenga que..., maldita sea, hombre! ¡Que uno es un imbécil y nada más que un imbécil, hala! Si no me valiera más que..., ¡hala, maldita sea! Estoy viendo que voy a..., ¡maldita sea, hala! *Se va desesperado por el foro derecha.*
- OSHDORI.—Y este perturbado debe ser el hijo... *En el primero derecha aparece Elena, que al ver a Oshidori se detiene en seco.*
- ELENA.—¿Eh? ¡Oshidori!
- OSHDORI.—*Inclinándose.* Señora...
- ELENA.—¿Qué significa esto? ¿Qué hace usted aquí? *Viendo los maletines que han quedado en el suelo y sospechándose todo.* ¿Es que...? ¿Es que quizá es su amo al que...?
- OSHDORI.—Sí, señora. El amigo que aquí esperan es el señor.
- ELENA.—¡No! ¡No es posible!
- OSHDORI.—Sí, señora, sí.
- ELENA.—¡Pues no me verá! ¡Me iré! ¡Me he jurado a mí misma no verle más en la vida! *Inicia el mutis primero derecha.*
- OSHDORI.—*Interponiéndose entre ella y la puerta.* Sin embargo, antes de irse, señora, haría bien oyendo algo que tiene que decirle esta señorita...
- ELENA.—¿Esta señorita?
- OSHDORI.—*Presentándola.* Francisca Montánchez, secretaria del señor y una de sus víctimas más recientes. La víctima pirulí.
- ELENA.—¿Qué quiere usted decir?
- OSHDORI.—Quiero decir exactamente lo que va a decir ella, señora. Así que... *Se inclina sonriendo y se va por el foro derecha.*
- FRANCISCA.—*Aparte.* (¡Dame fuerzas, San Luis de los Franceses!)
- ELENA.—Hable usted, señorita, y hable pronto; después de saber que Sergio está en esta casa, no puedo permanecer aquí ni un instante más...
- FRANCISCA.—¿Tanto le teme usted?
- ELENA.—¿Temerle? No. Aborrecerle, sí; eso sí, con toda mi alma.
- FRANCISCA.—¡Dios mío! Pero ¿cómo se le puede aborrecer a él? ¿Cómo se puede aborrecer a un hombre que parece hecho sólo para ser amado?
- ELENA.—Por eso precisamente; porque el amor es un camino a cuya terminación está el odio. Usted, señorita, le quiere hoy por-

que emprende el camino ahora, pero le aborrecerá también mañana, cuando su camino esté ya andado...

FRANCISCA.—*Con un suspiro imponente.* ¡Ay! Yo soy de las que se sientan en la cuneta.

ELENA.—¿Eh?

FRANCISCA.—Le quise ayer, le quiero hoy, le querré mañana, le querré siempre... ¡Es mi destino!

ELENA.—Existen personas que llaman destino a sus equivocaciones.

FRANCISCA.—Sí. Y hay otras personas que llaman aborrecimiento a su soberbia.

ELENA.—¿Qué supone usted?

FRANCISCA.—Estoy bien enterada de su "caso", señora. He visto con mis propios ojos aquel tomo de la H, donde aun puede leerse: "Elena.—Conocida en Sakuska el 10 de junio..."

ELENA.—Calle usted, calle usted...

FRANCISCA.—Y más abajo: "Rubia. Joven. Romántica tirando a cursi..."

ELENA.—¿Calle usted, por favor!

FRANCISCA.—¿Oh! No es mi intención hacerla sufrir, porque a lo que he venido es a sufrir yo; pero está mal, señora, que una mujer aborrezca a un hombre sólo porque él la haya estimado inferior a lo que su vanidad le ha hecho creerse...

ELENA.—Ni huí de Sergio por eso ni le aborrezco por eso tampoco. Le aborrezco porque, después de quererle con todo mi corazón, vi que yo, en cambio, había sido para él una de tantas...

FRANCISCA.—¿Qué más habríamos querido esas "tantas" sino que usted hubiera sido para él una de nosotras!...

ELENA.—¿Eh?

FRANCISCA.—Si usted hubiera sido para él "una de tantas" no estaría ahora Sergio en Cercedilla, señora...

ELENA.—*Sarcástica.* ¿Irá usted a hacerme creer que Sergio ha venido a esta casa por mí?

FRANCISCA.—Puede que no se lo haga creer; pero ésa es la verdad ... Sergio la quiere a usted, señora. Desde anteayer que supo que estaba usted aquí y que se hallaba comprometida con el marqués, no duerme ni sosiega pensando en venir y en romper ese compromiso ...

ELENA.—¿Mi compromiso?

FRANCISCA.—Besa un retrato de usted, se pasea por la casa dando suspiros... Ha cambiado por completo. Es otro hombre... En fin, señora, ¡con decirle a usted que cuando hace funcionar el fonógrafo no pone otro disco que el "¡Torna a Sorrento!"

ELENA.—¿Nada de eso puede ser cierto!

FRANCISCA.—Es cierto todo... ¡Todo!

ELENA.—Y si lo fuera... ¿qué razón hay para que usted, que dice quererle, me hable a mí de esa forma?

FRANCISCA.—Porque le quiero aspiro a que él sea feliz... Pero no es eso sólo... Hay otras razones que usted no comprendería... Ahora mismo tengo el corazón tan en un puño que me entran ganas de sal-



tar y de dar vivas... *Alegrándose por momentos*. Porque usted me cree..., ¿verdad que me cree? ¡Qué gusto! ¡Qué gusto! Y usted me da palabra de quedarse...; ¿verdad que me da palabra de quedarse?

ELENA.—Soto para convencer a Sergio de que cuanto intente es inútil...

FRANCISCA.—¡Qué dicha, Dios mío! ¡Gracias, San Estanislao de Koska! *Llorando*. ¡Ah! ¡Cómo sufro! ¡Qué alegría! ¡Me están entrando unas ganas de reír! ¡¡Unas ganas de reír!! Necesito un calmante, sales inglesas, algo que...

ELENA.—Pero ¿qué le sucede? Voy por las sales.

FRANCISCA.—¡Que sufro de un modo! ¡Qué risa! *Llora más*. ¡¡Qué risa más grande!! ¡Ay, ya no se puede sufrir más en el mundo! ¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja! *Hace mutis detrás de Elena, riendo con todas sus\* fuerzas, por el primero derecha. Por el joro entra Mariano echando chispas, y seguido de Oshidori*.

MARIANO.—¡Que no! ¡Que prefiero no verlo!

OSHDORI.—Le suplico un poco de calma al señor...

MARIANO.—¡Ni calma ni nada! ¡La actitud de ese hombre en cuanto usted ha aparecido en el jardín ha sido intolerable!

OSHDORI.—Caballero...

MARIANO.—Y eso al fin y al cabo me tendría sin cuidado... ¡¡Pero es que se ha atrevido con mi mujer!! Porque le ha dado un beso... ¿Va usted a negarme que le ha dado un beso?

OSHDORI.—Pero en la mano, caballero; en la mano...

MARIANO.—¿En la mano? ¿Desde cuándo las mujeres tienen la mano al final del brazo?

OSHDORI.—Desde Adán y Eva, caballero.

MARIANO.—¡Y que uno tenga que aguantar esto! ¡Que uno tenga que aguantar esto por dieciocho cochinos millones de pesetas...

OSHDORI.—¡Caramba! No tan cochinos, caballero. *Por el foro entra Arturito; su desesperación es ya de las que no tienen precedentes en la Historia. No ve de rabia. Está que echa humo. Avanza como un tanque hacia Oshidori y se encara con él*.

ARTURITO.—¡Maldita sea; hala, se acabó! ¡Ahora sí que se acabó! ¡¡Eso es!! ¡Porque yo no puedo! ¡Maldita sea! ¡Y se lo dice usted a su amo! ¡Que si no fuera por mi madre, lo cogía y lo...! ¡Maldita sea, hala! Y que a pesar de mi madre lo voy a coger y lo... ¡hala! ¡¡Maldita sea!! *Se va por el primero derecha, mordiéndose los puños de ira*.

OSHDORI.—¿Por qué lo dejan suelto? *A Mariano, asombrado*, ¿Esto qué quiere decir, caballero?,

MARIANO.—Eso quiere decir que está furioso, para lo cual le sobran razones; y que no puede hablar de bruto que es..., para lo cual le sobran también razones, porque en nuestra familia ha habido varios casos. *En el foro se oye rumor de gente que se acerca*. ¿Vienen?

OSHDORI.—Sí, señor.

MARIANO.—Pues ahí se queda usted. *Se va a paso largo por el primero derecha. Por el foro entra entonces Sergio con Beatriz, Fernanda, Julia y Nina, que vienen comiéndoselo con los ojos*.

BEATRIZ.—A Sergio, *melosísima*. ... Y personalmente es usted mucho más interesante que por referencias...

NINA.—Infinitamente más...

SERGIO.—Gracias, muchas gracias... *Se separa de ellas y habla aparte ansiosamente con Oshidori.* ¿Y ella? ¿Dónde está ella?

OSHDORI.—Ahora subo a buscarla. Pero, por lo que más quiera, finja el señor indiferencia. Recuerde lo que le he dicho en el jardín: galantee a las demás, disimule sus sentimientos...

SERGIO.—Sí, sí... Tienes razón... *Oshidori se va por el primero derecha.*

JULIA.—*Cogiendo a Sergio por un brazo y llevándose al diván de la izquierda.* Dígame, amigo Hernán..., ¿y es verdad que no se ha enamorado usted nunca, nunca?

SERGIO.—Nunca, señora. Pero si usted sigue mirándome así... *Se sientan en el diván y quedan hablando aparte.*

FERNANDA.—A Nina. ¡Qué encanto de hombre!

NINA.—¡Es maravilloso!

BEATRIZ.—¿Qué diréis que me ha dicho antes? Que tengo ojos de mujer fatal...

FERNANDA.—Y a mí.

NINA.—¡Qué casualidad! A mí también me lo ha dicho...

BEATRIZ.—¿A ti también? Bueno, pero a ti te lo habrá dicho en broma. Como eres una chiquilla... *Le da la espalda y se va a la izquierda, sentándose al otro lado de Sergio.*

NINA.—¡Qué estúpida! *Se va también a la izquierda y se apoya en el respaldo del diván, de manera que quedan las tres rodeando a Sergio. Por el foro han entrado Pantecosti e Indalecio Cruz. Indalecio Cruz es un hombre moreno, de unos treinta años, que habla con marcadísimo acento argentino y anda con ese bamboleo de persona en ayunas propio de los argentinos castizos también. Viste uniforme de "chauffeur".*

PANTECOSTI.—A Indalecio, señalando al grupo de las señoras y Sergio. La verdad es que seduce a las mujeres, no cabe duda...

INDALECIO.—¡Ni que haser, viejo; ni que haser! A mí me tiene epatao, me tien. Sinco meses ha hecho resién que le sirvo de chófer pa estudiar sus prosedimientos de conquista...

PANTECOSTI.—Sí, ya me lo ha dicho Hernán; que usted había venido de su país...

INDALECIO.—Pa eso no más; pa eso. Su fama dilatada me atrajo y, anhelante de saber, me mandé mudar p'acá.

PANTECOSTI.—¿Y qué? ¿Todavía no ha averiguado?

INDALECIO.—Ni medio. Y mi subyugación crese por días, crese. Sólo un gallego puede yegar a este briyante resultao. ¡Qué cosa bárbara! Vos agarras a las minas cuando querés y las espiantas a su antojo... A nosotros nos sucede al vesre.

PANTECOSTI.—¿Al qué?

INDALECIO.—Al vesre.

PANTECOSTI.—¡Ah, sí, sí! *Aparte.* (Nada; no le entiendo una palabra.)

INDALECIO.—A nosotros son eyas las que nos dejan y se hasen humo con un malevo. Vos lo sabrás por los tangos, ¿no?

PANTECOSTI.—Sí. Ya estoy enterado. ¿Y qué, ha hecho usted algún tanguito nuevo últimamente?

INDALECIO.—¿Y cómo no, mi viejo?

PANTECOSTI.—Oiga usted: eso de viejo no se lo tolero. Ya van dos veces que me lo ha llamado usted y ¡no!...

INDALECIO.—Pero si es una frase cariñosa de allá. Pues como le desía, resién he improvisado uno, resién. ¡Qué cosa linda! Se titula "Fiscalito del Supremo".

PANTECOSTI.—¡Hombre! ¡Qué bonito título!

BEATRIZ.—¿Qué es eso, Reginaldo?

INDALECIO.—*Indignado*. ¡Avisé, andoval!

PANTECOSTI.—*Indignado*. ¡Avisé, andoval!

PANTECOSTI.—Es una frase cariñosa de acá. Pues aquí el Indalecio Cruz este, que me está hablando de su nuevo tango que se titula "Fiscalito del Supremo".

JULIA.—¿Y cómo es?

FERNANDA.—¿Cómo es?

INDALECIO.—Es un poco inmoral y delante de damas no me párese oportuno, no me párese...

NINA.—¿Es inmoral?

BEATRIZ.—¡Claro! Si es inmoral...

PANTECOSTI.—Pues si es inmoral no diga usted más que la letra...

TODOS.—¡Eso, eso!

INDALECIO.—Dice así:

"Fiscalito del Supremo  
que abocanás el boliche  
y campaneas el fletiche  
con bufosos de bacán;  
no me escrupiés el belemo,  
no me chalés el milongo  
ni me enranés el bailongo  
de los rulos del gotán."

Les gusta, ¿no?

TODOS.—¡Sí! ¡Es precioso! ¡Precioso!

INDALECIO.—Pos luego prosigue así:

"Fiscalito, fiscalito:  
tu caprusia es botanera;  
tenes el aire catrera  
del araca del begué...  
No atosigas, fiscalito,  
que eso es laurel de bacará,  
el que paraplí la cara  
sobre un pingo pangaré."  
Estupendo, ¿no?

PANTECOSTI.—No. Digo, sí, sí; mucho.

INDALECIO.—Gracias, muchas gracias. ¡Qué me emosionan estos sinseros aplausos!... *Todos le aplauden.*

PANTECOSTI.—Ahora, que tenía razón él: es muy inmoral.

BEATRIZ.—*Aparte.* (Pero, ¿tú has entendido algo, Reginaldo?)

PANTECOSTI.—¿No has oído eso de pingo y de caprucia? ¡Uf! *Por el primero derecha entra Oshidori.*

OSHDORI.—La señorita Elena baja ya, señor barón.

SERGIO.—*Poniéndose palidísimo y levantándose.* ¿Eh?

PANTECOSTI.—Ha llegado su momento, amigo Hernán... Les presentaré a ustedes y... *Se levantan todos.*

OSHDORI.—Creo que será mejor que les dejemos solos.

PANTECOSTI.—Pues, entonces, ni una palabra más... Vamos, Beatriz. .. Vamos, niñas... *Inician el desfile. A Sergio.* ¡No le digo nada, amigo Hernán! Es el instante decisivo...

SERGIO.—Sí, barón, sí.

BEATRIZ.—De usted depende la tranquilidad de todos, querido amigo... Si fuera yo no tendría nada que hacer...

SERGIO.—Sí, baronesa, sí.

FERNANDA.—*Aparte.* (¡Quién fuera ella, Nina!)

NINA.—¡Ay, sí! ¡Quién fuera ella!

JULIA.—La suerte que tienen algunas mujeres...

PANTECOSTI.—Oshidori, ¡tampoco a usted le digo nada! *A Indalecio.* A usted ya le diré yo luego unas cosillas.

INDALECIO.—¡Qué ocasión pa estudiar voy a perderme! ¡Che, qué trigo tenerme que dir agora! *Han ido haciendo mutis todos por el foro.*

OSHDORI.—*A Sergio, que se ha quedado como una estatua de sal.* ¡Ánimo, señor! La señorita Montánchez la ha preparado ya, y yo acabo de decirla que todas las señoras de la casa están locas por el señor, lo cual ha hecho su efecto...

SERGIO.—Por primera vez, tiemblo, Oshidori. Por primera vez, dudo...

OSHDORI.—Recuerde el señor sus propias teorías... "Dudar es fracasar", "las mujeres y los tranvías hay que tomarlos en marcha"...

SERGIO.—Sí. Yo he dicho eso y muchas cosas más, pero entonces no estaba enamorado, Oshidori, y era fuerte y audaz; ahora es distinto... Ahora no podría decir nada; me siento inexperto y débil...

OSHDORI.—¡Ya baja!

SERGIO.—*Mirando hacia el primero derecha.* ¡Qué linda está! Está más linda que aquel día... *Por el primero derecha entra Francisca seguida de Elena; ésta queda inmóvil al pie de la escalera, mientras Francisca se va llorando por el segundo derecha.*

OSHDORI.—*Viéndola irse.* ¡Cómo disfruta! *Se va detrás de Francisca. Quedan Elena y Sergio frente a frente. La emoción no les deja hablar en unos instantes. Es ella la primera en reaccionar y avanza sonriente.*

ELENA.—*Siempre sonriendo.* Ya está logrado el encuentro: ya se han retirado tu ayudante y tu "manager"... Comienza el "match"... ¿No era eso lo que deseabas? ¿Por dónde vas a empezar? ¿Vas a decirme una ironía o... vas a recitarme "El lago" de Lamartine?

SERGIO.—Ninguna de las dos cosas, Elena. Anteayer supe que es-

tabas aquí y que vas a casarte, y he venido a que hablemos seriamente ...

ELENA.—¡Hablar seriamente! Y eso ¿qué significa en ti, agotamiento o cambio de táctica?

SERGIO.—Eso significa sinceridad y desilusión.

ELENA.—Pero, ¿sabes tu algo de lo uno y de lo otro? ¿Has sabido alguna vez lo que es desilusión y lo que es sinceridad?

SERGIO.—Antes de conocerte, nunca; después de conocerte, sí.

ELENA.—Quizá te he contagiado las mías...

SERGIO.—¿Son tan grandes?

ELENA.—Inmensas.

SERGIO.—¿Y cuál es mayor?

ELENA.—No lo sé. A ratos creo que es mayor mi sinceridad. Otras veces pienso si no será aún mayor mi desilusión.

SERGIO.—¿Y si te preguntase, Elena, la causa de tu boda..., apelando a la sinceridad?

ELENA.—Tendría que contestarte que la desilusión. Pero si me preguntaras la causa de mi desilusión, entonces tendría que responder que tu sinceridad...

SERGIO.—Hace un instante dudabas de ella...

ELENA.—De tu sinceridad para hablar seriamente a una mujer dudaré siempre. De tu sinceridad para burlarte de las mujeres, de esa no me cabe duda. Las románticas tirando a cursis... somos así.

SERGIO.—No hablemos de eso... Nunca me he arrepentido tanto de unas palabras escritas en un momento de...

ELENA.—Sí. Es mejor no hablar de eso; se remueve demasiadas cosas pasadas...

SERGIO.—¿Y olvidadas?

ELENA.—Y muertas.

SERGIO.—Comprendo que no puedas creer en mi sinceridad al hablarte, pero cree en mi desilusión al saber que te casas... Cree al menos en que hasta no oírtelo a ti misma había dudado de la verdad de tu boda...

ELENA.—¿Y por qué dudas? ¿Por qué esa fatuidad? ¿Es que el haberte querido a ti un día tenía que impedirme el querer luego a otro?

SERGIO.—No es posible que te cases por amor...

ELENA.—No. No me caso por amor. ¿Y qué importa? Se cae en ciertos matrimonios como se cae en el suicidio: cuando el corazón ha fracasado y ya no tiene uno adonde asirse. Aquel día en que comprobé todas las cosas desgarradoras que pensabas de mí, tu criado dijo que yo no era más que una mujer dispuesta a la desesperación. Acertó; y eso he sido desde entonces. No intentes ahora pedirme cuentas de tus propias culpas.

SERGIO.—Pero todo eso significa que me quieres...

ELENA.—No. Eso significa que te he querido... y que me he desengañado de ti...

SERGIO.—No hay razón para ese desengaño. Te juro...

ELENA.—¡Tus juramentos! Nadie que los haya oído una vez volverá a confiar en ellos...

SERGIO.—¡Elena!

ELENA.—Déjame... No hay nada que decir...

SERGIO.—Elena... No sé hablar ni expresarme... He hecho siempre el amor sin sentirlo, y hoy que lo siento veo que no sé hacerlo... Pero te quiero, Elena, y...

ELENA.—Déjame...

SERGIO.—¿Qué podré decirte? ¿Qué necesita decir un hombre para convencer a una mujer?

ELENA.—A cualquier hombre lo que tú has dicho le bastaría.

SERGIO.—¿Y a mí?

ELENA.—A ti lo que has dicho te sobra... *Inicia el mutis.*

SERGIO.—*Deteniéndola nuevamente y echando el alma por la boca.* Esperaba todo esto, esperaba verte dolorida e incrédula, pero lo que no pude esperar nunca es que hubieras olvidado así lo feliz que tú misma confesaste haber sido conmigo...

ELENA.—¡Calla! Déjame... *Quiere irse y él la sujeta.*

SERGIO.—¡Elena!...

ELENA.—*Revolviéndose airada; deshaciendo en rabia su desesperación de no poder creerle.* ¿Qué pretendes? ¿Qué quieres? ¿Despertar de nuevo mi fe para volver a humillarla? ¿Añadir unas líneas más en tu catálogo de hombre que se ríe de las mujeres? ¿Que yo crea otra vez? ¿Que yo sueñe, que yo confíe otra vez?... ¿Que vuelva a sufrir la misma desilusión y el mismo desengaño? ¡No, no! ¡Ya es bastante! Ya es bastante, Sergio.

SERGIO.—¡Elena!

ELENA.—Se sufre un día y para siempre. Yo he sufrido meses enteros y no volveré a sufrir más...

SERGIO.—¿Y nunca ha de haber nada entre los dos?

ELENA.—Nunca. Vuelve a Madrid y entonces habrá entre los dos lo único que entre los dos puede haber ya: la distancia. *Sosteniéndose con un último esfuerzo por no llorar, se va por el primero derecha. Sergio, al quedar solo, tiene un instante de duda; luego se va detrás de Elena, pero al llegar a la puerta, Oshidori, que ha salido por el segundo derecha, le detiene.*

OSHDORI.—¡Quieto! ¿Qué va a hacer el señor? Cuidado, que todo puede echarse a perder...

SERGIO.—Ya está todo perdido, Oshidori.

OSHDORI.—Al contrario, señor; está todo ganado. Va llorando, y "en la mujer las lágrimas son el vermú del amor". ¿No recuerda el señor esa frase?

SERGIO.—Entonces, ¿crees tú...?

OSHDORI.—Que está en el bote. Ahora dedíquese el señor a las demás, y esta noche, en el jardín, aprovechando la luna...

SERGIO.—*Abrazándole.* Oshidori... Dios te lo pague. ¡Muchas gracias! *Se va, como un muerto resucitado, por el joro.*

OSHDORI.—¿Qué alegría da cumplir con el deber! *Por el joro entra Adelaida precedida por un Chauffeur.*

CHAUFFEUR.—Aquí es, señora condesa...

ADELAIDA.—¿Es aquí? Sí. Aquí es...

OSHIDORI.—*Viéndola. Aparte.* (¿La condesa?... ¡Muertos somos!)  
*El Chauffeur vuelve a marcharse por el foro.*

ADELAIDA.—*Descubriendo a Oshidori, avanzando majestuosamente y sentándose en un sillón.* Hola, Oshidori.

OSHIDORI.—Buenas tardes, señora condesa... ¡Qué sorpresa tan inesperada!

ADELAIDA.—Todas las sorpresas son inesperadas, porque si no fueran inesperadas no serían sorpresas.

OSHIDORI.—Es verdad, señora condesa.

ADELAIDA.—Y no hagas el piel roja fingiendo alegría al verme, porque me consta que mi presencia aquí tiene que ser para vosotros un disgusto...

OSHIDORI.—De ningún modo, señora condesa.

ADELAIDA.—Sergio andará por ahí dentro, ¿verdad? No me digas que no, que hoy te laargas.

OSHIDORI.—Sí, señora condesa. Ahí dentro está.

ADELAIDA.—Enamorando a la niña de los cuarenta mil duros, ¡claro!...

OSHIDORI.—¿A la niña de los cuarenta mil duros, señora condesa?

ADELAIDA.—No te molestes en negar, que lo sé todo. La secretaria que dimitió anteayer le ha informado extensamente a mi marido del negocio que le ha propuesto a tu amo ese barón de Pantecosti, y mi marido me lo ha dicho a mí luego... Y la verdad es que después de mucho pensar, todavía no sé quién tiene menos vergüenza, si la ex secretaria, el barón, Sergio, tú, yo o mi marido...

OSHIDORI.—¿El conde, señora condesa?

ADELAIDA.—El conde, Oshidori, el conde... Lee, lee esta carta. *Le da un sobre abierto.* Que me ha dejado para Sergio antes de partir anoche con rumbo a California.

OSHIDORI.—¡A California!

ADELAIDA.—Sí. Dice que se va a hacer películas...

OSHIDORI.—*Sacando la carta y leyendo.* "Señor don Sergio Hernán. Mi querido amigo y sustituto..." ¡Caramba!

ADELAIDA.—¿Qué tal el principio?

OSHIDORI.—*Leyendo.* "Treinta años hace, señor Hernán, que aguardo la ocasión de ver a otro ciudadano solvente enamorado de mi esposa y hoy se cumplen, al fin, mis deseos. ¿Usted ama a Adelaida? Pues para usted para siempre. Yo me voy a California, que es un clima ideal. Adiós, amigo Hernán. Mándeme lo que quiera, menos a Adelaida, y reciba un abrazo de su agradecidísimo..."

ADELAIDA.—Vamos... Hace falta ser sinvergüenza, ¿sí o no?

OSHIDORI.—A mí me parece un genio, señora condesa.

ADELAIDA.—¿Eh? *Por el foro entran en este momento Pantecosti, Julia, Beatriz, Fernanda, Nina, Mariano, Arturito y Sergio. Todos vienen rodeando a este último y pidiéndole informes de su entrevista con Elena.*

PANTECOSTI.—Cuenta usted, cuenta usted...

JULIA.—Estamos impacientísimos...

FERNANDA.—¿Qué ha dicho Elena?

SERGIO.—Pues... *Viendo a Adelaida.* ¿Eh? ¡Adelaida! *Avanzando hacia ella.* ¿Qué es esto? ¿Qué haces aquí? ¿A qué has venido a esta casa?

PANTECOSTI.—¡La del retrato de la bisabuela! *Pantecosti y su familia quedan hablando aparte.*

ADELAIDA.—¿Que a qué he venido? Pues a verte... Traigo una carta de recomendación... Anda, Oshidori, dale la epístola.

OSHIDORI.—*Aparte, dando la carta a Sergio.* (La catástrofe, señor. .. Lo sabe todo...)

ADELAIDA.—*A Pantecosti y los demás.* ¿De manera que ustedes son los famosos herederos?...

PANTECOSTI.—¿Cómo?

Los DEMÁS.—¿Eh?

ADELAIDA.—¿De manera que ustedes son los que han escotado los cuarenta mil duros para que Sergio enamore a la prometida del marqués y poder pescar la herencia?

MARIANO.—*Aparte.* (¡ Atiza!)

PANTECOSTI.—¡Está enterada!

JULIA.—¡Está enterada!

BEATRIZ.—¡Está enterada, Dios mío!

SERGIO.—*Que ha acabado de tragarse la carta ansiosamente.* ¡Pero esto es una burla intolerable!

ADELAIDA.—¿Qué?

SERGIO.—¡Y has venido! ¡Hace falta estar loca para suponer que yo...!

ADELAIDA.—*Con una calma que da frío.* No, hijo, no; si yo no he supuesto nada... *En este momento por el primero y el segundo derecha, respectivamente, entran Elena y Francisca.* ¡Ahora que vengo a hablar! ¡Vengo a tirar de la manta y a descubrirle a esa señorita que le estás haciendo el amor por cuarenta mil duros!

ELENA.—*Avanzando.* ¿Qué dice esta señora?

OSHIDORI.—Nada, señorita. No dice nada. Es que está de broma.

PANTECOSTI.—¡Eso es! ¡Es que está de broma! ¡Ja, ja, ja!... *A los demás, aparte.* (¡Reíos para disimular!...)

TODOS.—¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja! ¡Qué bromista!

SERGIO.—*Aparte.* (¡Lléváosla de aquí!)

PANTECOSTI.—¡Vamos, vamos! ¡Ja, ja, ja! ¡Qué risa!

TODOS.—¡Qué risa! ¡Ja, ja, ja! ¡Qué gracia! ¡Qué bromas! *Poco a poco arrastran a Adelaida hasta conseguir llevársela por el foro en medio de un barullo imponente. Quedan en escena Oshidori, Elena, Francisca y Sergio.*

SERGIO.—Elena, escucha...

ELENA.—¡Quita! ¡Déjame! ¡Eres un canalla! ¡Un canalla! *Se va llorando por el primero derecha.*

SERGIO.—¡Elena! *La sigue.*

FRANCISCA.—*Abrumada.* ¡San Serení del Monte!



## ACTO TERCERO

La misma decoración del acto segundo. Han pasado dos meses y durante este tiempo la mayor parte de los que habían ido a la Sierra a veranear se han vuelto a Madrid; a la puerta de muchos hoteles ha sido colocado el cartel de "Se alquila"; los árboles han perdido sus hojas y la Compañía de Ferrocarriles del Norte ha suprimido su servicio de trenes-tranvías. Comienza la acción en las últimas horas de la tarde, casi de noche. La puerta del foro aparece cerrada y las luces encendidas.

Al levantarse el telón, en escena *Sergio* y *Oshidori*. Sergio, sentado en un sillón ante el ventanal, ve caer la tarde en una actitud despampanantemente triste y melancólica. Lleva un batín de casa y zapatillas; todo él respira desilusión, desencanto y agotamiento, y, lo que es más de notar, gasta barba, una señora barba de dos meses, como aquellas que estaban tan de moda allá por el 1900 ó 1903. A su lado, y con un libro abierto en la mano, se halla *Oshidori*, leyendo en alta voz. Aclaración: el libro que *Oshidori* le está leyendo a *Sergio* es las "Rimas" de Bécquer.

SERGIO.—*Muy emocionado*. Sigue, Oshidori.

OSHDORI.—*Leyendo*.

"Volverán las oscuras golondrinas  
de tu balcón los nidos a colgar,  
y otra vez con el ala en tus cristales  
jugando llamarán.

Pero aquellas que el vuelo refrenaban  
tu hermosura y mi dicha al contemplar,  
aquellas que aprendieron nuestros nombres,  
éas no volverán."

SERGIO.—*Repitiendo a media voz*. "Aquellas que aprendieron nuestros nombres, —éas no volverán"... Dame un pañuelo, haz el favor... *Oshidori le da uno y Sergio se enjuga las lágrimas. Suspirando*. ¡Dios mío!

OSHDORI.—Vamos, señor... ¡Anímese! Si el señor sigue así, se va a liquidar por los lagrimales...

SERGIO.—Ya estoy tranquilo... *Le devuelve el pañuelo.* Toma. Y léeme ahora aquella otra que dice: "Llegó la noche"...

OSHDORI.—¿Llegó la noche?

SERGIO.—Sí, hombre. "Llegó la noche y no encontré un asilo"...

OSHDORI.—¡Ah, sí, sí! Ésa es la que yo llamo "la rima de la mendicidad"... *Pasa más hojas. Leyendo.*

"Llegó la noche y no encontré un asilo.  
¡Y tuve sed! Mis lágrimas bebí.  
¡Y tuve hambre! Y los hinchados ojos  
cerré para morir."

SERGIO.—*Hecho cisco.* ¡Es mi caso, Oshidori! ¡¡Mi mismo caso!!  
Anda, sigue.

OSHDORI.—Creo, señor, que sería mejor dejarlo, porque...

SERGIO.—Sigue, Oshidori. ¡Sigue!...

OSHDORI.—*Leyendo.*

"¡Llora! No te avergüences  
de confesar que me quisiste un poco.  
¡Llora! Nadie nos mira...  
Ya ves; yo soy un hombre y también lloro."

SERGIO.—*Llorando a lágrima viva.* ¡¡Déjame el pañuelo otra vez,  
anda!!

OSHDORI.—*Dándole el pañuelo.* ¡Pero, señor!...

SERGIO.—"¡¡Ya ves; yo soy un nombre y también lloro!!"

OSHDORI.—*Aparte.* (¡Y acabará por hacerme llorar a mí!)

SERGIO.—¿Qué poeta fue el que dijo que los versos son el lenguaje de aquellos a quienes el dolor no deja hablar?

OSHDORI.—Algún cursi. *Retuerce en un rincón el pañuelo de Sergio.*

SERGIO.—Me gustaría que fueras más sensible. Yo, desde que sufro, me siento más sensible. Oshidori. Busca ahí, en el libro, y encontrarás una cuartilla llena de versos míos...

OSHDORI.—*Asombrado.* ¡Versos del señor!

SERGIO.—Los escribí anoche. Desde que Elena se fue, mi alma ha caído en una noche oscura.

OSHDORI.—Vamos, señor. Le leeré al señor sus versos para alejar esas ideas negras, y ya verá cómo nos reímos. *Leyendo un papel que ha sacado de entre las páginas del libro.* "Soneto. Mi corazón angustiado sufre todas las torturas de un amor que nunca ha de alcanzar."

SERGIO.—Ése es el título.

OSHDORI.—Un poco largo, ¿no?

SERGIO.—Sí, pero como los versos son cortos...

OSHDORI.—¡Ya! Pues vamos a ver... *Leyendo.*

"Yo era un hombre sin alma que agotaba su vida de una manera frívola, loca y superficial yendo de un amor falso a una pasión fingida, y empalmando una juerga con una bacanal..."

*AparU.* (Sopla!) *Volviendo a leer.*

"Cada mujer que vi se me rindió en seguida al oír que en sus ojos había algo fatal, y el que ella fuese rubia, más o menos teñida, o el que fuese morena, a mí me daba igual."

*Oshidori lanza una mirada larga y lenta sobre Sergio y sigue leyendo.*

"Pero un día el amor se cruzó en mi camino, y caí como cae en la trampa el gorila, bajo el poder omnímodo de una mujer sin par..."

Y aquí estoy, desde entonces, hecho polvo y mohíno, viendo pasar los días uno a uno y en fila, deseando la muerte, triste y sin afeitarse."

"Sergio Hernán. Cercedilla, 24 de noviembre."

SERGIO.—¿Qué te parecen?

OSHDORI.—Muy malos, señor.

SERGIO.—A mí también. *Acongojándose de nuevo.* ¡A mí también me parecen muy malos, Oshidori! ¡Son malísimos! Pero ¡de alguna manera tengo que desahogarme!...

OSHDORI.—¿Y por qué no escribe el señor un drama en cinco actos?

SERGIO.—¡Ay, Oshidori! ¿Por qué se iría Elena?

OSHDORI.—¿Cree el señor que ninguna mujer puede aguantar la presencia del hombre que quiere sabiendo que él la está enamorando por cuarenta mil duros?

SERGIO.—Pero a ti te consta que yo la enamoraba sinceramente...

OSHDORI.—A mí, sí; pero a ver quién es el guapo que la convence también a ella...

SERGIO.—¡Y desaparecer de improviso, sin palabras, sin una explicación! ¿Cómo pude resistirlo? ¿Por qué no me morí en aquel instante, Oshidori?

OSHDORI.—Porque morir se da siempre pereza, señor.

SERGIO.—¡Y no haber vuelto a saber nada de ella!

OSHDORI.—A lo mejor el señor sabe de ella el día menos pensado...

SERGIO.—¡Ilusiones, Oshidori! *Volviendo a su desesperación.*

OSHDORI.—¡Vamos! Hay que tener ánimo. Si hace tres meses me hubieran dicho que iba a ver al señor en ese estado... ¡Y a causa de una mujer! ¡Habiéndolas tenido a centenares!

SERGIO.—¡Pero ninguna era como ella, Oshidori!

OSHDORI.—El señor me advirtió una vez que "las mujeres sólo se diferencian unas de otras en lo que pagan de cédula".

SERGIO.—¡Qué sabía yo entonces! Estaba ciego. Elena es la mujer más espiritual que he conocido.

OSHDORI.—También sobre esa clase de mujeres tenía su opinión el señor...

SERGIO.—¿Es posible?

OSHDORI.—El señor aseguraba que "hasta las mujeres más espirituales llevan dentro dos riñones, un estómago y un hígado".

SERGIO.—¡Yo no he podido decir nunca semejante cosa!

OSHDORI.—Sí, señor, sí.

SERGIO.—¡Eso es una infamia!!

OSHDORI.—¿Una infamia tener hígado y estómago? ¿Una infamia tener riñones, señor?

SERGIO.—¡Calla! ¡Calla! Estómago, riñones, hígado..., ¡qué porquerías!... Elena no puede tener nada de eso: ¡me juego la cabeza!

OSHDORI.—¿Eh?

SERGIO.—Y si los tiene, serán preciosos. Pero, además, ¡no quiero hablar de ese asunto! Déjame... Vete... Estoy mejor solo... *Adopta de nuevo su actitud melancólica y se pone a recitar a media voz.*

"Tu aliento es el aliento de las flores,  
tu voz es de los cisnes la armonía..."

OSHDORI.—*Compungido, aparte.* (¡Pobre señor! Está hecho un cacharro...)

SERGIO.—¿Has oído? Alguien viene.

OSHDORI.—Serán los sinvergüenzas esos...

SERGIO.—¿Qué sinvergüenzas?

OSHDORI.—Los herederos del marqués.

SERGIO.—Es pronto para ellos, porque después de los funerales tenían pensado irse a pasar el día a Navacerrada.

OSHDORI.—Entonces serán don Indalecio Cruz y la señorita Montánchez, que están invitados a comer.

SERGIO.—Indalecio y Francisca... Otros que también me han abandonado ...

OSHDORI.—Es que don Indalecio se ha convencido de que el sistema de enamorar a las mujeres es tratarlas mal y ha vuelto loca a Francisca haciéndola sufrir. Ahí están. *Por el foro entra Francisca. Viene vestida de noche y con abrigo.*

FRANCISCA.—*Alegremente.* ¡Hola, Oshidori! ¡Buenas tardes, Sergio!

SERGIO.—*Saludando por compromiso; sin pizca de ganas de saludar.* Hola, Francisca. *Se va por el primero derecha.*

OSHDORI.—*Compungidísimo por la actitud de Sergio.* ¡Pobre señor! *Va al sillón de la izquierda y se deja caer en él.* ¡Pobre señor!

FRANCISCA.—Está igual que cuando nosotros nos fuimos, ¿verdad?

OSHDORI.—Está peor, señorita Montánchez. Está mucho peor... *Por el foro entra entonces Indalecio Cruz y cierra la puerta tras de*

*sí. Viste "smoking", abrigo y guantes de automovilista. Viene quitándose los guantes y canturreando un tango.*  
INDALECIO.—*Tarareando mientras avanza.*

"Adelsisa, pebeta gentil,  
la de los ojos pintaos con añil..."

OSHDORI.—¡Anda, éste!

FRANCISCA.—*Dejando a Oshidori y yendo hacia Indalecio con los ojos rebosantes de amor. ¡Indalecio!...*

INDALECIO.—Salí de la lú, salí. *La rechaza.*

FRANCISCA.—Pero Indalecio...

INDALECIO.—Déjate de macanas y despójame del tapado. *Francisca le quita dócilmente el abrigo. Indalecio, viendo la tristeza de Oshidori. ¿Qué le sucede al viejo?*

FRANCISCA.—Sufre por Sergio, que está cada vez peor...

INDALECIO.—¿Con que está pior el patrón, viejo?

OSHDORI.—Peor, señor Cruz. Sigue sin querer comer, y sin querer beber, y sin querer dormir...

FRANCISCA.—Y sin querer afeitarse.

OSHDORI.—No tiene gana de nada, y se pasa las horas muertas en este ventanal llorando, contando los corderos que pasan y diciéndoles adiós con un pañuelo a todos los maquinistas de todos los trenes.

INDALECIO.—Monomanía ferroviaria; mala cosa, che.

OSHDORI.—Muchos días me manda que le lea versos...

FRANCISCA.—*Asombrada. ¿Que le leas versos?*

INDALECIO.—Catastrófico, che. Así empezó mi pobre tata.

OSHDORI.—¿Su niñera?

INDALECIO.—¡Mi padre! Y acabó en un manicomio de Tucumán, diciendo que era Cristóbal Colón y pidiendo a gritos cuatro carabelas pa venir a descubrir Uropa...

FRANCISCA.—Todo esto le ocurre a Sergio porque está enamorado; pero si consiguieras que Elena viniese, Oshidori.

OSHDORI.—Lo conseguiré, señorita Montánchez. La he escrito diciéndole tal cosa para picarle la curiosidad, que ha contestado que hoy a las siete vendría a ver al señor.

FRANCISCA.—¿Entonces?

OSHDORI.—Mi miedo es que, una vez satisfecha su curiosidad, se vuelva a ir sin hacer al señor ningún caso...

INDALECIO.—Todo puede esperarse de la decadencia de Sergio. ¡Y pensar que ese hombre es el que me ha enseñado a mí a conquistar! ... ¡Qué cosa bárbara!...

OSHDORI.—¿Es cierto que se casan ustedes, señor Cruz?

INDALECIO.—Resién en junio. Cuando florescan los rosales y la Naturaleza vista sus galas mejores, pa entonces lusirá Francisca su traje de desposada... ¿Estará bien, no?

OSHDORI.—Flojo motivo para un tango...

INDALECIO.—Ya tengo el título. Se va a titular: "¡Estás bien, Francisca!"

OSHDORI.—¡Qué bonito!

FRANCISCA.—*Echándose a sus brazos.* ¡Cómo te quiero, Indalecio niño! ¡Cómo te quiero!

INDALECIO.—*Rechazándola nuevamente.* ¡Salí de la lú, salí! ¡Que e tengo dicho que no seas pigajosa!

FRANCISCA.—*Cariñosamente.* ¡Indalecio!...

INDALECIO.—¡Vos vas a gana la biaba! ¡Vos la vas a gana!...

FRANCISCA.—*Cariñosísima.* Perdóname... No volveré a molestar-e...

INDALECIO.—¡Anda, báñate! *Aparte, a Oshidori.* (Me es violento nandarla baña, pero no hay más remedio, che. Ya ves cómo la tengo dominada, en cambio...)

OSHDORI.—La tiene usted en el bolsillo del pañuelo.

INDALECIO.—Pos que diga no más si es felís...

FRANCISCA.—Nunca lo he sido tanto, Oshidori.

INDALECIO.—Y eso que hasta ahora sólo la he pegao con la mano...

OSHDORI.—¿Es posible?...

INDALECIO.—Que lo diga eya...

FRANCISCA.—*Tristemente.* Sí. Es un sonso...

INDALECIO.—Imagínate vos lo que pasará cuando nos casemos...

Le voy a meter seis patiaduras por día...

FRANCISCA.—*Con entusiasmo.* ¡Qué felices vamos a ser! ¡Qué felices!

INDALECIO.—¡Atraca al muelle, china! *La abraza. Por el primero ierecha entra un Criado con dirección al segundo izquierda.*

OSHDORI.—*Al criado.* ¿Está todo dispuesto para la comida, Félix?

CRIADO.—Todo, sí, señor.

OSHDORI.—¿Han llegado los músicos?

CRIADO.—Sí, señor.

OSHDORI.—¿Un\* sexteto?

CRIADO.—De cuatro, sí, señor.

OSHDORI.—¿Los vinos, el decorado del salón?...

CRIADO.—Todo está listo...

OSHDORI.—*¿No habréis olvidado colgar el retrato del señor marqués, que en paz descansa?...*

CRIADO.—Aparece en el testero principal, rodeado de crespones, con el escudo del marquesado a un lado y el de la baronía al otro; y debajo la inscripción que el señor barón me ordenó: "¡Bravo, tío Ernesto! ¡Así mueren los hombres!"

OSHDORI.—Muy bien. Puedes retirarte. *El criado se va por el foro.*

FRANCISCA.—Al fin se salieron con la suya los herederos.

OSHDORI.—Todos los sinvergüenzas tienen suerte, y éstos, no sólo han conseguido que el marqués muriera testando a favor de ellos, sino que empieza a darme en la nariz que van a negarse a entregar a mi amo los cuarenta mil duros ofrecidos.

FRANCISCA.—¿Es posible?

INDALECIO.—¿Cómo se entiende, viejo?

OSHDORI.—Porque dicen que mi amo no los ha ganado. Como ustedes saben, a poco de marcharse la señorita Elena, el marqués comenzó a decaer visiblemente. Y los herederos le organizaron tal cantidad de fiestas, jiras, meriendas, paseos, excursiones, que al mes y medio de este ajeteo —o sea hace ocho días— el marqués se metió en la cama y murió, exclamando: "Voy a entregarle mi alma a Dios, porque ya no puedo con ella."

FRANCISCA.—¡Pobrecillo!

OSHDORI.—Total, que si no hubiera sido por mi amo, ni la señorita Elena hubiese huido, ni el marqués habría muerto nombrándoles herederos. Pero como son una partida de pistoleros, estoy viendo que se van a agarrar a que el señor ha fracasado en su conquista para no pagarnos los cuarenta mil duros... Ahora, que si ellos le hacen a mi amo esa jugada, yo he resuelto hacerles a ellos una película sonora, llamándoles sinvergüenzas en cinco versiones, que se va a oír en Hollywood.

IDALECIO.—Diga, viejo, y entonces, ¿esta comida y esta fiesta a la que nos han invitado... ?

OSHDORI.—Pues da miedo decirlo, pero es para celebrar el fallecimiento del marqués...

FRANCISCA.—¿Es posible?

IDALECIO.—¡El vello se me pone de punta, che! *Dentro, en el foro, suenan dos claxons de automóvil y por el ventanal cruza el resplandor de unos faros.*

OSHDORI.—¡Ya están ahí!

FRANCISCA.—Ellos deben ser.

TODOS.—¡Ja, ja, ja! *Se oye dentro ruido de voces y risas.*

IDALECIO.—¡Qué bochinche arman!

PANTECOSTI.—*Dentro.* ¡Chist! ¡Callarse, que ahora en casa nos reiremos.

MARIANO.—*Dentro.* Bueno, pero antes un viva. ¡¡Viva el tío muerto!!

TODOS.—*Dentro.* ¡Vivaaa! *Gran algazara. Entran todos. Pantecosti, Mariano, Beatriz, Fernanda, Julia, Nina, Roberto y Arturito, de rigurosísimo luto. Al ver a Francisca se ponen muy serios y compungidos.*

PANTECOSTI.—¡Caramba, hay visita! ¿Qué tal, fiscalito? A Indalecio.

MARIANO.—Hola, Francisca.

ROBERTO.—¿Qué? ¿Cuándo es esa boda? *Indalecio le hace gestos de que pronto.* ¡No! Si puede usted hablarme... Ya oigo...

FRANCISCA.—¿Que oye ya?

JULIA.—Se curó el mismo día que murió el tío Ernesto.

BEATRIZ.—¡El desventurado Ernesto!

TODOS.—¡El pobre tío!

PANTECOSTI.—¡Aquel santo barón, que gloria haya!

OSHDORI.—*Aparte a Indalecio, por Pantecosti.* (El jefe de la banda.) *Beatriz le habla a Francisca.*

BEATRIZ.—De lo más sorprendente, amiga mía. Figúrese usted que al sobrevenir la espantosa tragedia, yo, como de costumbre, le escribí a Roberto la noticia en el "block",

ROBERTO.—Eso es. Y nunca podré explicar lo que me ocurrió, pero lo que sí sé es que al leer: "El tío ha fallecido; todos herederos", sentí una cosa muy rara en los oídos y me desmayé... Y al volver del desmayo, a los pocos momentos, ya percibí con toda claridad en el jardín la voz de éste *Por Pantecosti* que se encaminaba a dar cuenta del hecho al Juzgado cantando el "Rigoletto". *Por el primero derecha aparece Sergio.*

OSHIDOEI.—El señor... *Todos se quedan muy serios al verle.*

SERGIO.—Sigan, sigan ustedes; por mí no se violenten...

OSHIDORI.—*Avanzando.* ¿Deseaba algo el señor?

SERGIO.—Sí, ¿Me he dejado aquí...?

OSHIDORI.—¿El yo-yo?

SERGIO.—Las "Rimas" de Bécquer.

PANTECOSTI.—*Aparte, a los demás.* (Pero, ¿lee las "Rimas" de Bécquer?)

MARIANO.—*Aparte también.* (¡Pobre hombre!)

OSHIDORI.—Sí, señor. Aquí está. *Coge el libro y se lo da.*

SERGIO.—Gracias, Oshidori.

PANTECOSTI.—Qué, amigo Hernán, ¿no se decide usted a acompañarnos a la mesa?...

SERGIO.—¿Para qué?

PANTECOSTI.—Hombre, para comer...

SERGIO.—Se lo agradezco mucho; pero yo no tengo humor; acabaría por entristecerles a todos... Me voy para arriba. *Se va por el primero derecha.*

MARIANO.—¿Qué desastre de hombre! *Por el joro entra el Criado.*

CRiado.—*Anunciando.* La señorita Elena Fortún... *Se va.* *Por el joro entra Elena. Viste un traje de tarde y abrigo. Se detiene tímidamente en el joro.*

JULIA.—¿Elena!

NINA.—¿Elenita! *Las señoras van hacia ella. Todos se movilizan.*

INDALECIO.—*Que ha quedado aparte con Francisca.* Pues tenía razón Oshidori cuando dijo que ella vendría hoy mismo, no más...

FRANCISCA.—Voy a decirle que ha llegado ya... *Se va por el primero derecha.*

ELENA.—He sabido ayer la muerte del pobre Ernesto. *Todos ponen otra vez cara de circunstancias.* Y me he apresurado a venir para consolarles. •

PANTECOSTI.—Es inútil.

ELENA.—¿Qué?

PANTECOSTI.—Que no hay consuelo para nosotros.

MARIANO.—Estamos destrozados.

ELENA.—¿Y cómo ha muerto el pobre marqués? ¿Qué ha sido?

PANTECOSTI.—Ha sido una suerte..., de ataque al corazón que se lo ha llevado en dos horas...

ELENA.—¡Pobrecito! *Quedan hablando. Por el primero derecha entran Oshidori y Francisca.*

BEATRIZ.—*A Elena.* Pues aquí hay una persona, querida amiga, a quien la visita de usted va a alegrar mis que a nadie.



ELENA.—¿Una persona?

PANTECOSTI.—Vamos... No se haga usted la tonta, que estamos todos en el secreto...

BEATRIZ.—¿De verdad que no tiene usted nada que decirle a Sergio Hernán?...

OSHDORI.—*Avanzando*. A mí me parece que sí, señora.

ELENA.—¡Oshidori!

OSHDORI.—Y como yo también tengo algo que decirles a los señores, si los señores fueran tan amables que pasaran conmigo un momento al saloncito...

MARIANO.—*Aparte a Pantecosti*. (Lo veo venir... Éste va a hablar-nos de los cuarenta mil duros...)

PANTECOSTI.—*También aparte*. (¡Pues está arreglado!) *Todos se van por el segundo derecha, menos Pantecosti, que pretende irse por el primero derecha, pero Oshidori le llama*.

OSHDORI.—¡Chist! ¡Caballero! Dirección prohibida... Siga la flecha. .. *Le señala el segundo derecha, y Pantecosti hace mutis por allí de muy mala gana. A Indalecio. Aparte*. (Venga usted también, señor Cruz, porque me parece que ha llegado el momento de la película sonora...)

INDALECIO.—Y yo, ¿en calidad de qué voy a ir, amigaso?

OSHDORI.—En calidad de autor de tangos. Ya tengo el título: "Si no te pagan, golpiá."

INDALECIO.—¡Lindo viejo! *Se van ambos por el segundo derecha. En el primero derecha aparece Sergio. Quedan solos Elena y Sergio. Hay un largo silencio. Él está asombrado, cohibido y emocionado. Ella sonríe sin dejar de mirarle*.

SERGIO.—¿Por qué no hablas, Elena? ¿Por qué me miras así? ¿De qué te ríes?

ELENA.—Estás tan cambiado... Me hace gracia verte con barba. Ya sabía que te la habías dejado. Y sin embargo no puedo remediarlo... Me hace gracia...

SERGIO.—Si hubiera sospechado que ibas a venir tú...

ELENA.—¿Te la habrías quitado? ¡Anda, hombre! Pero si te sienta muy bien...

SERGIO.—No... Tienes que encontrarme grotesco y ridículo, por fuerza...

ELENA.—¿Grotesco y ridículo? No. Te encuentro cambiado, eso, sí... Te encuentro cambiado... Me pareces otro...

SERGIO.—*Gravemente*. Es que realmente soy otro, Elena. Soy otro por dentro. Y cuando se es otro por dentro, bien se puede ser otro por fuera...

ELENA.—Sin duda...

SERGIO.—Por fuera me ha cambiado la barba, y por dentro...

ELENA.—Y por dentro, ¿qué te ha cambiado, Sergio?

SERGIO.—El amor...

ELENA.—*Riendo*. ¡El amor! ¡Qué terrible que los filósofos hayan invertido siglos enteros en analizar los sentimientos que mueven el

mundo para llegar a la conclusión de que da igual un amor que una barba

SERGIO.—¿Te ríes?...

ELENA.—No pretenderás que hablemos en serio de una barba, Sergio... Lo que sí te digo en serio es que te da un aire nuevo... Y un aire viejo...

SERGIO.—¡Viejo!

ELENA.—*Sonriendo*. Viejo en el sentido histórico.

SERGIO.—Entonces, antiguo.

ELENA.—Antiguo, eso es... Por lo demás, ya sé que ha sido la tristeza y la desgana de todo y hacia todo lo que te ha hecho dejarte crecer la barba. Ya sé que no te la has dejado por presumir.

SERGIO.—¡Figúrate! ¿A qué mujer le puede gustar una barba a estas alturas?...

ELENA.—¡Oh! ¿Quién sabe? Nada hay imposible. Las mujeres somos muy raras. Y como tú nos conoces tan a fondo...

SERGIO.—Empiezo a dudar de conoceros, Elena. Empiezo a dudar de haberos conocido nunca...

ELENA.—¿De veras?

SERGIO.—Por lo -menos a ti...

ELENA.—¿Y a qué viene eso?

SERGIO.—A que, creyendo conocerte, jamás me hubiera pasado por la imaginación que te decidieras a dar este paso... Sé sincera. Dime la verdad. Explícame qué impulso te ha empujado a venir...

ELENA.—No es un misterio. Oshidori averiguó mi residencia y me escribió una serie de cartas, sin que yo le contestase a ninguna. Pero en la última me excitó la curiosidad diciéndome que te habías dejado la barba y decidí enviarle por fin una respuesta. La respuesta... soy yo.

SERGIO.—Entonces, ¿ha sido eso lo que te ha hecho venir?

ELENA.—¿Qué más da que haya sido eso que otra cosa? Oshidori es experto y sabe que al hombre le mueve la ambición y a la mujer la curiosidad...

SERGIO.—Mucho tengo que agradecerle a Oshidori; pero lo de hoy... no lo olvidaré nunca.

ELENA.—Y harás bien, porque te ha resultado uno de esos buenos discípulos que superan al maestro. Hasta sus frases han llegado a ser más eficaces que las tuyas: ya lo ves...

SERGIO.—¡Pues con qué gusto le pediría a él una frase para persuadirte a ti!...

ELENA.—Para persuadirme, ¿de qué?

SERGIO.—De que te quiero...

ELENA.—Creo que de eso empiezo yo a persuadirme, Sergio...

SERGIO.—*Maravillado*. ¡Elena!

ELENA.—Porque estoy enterada de tus melancolías, de tus llantos, de tus lecturas de Bécquer... De *Con intención* tus "romanticismos tirando a cursis"... *Sergio baja la cabeza avergonzado*. Ya no piensas como entonces, ¿verdad? Pero no te avergüences... Los hombres os avergonzáis siempre de lo que debía enorgulleceros y os enorgulle-

céis de lo que debía avergonzaros. ¡Qué frase para Oshidori!, ¿eh?

SERGIO.—Elena, no te burles.

ELENA.—No me burlo. ¿Cómo voy a burlarme de que hayas llorado y te hayas sentido solo y triste? Nadie se burla de eso... y los que se burlan ¡lo han hecho ellos también! No hay más que una manera de enamorarse, Sergio, ¡y calcula la de hombres y mujeres que se enamoran a diario en el mundo!...

SERGIO.—Entonces, ¿crees en mí? ¿Te sientes capaz de creerme... y de quererme?...

ELENA.—Para quererte no me falta nada.

SERGIO.—¡Elena!

ELENA.—Y para creerte sólo me falta convencerme de que no viniste aquí a enamorarme por dinero... *Por el segundo derecha entran entonces Oshidori, que trae un humor de mil diablos. Le siguen Francisca e Indalecio.*

OSHDORI.—¡¡Lo que yo me temía!!

Los DOS.—¿Eh?

OSHDORI.—¡Que esos sinvergüenzas se niegan en redondo a entregar los cuarenta mil duros! *Aparte, al ver a Elena.* (¡Atiza! ¡Me he colado!)

SERGIO.—¡Un abrazo, Oshidori! *Le abraza.* ¡Decididamente, eres un genio!

OSHDORI.—Sí, señor.

SERGIO.—Ya lo oyes, Elena... Ellos se niegan a entregar ese dinero, y después de saberlo te quiero más que nunca...

ELENA.—Entonces es muy probable que empiece ya a creer en ti...

SERGIO.—¡Elena! *Se abrazan.*

ELENA.—A *Sergio*. Pero tienes que prometerme que el Hernán que las apuntaba en un catálogo ha muerto...

SERGIO.—¡Prometido!

ELENA.—Y que romperás la gramola y que no verás fatalidad en otros ojos que en los míos.

SERGIO.—*Riendo.* ¡Prometido también!

FRANCISCA.—El conquistador conquistado.

INDALECIO.—¡Qué motivo para un tango!

OSHDORI.—¡Ya tengo el título!: "Usted tiene ojos de mujer fatal."

T E L Ó N

FIN DE LA COMEDIA